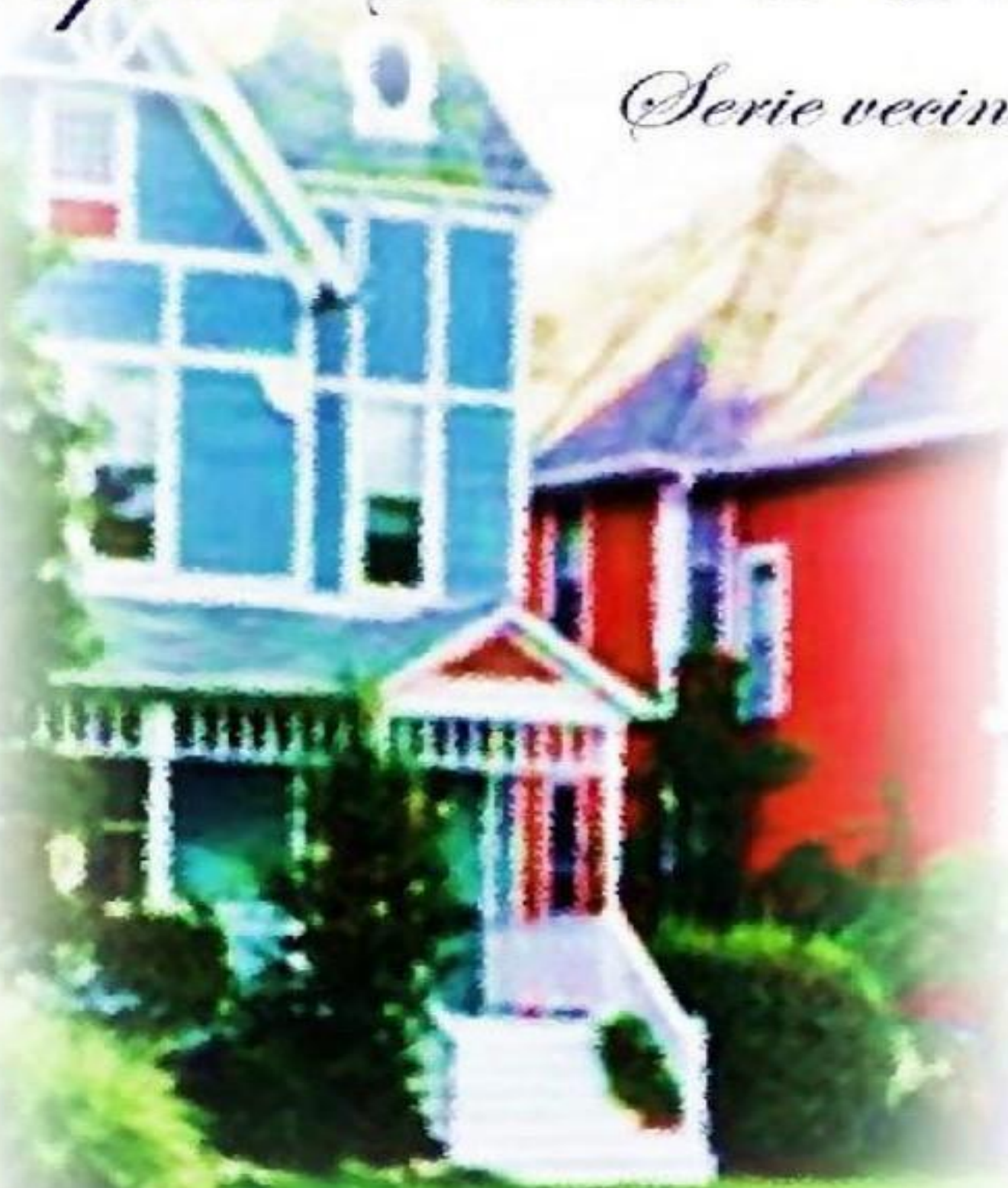


Sophie Saint Rose

Serie vecinos



Sin mentiras

Julie Martin estaba a punto de iniciar una nueva vida. Al fin era adulta, iría a Harvard y estaba preparada para luchar por un futuro de éxitos. Era la hija responsable que todo padre soñaba, hasta que una fiesta cambia su futuro y destroza sus sueños. Que su mejor amiga estuviera viviendo la vida que ella había soñado era duro, pero que el amor de su vida la criticara constantemente, era algo que cada vez se le hacía más imposible de llevar.



Sophie Saint Rose

Sin mentiras

ePub r1.0

Onion 11.11.18

Capítulo 1

—Ratoncito, ¿estás lista? ¡Lisa ha llegado!

—¡Mamá deja de llamarme ratoncito! ¡Tengo diecisiete años! —gritó desde la barandilla de la escalera mirando hacia el hall.

Sus rizos morenos cayeron hacia abajo y su mejor amiga hizo un puchero.

—¡Si te sueltas el pelo, no me comeré un rosco!

—Lisa Edwards, ¿desde cuándo quieres comerte un rosco? —preguntó Jessica Martin escandalizada mirando a la mejor amiga de su hija—. ¿Y qué tiene que ver el peinado de mi hija en todo esto?

—Señora Martin, su ratoncito tiene a todos los hombres menores de veinte años tras ella. ¿Saben cómo la llaman? La Jolie. Por Angelina, ¿entiende?

—¿Pero esa mujer no tiene el cabello castaño? —dijo su madre sin entender nada.

—Es por sus labios. ¡Y sus ojos verdes alargados y todo lo demás, que no permite que miren a una! —dijo exasperada abriendo exageradamente sus ojos azules—. ¡Y encima no le hace caso a ninguno para que dejen de revolotear a su alrededor!

—Julie, ¿tu amiga toma algo que yo deba saber? ¿Desde cuándo las rubias ligan menos que las morenas? —preguntó su padre desde el salón haciéndolas reír.

Bajó las escaleras mostrando su short rosa, su camiseta de tirantes del mismo color y sus botas vaqueras. —¿No pasarás frío en

el autocine? —preguntó su madre cuando le daba un beso.

—Hace mucho calor, mamá.

—Llevaros la camioneta. No quiero que vuelvas con nadie que haya bebido —dijo su padre.

—Charles, luego te quejas de que te la ensucian...

Pasó ante su amiga guiñándole un ojo y entró en el salón donde su padre estaba cenando ante la televisión, viendo su programa de humor favorito. Le besó en la mejilla y le dijo.

—¿Me das cincuenta pavos?

—Casi cuela. ¿Y tú paga?

Ella señaló sus pantalones y la camiseta.

—Vamos. ¿Cuarenta?

—Diez y vas que chutas —dijo su madre tras ella poniéndole un billete de diez ante la cara. Lo agarró de inmediato.

—Vamos, con diez no tengo ni para una hamburguesa. Y además vamos al cine.

—No te preocupes. Yo pago —dijo Lisa haciendo que su padre frunciera los labios.

—No —dijo Charles Martin levantándose ligeramente para sacar la cartera de la parte de atrás de sus vaqueros. Cuando le dio veinte dólares más Julie sonrió—. Tráeme la vuelta.

—Claro, papá. —Se agachó para darle un beso en la mejilla. —Volveré a la una.

—A las doce.

—¿Doce y media?

—¿Julie, quieres quedarte en casa para ayudarme a limpiar los armarios de la cocina? —preguntó su madre sonriendo de oreja a oreja.

—Ah, pues no. A las doce está muy bien. —Se metió el dinero en el bolsillo delantero del short y fue hasta su amiga cogiendo las llaves de la camioneta. —¡Os quiero! Vamos Lisa.

Salieron de la casa a toda prisa y a Julie se le cortó el aliento al ver la camioneta negra de Kurt ante la entrada de la casa de su

amiga. Fue hasta la camioneta de su padre y se subió disimulando que el corazón le iba a cien por hora.

—¿Tu hermano ha llegado a casa?

—Sí, ha llegado después de comer. Ha terminado la universidad. Ya te lo había dicho.

—¿No había terminado hace dos semanas?

—Sí, pero uno de sus profesores quería que fuera con él a Austin para hacer unas entrevistas de trabajo.

—A Austin. —Arrancó la camioneta. —¿Le han ofrecido trabajo allí?

—Sí. En un bufete muy importante. —Su amiga sonrió. —No veas cómo está mi padre de contento. No ha parado de felicitarle en toda la tarde. Le van a dejar hacer una fiesta de graduación en casa con sus amigos del pueblo para despedirse.

Dio marcha atrás y salió lentamente del camino de acceso.

—Así que va hacer una fiesta. ¿Cuándo se va? ¿Estará aquí el verano?

Lisa sonrió de oreja a oreja.

—Se va el domingo. Empieza el lunes. El bufete le da hasta el apartamento durante las prácticas.

—El lunes —susurró decepcionada.

—Mañana habrá una fiesta y me ha dicho que puedo ir. Y por supuesto tú también. Será estupenda, porque mis padres nos dejan la casa para nosotros solos. Se van a ir a pasar la noche a un hotel para no molestar.

—Es raro que haya llegado y no pasara a saludar. —Miró a su amiga. —¿Está enfadado conmigo?

Su hermana chasqueó la lengua.

—¡Si ni siquiera sabe que existes! ¿Todavía no se te ha quitado esa tontería que llevas arrastrando por él desde hace años? En Navidad fue evidente que pasaba de ti. Espabila, por Dios. Tienes a todos los tíos de Greenville locos por ti.

Se sonrojó intensamente y se mantuvo en silencio mientras conducía. Su amiga suspiró.

—Lo siento, ¿vale? Es que me da rabia que pienses en él cuando es evidente que no le importas nada más que como mi mejor amiga o la hija de sus vecinos. Nunca ha mostrado interés por ti.

—Lo sé. —Apretó el volante saliendo de la ciudad. —No hace falta que sigas hurgando en la herida.

—¡Estás perdiéndote la adolescencia por un amor infantil, Julie! ¡No sales con chicos! ¡Tienes diecisiete años y ni siquiera te han besado!

—Esto es porque Joe me ha pedido una cita esta mañana en el centro comercial, ¿verdad? ¡Estás celosa!

—¡Joder! ¡Te odio! ¡Para uno que me gusta, tiene que fijarse en ti! ¡Aunque no es raro, porque todos se fijan en ti!

Miró asombrada a su amiga.

—No lo hago a propósito. Venga, no discutamos. Eres mi mejor amiga.

Lisa forzó una sonrisa.

—Siento lo de Kurt. No quería ser tan gilipollas.

Sonrió divertida.

—¿Desde cuándo?

—Ja, ja.

Se pasaron la noche charlando con sus amigos sin ver la película. Lisa se enrolló con Joe, que como sabía que no tenía nada que hacer con ella tiró la caña a su amiga que por supuesto pico. Se alegró por ella. Eran casi las doce cuando se acercó al coche de Joe para avisar a su amiga de que se iba. El coche de Joe estaba alejado de los demás y sacó el móvil para llamarla antes de llegar hasta el coche. Escuchó el sonido de su móvil, pero no lo cogía. Preocupada se acercó a la ventanilla y se apartó sobresaltada al ver a su amiga esnifando una raya. Lisa sonrió antes de besar a Joe con descaro mirándola a través de la ventanilla.

—¿Qué haces, Lisa? ¡Tenemos que volver a casa!

—¡No me fastidies el polvo, zorra frígida! —gritó Joe mirándola enfadado—. Vete a tu casa, que ya la llevo yo.

Lisa se echó a reír de una manera que le puso los pelos de punta y más aún cuando la escuchó decir.

—Eso, virgencita. Vete a casa.

Dolida y preocupada fue hasta su camioneta. Sin despedirse de nadie, salió del autocine y condujo hasta su casa reprimiendo las lágrimas. Que su mejor amiga le hablara de esa manera le había dolido mucho. No se podía creer que tomara drogas. Además, había bebido bastante. Últimamente su amiga había cambiado mucho y había salido sin ella porque Julie se tomaba muy en serio los estudios, pero nunca se hubiera imaginado que se hubieran distanciado tanto. Si ni siquiera sabía que había dejado de ser virgen. ¿Cuándo había pasado eso? ¿Qué le había ocurrido a Lisa para que cambiara tanto?

Aparcó su camioneta y al bajarse vio la luz encendida del cuarto de Kurt. Estaba ante la ventana paseando de un lado a otro como si estuviera hablando por teléfono. ¿Debería hablar con él? La verdad es que su última conversación era como para no repetirla. En la fiesta de Navidad de sus padres se había puesto un vestido negro ajustado y muy corto. Casi le había perseguido por toda la fiesta, pero él la trató como la amiga molesta de su hermana. Cuando lo acorraló en la cocina al ir a buscar más cervezas, Kurt puso sus preciosos ojos azules en blanco antes de cerrar la nevera.

—Mira niñata, si lo que buscas son problemas, no lo voy a consentir.

—¿Problemas? —Sonrió radiante. —Sólo quiero hablar contigo.

—Julie, ¿por qué no te buscas uno de tu edad? Soy demasiado mayor para ti.

—Si lo creyera no estaría aquí —dijo con descaro porque estaba harta de sutilezas—. Vas a acabar la universidad y te irás del pueblo para siempre.

—Ya me he ido del pueblo. Sólo estoy de visita —dijo con ironía yendo hacia la puerta de la cocina—. Cuando maduras, igual me fijo en ti. Pero gracias por el ofrecimiento.

Julie perdió la sonrisa sintiéndose fatal porque estaba claro que nunca le haría caso. Se fue a su habitación y se encerró en el baño a llorar. No volvió a la fiesta y al día siguiente su amiga Lisa le dijo que Kurt se había ido después de darse los regalos.

Preocupada por su amiga, miró a su ventana y en ese momento él apartó la cortina. No llevaba camiseta y su pelo rubio estaba revuelto como si se hubiera pasado la mano por él repetidas veces como cuando se ponía nervioso o ansioso por algo. Seguía hablando por el teléfono móvil y en ese momento la vio. Avergonzada apartó la mirada apretando las llaves del coche antes de caminar a toda prisa hacia su casa. Cuando cerró la puerta suspiró de alivio. Estaba claro que no podía hablar con él de nada en absoluto.

—Cariño, ¿ya estás en casa?

—Sí, mamá. —Fue hasta el salón y sus padres sonrieron al verla bien. Siempre se quedaban despiertos para comprobar su estado. — Ya he llegado. A la hora.

—No te he oído charlar con Lisa. Siempre os reis cuando volvéis juntas y os oye media calle —dijo su padre levantándose y apagando la luz.

Se sonrojó antes de mentir como una bellaca.

—Harmony y Betty se quedaban un rato más y volverá con ellas.

—Buenas noches, cariño. —Su madre apartó su melena para darle un beso en la mejilla. —Tómate un vaso de leche. Te he dejado galletas en la cocina.

Su padre la miró a los ojos.

—¿Todo va bien?

—Sí, claro. Voy a tomar la leche. —Se volvió hacia la cocina y escuchó como sus padres subían las escaleras. Se quedó en la cocina un rato y después fue al salón mirando cada poco por la ventana para comprobar que su amiga volvía a casa. A las dos se dio por vencida y preocupada se fue a la cama sin hacer ruido para que sus padres no se despertaran para preguntar qué estaba haciendo. Se puso su camisón corto de hilo blanco y se acostó agotada.

Esperaba que llegara pronto porque la bronca que le iba a caer iba a ser de campeonato.

Cuando se despertó a la mañana siguiente por el sonido de la radio en la cocina, gimió girándose y abrazando la almohada. Entonces recordó a Lisa y saltó de la cama para mirar su móvil. No tenía mensajes ni llamadas. Miró la hora y eran las diez de la mañana. Recordando lo que le había dicho, la llamó furiosa.

Su amiga descolgó y no la dejó ni hablar. —Lisa, ¿se puede saber qué te pasa? Lo que hiciste ayer no tuvo gracia, ¿sabes? ¡Te comportaste como una zorra conmigo! Pensaba que éramos amigas. —Se emocionó sin poder evitarlo. —¿Cómo has podido burlarte de mí con ese idiota de Joe, diciéndole que era virgen? ¿Y para colmo te acuestas con él? ¿Qué te pasa? ¿No tienes orgullo? ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Tienes problemas con las drogas? ¿Me dejaste de piedra al verte tomar esa mierda? ¡La gente se muere por tomar esas porquerías, Lisa! ¿Todavía no se te ha pasado la borrachera? —Se limpió las lágrimas. —Si tienes problemas, sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? Yo siempre he estado ahí. Sé que antes de acabar el curso estuve muy ocupada con los exámenes, pero ahora te aseguro que tienes toda mi atención. Si es porque has suspendido asignaturas, yo puedo ayudarte. —Se quedó callada unos segundos esperando su explicación. Eso la hizo llorar más fuerte sintiendo que se le rompía el corazón. —¿No vas a decir nada?

Colgó el teléfono dejándola de piedra y miró el teléfono atónita. Estaba claro que todo lo que le había dicho le importaba muy poco. Sintiendo fatal fue a darse una ducha. No podía bajar llorando porque sus padres la interrogarían, así que cuando consiguió calmarse se puso un vestido blanco de verano y descalza fue a desayunar.

Estaba comiendo sus cereales cuando apareció su padre con bermudas y camiseta.

—Cielo, cuando termines, ¿puedes regar el jardín? Hace demasiado calor y se va a estropear.

—¿Vas a ir a la ferretería a por la cerradura nueva?

—¿Cerradura nueva? —preguntó a su madre.

—La puerta de la cocina no cierra bien desde hace unos días. — Sus padres se miraron de reojo. —No te lo habíamos dicho para no preocuparte, pero han entrado a robar.

Asustada miró a su padre.

—¿Cuándo?

—Ayer por la tarde. Me había dado cuenta de que no funcionaba bien, pero como aquí nunca pasa nada lo fui dejando y...

—¿Y qué nos han robado? —Se llevó la mano al pecho. —¡Las joyas de la abuela!

—No. Sólo dinero que tenía en la cómoda para una emergencia. Quinientos dólares más o menos —dijo su madre preocupada.

—¿Y no se llevaron las joyas? Qué robo más raro, ¿no?

—Estaba claro que sabía dónde buscar porque no faltaba nada más ni había nada revuelto. —Sus padres se volvieron a mirar y su madre añadió —¿No los habrás cogido tú para algo y tienes miedo de que nos enfademos?

—¡Mamá! —exclamó ofendida—. Yo si necesito dinero, os lo pido como lo he hecho toda la vida.

—Ya te dije que no había sido ella —dijo su padre—. Sería alguien que vio la oportunidad y la aprovechó. No le des más vueltas. Cambiaré la cerradura y... —Su padre miró por la ventana de la cocina. —¿Está Kurt en casa?

—Sí, llegó ayer. —Revolvió sus cereales pensando en ello y suspiró porque debía olvidarse de ellos. Estaba claro que Lisa ahora pasaba de ella al igual que su hermano.

—Qué raro que no se haya pasado a saludar. —Su madre se acercó a su padre para cotillear por la ventana. —¿Ha ocurrido algo con Kurt, ratoncito?

—¡Mamá, no me llames así!

Enfadada se levantó de la mesa y salió por la puerta de atrás cogiendo la manguera y abriendo el grifo. Apretó el pulsador regulando el chorro al estilo regadera y empezó a regar los setos del jardín de atrás sin fijarse mucho en su tarea mientras pensaba en todo lo que había ocurrido la noche anterior.

Su padre salió por la cocina y le preguntó —¿Quieres algo del pueblo? —Negó con la cabeza sin dejar de regar y movió la mano de un lado a otro distraída. —¡Riega los rosales!

Exasperada siguió regando y cuando llegó al jardín delantero, tiró de la manguera mojándose el bajo del vestido sin darse cuenta. Siguió con su trabajo y cuando llegó al seto de la entrada levantó la vista distraída para ver a Kurt sentado en el porche mirándola fijamente. Forzó una sonrisa y saludó con la mano, pero él ni se movió, así que perdió la sonrisa poco a poco antes de continuar con su tarea avergonzada. Ya no se merecía ni un saludo. Haciendo que no le importaba continuó regando, porque si huía en ese momento quedaría más en ridículo, cuando pasaron por su calle dos de sus amigas en su Wolf descapotable.

Se echaron a reír frenando ante su casa y sonrió tirando la manguera al suelo y acercándose.

—¿A dónde vais?

—Al centro comercial. ¿Vienes?

—Tengo tareas. Es sábado.

—Ah, cierto —dijo Harmony mirando a su hermana gemela con malicia—. La princesita tiene que hacer sus tareas. ¿No te da asco que sea tan responsable?

Pero qué coño estaba pasando. —Harmony, ¿se puede saber por qué has dicho eso? —Entonces se dio cuenta que estaban celosas de ella porque había conseguido una beca para Harvard y nunca se metía en líos.

—¿No te cansas de ser siempre perfecta?

—Harmony, no tiene gracia —dijo Betty muy seria.

—No soy perfecta. Nunca lo he sido. —Se volvió dándoles la espalda.

—Julie, no te enfades. —Betty se bajó del coche y se acercó a ella. —Lo siento. Es que ...

La miró a los ojos.

—¿Qué pasa, Betty?

Harmony se bajó del coche también y preocupada se acercó a ellas. —No queríamos burlarnos. Nos ha salido así porque... —Las gemelas se miraron moviendo sus rizos castaños. —Díselo tú, Betty.

—Pues verás, ayer después de que te fuiste Lisa empezó a comernos la oreja con lo perfecta que eras.

Julie perdió el color de la cara.

—¿Qué?

—Sí, nos dijo mil veces que todo lo hacías bien y mil cosas más. —La advirtieron con la mirada. —Al verte hacer las tareas no hemos burlado un poco, pero no era con maldad. Lo de Lisa sí.

—¿Qué me estás diciendo?

—Que tengas cuidado. No sé qué le pasa últimamente, pero va a por ti.

Miró sin querer a Kurt que se había levantado y las observaba con el ceño fruncido.

—Ayer me dijo cosas muy crueles, pero estaba bebida.

Harmony sonrió.

—Sí, igual era eso. Igual no es nada.

Betty la cogió por el brazo.

—Hablo en serio, Julie. Parecía que te odiaba.

—¡Si nos conocemos desde siempre! ¿Pero qué dices? Eso es imposible. ¿Por qué iba a odiarme si yo siempre me he portado bien con ella? ¡Somos como hermanas! Seguro que la bebida le sentó mal.

Las hermanas asintieron antes de mirarse.

—Sí, igual era que estaba bebida. Nos vamos, que nos esperan los chicos.

Iban hacia el coche y preocupada las siguió.

—¿Qué dijo de mí?

—Nadie le hizo ni caso porque te conocen —dijo Betty forzando una sonrisa—. No te preocupes por los demás.

Harmony aceleró a tope y Betty se despidió con la mano. Preocupada levantó la vista hacia la casa de su amiga viendo como Kurt se acercaba a la carretera. Ignorándole fue hasta la manguera y empezó a recogerla.

—¿Julie?

La voz de Kurt tras ella le provocó un vuelco al estómago. Forzó una sonrisa y se volvió mirando su barbilla.

—Bienvenido a casa. Aunque creo que es por poco tiempo.

—¿Ocurre algo? Normalmente te hubieras acercado a casa a saludar.

—Será que estoy algo harta de arrastrarme —dijo sin poder evitarlo—. Además el que has llegado has sido tú. Mi padre se ha extrañado de que no pasaras a saludar.

—Es que creo que me pasé contigo en Navidad y no sabía cómo ibas a reaccionar.

—Chorradas —siseó tirando de la manguera hasta la parte de atrás de la casa sin que él la ayudara.

—¿Chorradas? ¿Ha ocurrido algo con mi hermana?

Se detuvo en seco y se volvió soltando la manguera.

—¿Por qué lo dices? ¿Te ha dicho algo?

—¿Debería decirme algo? —preguntó mirando sus ojos verdes sin perder detalle.

—No. —Se sonrojó agachándose de nuevo y empezando a enrollar la manguera.

—Todavía está durmiendo. Sólo se ha despertado para contestar el teléfono y seguir durmiendo. No sé cómo lo hace. Ya ha hablado con al menos diez personas. —Julie levantó la vista para ver como la observaba con las manos en las caderas. Estaba guapísimo en vaqueros y con una simple camiseta blanca. —Desde que he llegado la he notado muy rara conmigo.

—¿De verdad?

—Sí, como distante e irascible de todo lo que le digo. Parece que todo le molesta. ¿Sabes qué le pasa?

—No. —Sonrió con tristeza. —Está así conmigo también. Igual son los nervios por no haberse graduado con los demás.

—Sí, mis padres me han dicho que se ha disgustado mucho.

—Lo pasó mal cuando el tutor le dijo que no se podía graduar y... —Terminó de enrollar la manguera y se incorporó muy incómoda.

—Sí, igual es eso. —La observó pensativo. —Ayer llegó a las cinco de la mañana. Mis padres no se han enterado y me da la sensación que esto no es la primera vez que ocurre.

Julie separó los labios sin saber qué decir y los ojos azules de Kurt no perdieron detalle. Nerviosa se pasó la lengua por el labio inferior y farfulló.

—Bueno, yo tenía que estar en casa a las doce y...

—Sí, te vi llegar, ¿recuerdas?

—Sí, claro. —Nerviosa fue hasta la puerta. —Dile que la llamo luego, ¿vale?

—Espera que voy a saludar a tu madre —dijo fríamente siguiéndola.

Julie subió los escalones hasta la puerta y la abrió dando un paso atrás. Como él la seguía chocó con su pecho y avergonzada susurró.

—Perdona.

—No pasa nada.

Entró en la casa a toda prisa y gritó.

—¡Mamá, Kurt está aquí!

Fue hasta la puerta de la cocina y frunció el ceño. —¿Mamá? —Mierda debía estar en la ducha. Sonrojada se volvió. —Debe estar en la ducha. ¿Quieres un café?

—Sí, claro. —Se sentó en la mesa de la cocina y levantó una ceja al ver el bol de cereales sin terminar. Debía pensar que era una cría. Cogió una taza de la alacena y le sirvió un café.

—¿Quieres tomar un bollo de canela?

—No. —Cuando dejó la taza ante él, se apartó hasta el fregadero. Él cogió su taza y dio un sorbo sin dejar de mirarla.

Nerviosa cogió el tazón de cereales y se volvió para tirarlos en el triturador de basura. Lavó el tazón a toda prisa y lo estaba dejando en escurrer platos cuando él dijo —Al parecer tengo que felicitarte. Harvard. Es impresionante, Julie.

Se sonrojó por el cumplido y se volvió secándose las manos.

—He trabajado mucho.

—Lo sé.

—Tú has conseguido trabajo en un gran bufete, ¿verdad? Me lo ha dicho tu hermana.

—Sí, empiezo el lunes.

Asintió apretando el paño entre sus manos y miró hacia la puerta algo desesperada porque apareciera su madre. —Estarás deseando irte a Boston —dijo él llamando su atención.

—Pues no creas, quiero disfrutar de mi verano.

En ese momento sonó el teléfono de su casa y casi corrió hasta la pared de la cocina para descolgarlo.

—Casa de los Martin.

—Soy yo —dijo Lisa con la voz congestionada de llorar.

—¿Qué ocurre? —Miró de reojo a su hermano que seguía tomándose la taza de café como si nada. —¿Estás bien?

—¿Puedes venir? Sé que ayer me pasé, pero ... —Se echó a llorar de nuevo y Julie suspiró apartándose la melena del hombro. —Lo siento. No sé qué me pasa...

—Voy para allá. —Colgó el teléfono y forzó una sonrisa. —Lisa se ha despertado. ¿Te importa si te dejo solo?

—Voy contigo —dijo levantándose—. Tu madre está ocupada. Ya hablaré con ella después. —Caminó hasta ella sin dejar de mirarla a los ojos. —Me da la sensación que en Navidad te hice daño.

—¡No! —Se sonrojó intentando disimular. —No pasa nada.

—Como después te fuiste de la fiesta... —Cogió uno de sus rizos morenos. —No pude despedirme de ti. Tu madre me dijo que te habías acostado.

No se creyó una palabra porque su madre no había pasado por su habitación esa noche ocupada con la fiesta. Forzó una sonrisa y

se apartó de él.

—Estaba cansada.

Salió de la casa y él la siguió.

—¿Ya has buscado apartamento en la universidad?

—Iré a la residencia de estudiantes. Sé que es más lío a la hora de intentar estudiar, pero es para lo que me da la beca.

Él asintió cruzando la calle.

—¿Psicología? No creo que en Greenville te necesiten como psicóloga.

—No pensaba quedarme en la ciudad. —Al fin entraron en la casa de los Edwards y corrió escaleras arriba huyendo de él. —¡Te veo luego!

Capítulo 2

Llegó a la puerta de su amiga y entró sin llamar para ver toda la habitación revuelta. No era extraño en Lisa, pues su madre se negaba a arreglarla. Su amiga estaba tumbada en la cama mirando hacia la ventana y se acercó sentándose a su lado. Vio como una lagrima caía por su mejilla y se tumbó a su lado abrazándola.

—¿Qué te pasa? Cuéntamelo.

—Estoy jodiendo mi vida —susurró deprimida—. Soy una amiga horrible una hija horrible y una estudiante pésima.

—Eso no es cierto. Ninguna de esas tres cosas es cierta. Eres una amiga estupenda. La mejor.

—Mentira. Ayer te hice daño.

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé. —Pasó su mano por la mejilla limpiándose las lágrimas. —No lo sé. Este año ha sido una pesadilla. Tú siempre estabas ocupada con el consejo de estudiantes y tus actividades de la universidad y me he sentido perdida. Antes lo hacíamos todo juntas y ahora estoy sola.

Se sintió muy culpable y la abrazó.

—Lo siento. Estaba tan centrada en la universidad que no me di cuenta que te sentías sola.

Lisa se volvió y ella le acarició su cabello rubio mirándola a los ojos.

—Y te vas a ir y yo me quedaré aquí sola.

—Tú también irás a la universidad. Nos veremos en vacaciones.

—No será lo mismo. Iré a una universidad de tercera y tú estarás en Harvard. Serás importante.

—Tú siempre serás importante para mí —dijo con cariño con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Por qué no aprovechamos este verano? Nos divertiremos.

—¿Sólo para mí?

—Sólo para ti. Y te ayudaré a estudiar para que saques unas notas buenísimas.

Lisa sonrió.

—Siento lo de ayer.

—Prométeme que no volverás a tomar drogas, por favor. Me asusta mucho.

—Sólo lo he hecho dos veces. No va a pasar nada.

—¿Y lo de Joe? ¿Te has acostado con él?

Lisa hizo una mueca.

—Una tontería, ¿verdad? Me sentía sola y bebí demasiado. Ni siquiera me hizo llegar.

—Menudo cerdo.

Su amiga se encogió de hombros.

—Ya lo habíamos hecho después del último partido. Me invitó a tomar algo y metí la pata. Por eso me dolió que te hiciera caso a ti y me enfadé tanto.

—Eres estupenda y no tienes que estar con un tío que no te valora. Ya verás, seguro que cuando vayas a la universidad los tendrás a todos detrás de ti.

—Claro, como no estarás tú.

Se echaron a reír, pero a Julie la preocupó que pensara esas cosas.

El resto del día fue fantástico. Los Edwards organizaron una barbacoa improvisada por la llegada de Kurt y fue medio barrio. Ella

le observaba de lejos, viéndolo reír y hablar con los demás, pero disimulaba mientras se centraba en su amiga.

—Julie, ¿me ayudas a sacar las ensaladas? —preguntó la señora Edwards saliendo de la casa con dos fuentes.

—Vamos —le dijo a su amiga.

—Vete tú. Voy a hablar con Kurt. Me he portado fatal con él.

Sonriendo fue hasta la casa satisfecha porque su amiga se había dado cuenta que había metido la pata y eso era una buena señal. Cogió dos fuentes y salió al jardín. Los hermanos estaban hablando, pero Kurt tenía el ceño fruncido como si le estuviera echando la bronca. Lisa estaba al borde de las lágrimas y corriendo dejó las fuentes para acercarse a ellos.

—¿Qué pasa?

—Nada que te importe —dijo Kurt antes de alejarse.

Preocupada cogió a Lisa de los hombros.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. —Forzó una sonrisa encogiéndose de hombros. —Que soy un desastre. —Miró a su alrededor disimulando lo que le habían dolido las palabras de Kurt. —Vamos a comer algo. ¡Esta noche es la fiesta! Vendrás, ¿verdad?

—Sí, claro. Aquí estaré. —Sabía que necesitaba despejarse y se lo pasarían bien.

Cuando terminaron de comer charlaron un rato con los vecinos. Kurt estaba contestando una llamada y pudo escuchar que invitaba a los amigos a la fiesta de esa noche. Se mordió el labio inferior porque a ella no le había dicho nada. No sabía si Lisa le había comentado que la había invitado a la fiesta. Esperaba que no le pareciera mal.

Ayudó a recoger y a limpiar. El padre de Kurt se fue a comprar con Lisa para la fiesta de la noche y riéndose ayudó a la madre de Kurt a esconder las cosas de valor para que no se las rompieran. Estaba guardando un jarrón en el armario del hall cuando entró Kurt y se la encontró de rodillas colocándolo con cuidado en el suelo.

—¿Qué haces?

—Tu madre me ha pedido que quite todo lo que se puede romper del alcance de tus amigos. Teme quedarse sin jarrones.

Él apretó los labios.

—No tienes por qué hacerlo tú.

Avergonzada se levantó.

—No me importa ayudar. No tengo nada que hacer.

—Quizás deberías buscarte algo para entretenerte en lugar de estar pululando a nuestro alrededor —dijo molesto.

—Sí, quizás sí. —Rabiosa fue hasta la cocina y Mary Rose Edwards sonrió. —¿Necesitas algo más?

—No, cariño. Gracias por tu ayuda.

—De nada. Me voy a casa.

—¿Vendrás a la fiesta? No podrás beber, pero será divertido con tantos universitarios. —Le guiñó un ojo. —Seguro que se volverán locos por una preciosidad como tú.

—Va. Seguro que las prefieren mayores.

—Puede que te sorprendas.

—¿Vendrás a la fiesta? —preguntó Kurt molesto antes de mirar a su madre como si hubiera metido la pata.

—Me ha invitado Lisa. —Incómoda se apretó las manos. —Pero si no quieres que venga...

—Claro. No pasa nada. Qué más da una más.

Se fue de la cocina y sonrojada le dijo a Mary Rose.

—Bueno, yo me voy.

—Julie...

La miró a regañadientes.

—Lisa es tu mejor amiga y me alegro de que lo sea. Espero que sepa encontrar su camino.

—Estará bien.

—Eso espero. Me preocupa. Últimamente no parece satisfecha con nada en su vida y eso es peligroso. —La miró a los ojos. —La cuidarás, ¿verdad?

—Sí. Ahora tengo que irme o no me dará tiempo.

—Pasarlo bien esta noche —dijo mientras salía de la cocina—. ¡Y no me destrocéis la casa!

Cuando llegó a su habitación, se sentó en el banco de la ventana pensando en Kurt. Estaba claro que no quería que fuera a la fiesta, pero no pensaba dejar a Lisa sola. Si no fuera por ella ni se le ocurriría pisar la casa. Sería creído.

Para darle en las narices a Kurt, se puso un vestido rosa chicle que le llegaba a la mitad del muslo. Estilizando las piernas, se puso unos tacones de quince centímetros. Se arregló el cabello alisándoselo con la plancha, dejándolo como una tabla. Se volvió e hizo una mueca porque su melena llegaba hasta su trasero. Debería cortárselo un poco. Se maquilló ligeramente y se pintó los labios de rosa. Por último, se echó el perfume de su madre que le encantaba. Bajó las escaleras escuchando la música al otro lado de la calle.

—Menuda fiesta han montado. No entra un coche más —dijo su padre cotilleando por la ventana del salón pegado a su madre—. ¡Otro bidón de cerveza!

—Charles, cariño... relájate.

—¡Me voy! —gritó sobresaltándolos.

—Hija, qué susto —dijo su madre sentándose en el sofá. La miraron de arriba abajo antes de mirarse ellos.

—Julie, ¿no había un vestido más corto? —preguntó su padre.

—¡Papá, ya soy mayor! Me voy a ir a la universidad. ¿Cuándo vas a confiar en mí?

—Sí confío en ti. —Señaló la ventana. —Pero de esos no me fío un pelo.

Julie se echó a reír.

—Estarán Lisa y Kurt. No pasará nada.

—Más les vale. Les vigilo.

—Eso ya lo veo. —Fue hasta la puerta y la abrió. —Os veo a la una.

—Julie...

—¡Papá, estoy cruzando la calle!

—Vale, a la una. ¡Pero no bebas!

Salió de casa sonriendo y cuando iba a cruzar la calle se volvió de golpe para verles en la ventana. Soltaron la cortina de golpe.

—Esto es increíble.

Al entrar en la fiesta saludó a los que se iba encontrando porque se conocían de la ciudad. Aunque eran mayores que ella, sabía los nombres de todos y se entretuvo un rato hablando de la universidad. Vio a Lisa bailando con Steve, el mejor amigo de Kurt. Según tenía entendido estudiaba psicología y quería hablar con él.

Todos tenían vasos de papel en la mano con alguna bebida, pero a ella no le apetecía nada. Kurt estaba al lado de la chimenea hablando con una antigua animadora del instituto cuando se volvió y sus ojos se encontraron. Ella saludó acercándose a Lisa y vio como la miraba de arriba abajo. Esa mirada la puso nerviosa, pero disimuló lo que pudo.

—¡Ya has llegado! —exclamó Lisa cogiéndola de la mano y tirando de ella hacia la pista improvisada—. Menos mal. Esto está lleno de carcamales.

—Ja, ja. —Steve se acercó a Julie y le dio un beso en la mejilla. —Estás guapísima, Julie. Pareces mayor.

—Cumpliré dieciocho en dos semanas.

—Vamos a celebrar una fiesta enorme —dijo Lisa emocionada.

—Cierto. Mucho mejor que esta.

—No lo dudo. Menudo peligro debéis tener las dos. —Steve le guiñó un ojo a Kurt que se acercó en ese momento.

—No podéis beber —dijo cortándoles el rollo. Las amigas se miraron antes de echarse a reír—. Hablo en serio.

—Tranquilo, Kurt. Son responsables —dijo Steve a punto de reírse—. A saber las juergas que te has corrido tú en la universidad.

—Estaba demasiado ocupado estudiando. —Miró a Julie a los ojos. —Acuérdate de eso. No te desvíes. La universidad puede ser abrumadora.

—Sí, papá — dijo para fastidiar tirando de Lisa—. Vamos a dar una vuelta.

—Ven, que vamos a hablar con Cristina.

—¿Cristina está aquí?

Que la antigua novia de Kurt estuviera en la fiesta, no era positivo en absoluto. No la podía ni ver, pero Lisa siempre se había llevado muy bien con ella. La admiraba y no sabía porqué, pues no tenía una pizca de cerebro. Sólo le preocupaban los vestidos y la gente que la rodeaba. Lo habían dejado cuando Kurt se había ido a la universidad, pero ella siempre había dicho que volverían en cuanto terminara. Necesitaba espacio para conocerse a sí mismo para después casarse. Una bonita manera de decir que le daba manga ancha a su novio para que se acostara con quien quisiera durante la universidad. Que estuviera allí podía significar que Kurt pensaba volver con ella. La encontraron en el hall riéndose con las animadoras. Estaba preciosa con su cabello rubio impecablemente peinado y su vestido negro.

—¡Cristina! ¡Mira, Julie ha llegado!

Cristina se giró y abrió los ojos como platos al ver a Julie.

—¡Madre mía, como has crecido!

—Tú estás preciosa. —Se dieron un beso, aunque ambas sabían que no se tragaban. —Como siempre.

—Gracias, eres muy amable. —Bebió de su vaso y Julie vio un enorme anillo de compromiso. Al ver lo que miraba extendió la mano. —¿Te gusta? Mi prometido tiene mucho gusto.

—¿Con quién te has comprometido? ¿Lo conocemos?

—Con Steve.

Se quedó de piedra y Lisa sonrió. —Se encontraron en el primer curso de la universidad y ya no se han separado. —Levantó una ceja. —¿A que es una noticia estupenda?

—Me alegro muchísimo por vosotros.

—¿Quién iba a decir que Steve y yo... —Se echó a reír. —Pero somos muy felices.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó todavía atónita.

—En primavera. Todavía tenemos que asentarnos laboralmente y comprar una casa, pero Steve quiere casarse cuanto antes.

—¿Teme que cambies de opinión? —preguntó Lisa en broma.

—No le cambiaría por nadie.

Steve llegó en ese momento y la cogió por la cintura. Se miraron a los ojos y Julie vio que estaban enamoradísimos. Increíble. La vida no dejaba de darle sorpresas.

Se alejaron de la pareja y Lisa susurró.

—¿A que has flipado?

—¡Sí! ¿Cuándo te has enterado?

—Hace un momento. Se me quedó una cara de idiota. ¡Steve no podía ni verla!

—Parece más centrada.

—Sí. —Se echó a reír. —Todavía tengo esperanzas.

Pasaron una noche estupenda cotilleando sobre las vidas de los amigos de Kurt. Todos iban bebiendo y soltando la lengua. Vio que su amiga bebía cerveza, pero no quiso decir nada para no amargarle la fiesta. Lo que le pareció sorprendente, era que Kurt parecía que a medida que avanzaba la noche se acercaba más a ella. Incómoda por si quería echarla pues la fiesta se empezaba a desmadrar, subió al baño de la habitación de Lisa. Se cepilló el cabello y usó un pintalabios de su amiga antes de salir. Se quedó de piedra al ver a Kurt en la habitación con una fotografía de ellas juntas en la mano.

—¿Qué haces aquí? —Intentó parecer relajada y divertida. —¿No deberías estar en tu fiesta?

Se volvió dejando caer la foto al suelo.

—Lisa me ha dicho que querías hablar conmigo.

Entrecerró los ojos al ver los suyos rojos.

—Kurt, ¿estás borracho?

—Un poco. ¿No es mi fiesta?

—Deberías comer algo.

—Ven aquí, Julie.

Se miraron a los ojos e insegura se acercó a él. Kurt acarició su cuello provocándole que su corazón latiera con fuerza. —¿Qué

quieres? —tartamudeó muy nerviosa.

—¿Qué quiero? ¿Tú qué crees? Nena, quiero lo que me ofreciste en Navidad.

Se acercó y acarició suavemente sus labios. Su corazón se volvió loco. Sintió como todo su cuerpo reaccionaba a su tacto y sin darse cuenta se pegó a él deseando sentirle en cada centímetro de su piel. Por instinto separó sus labios y Kurt entró en ella volviéndola loca por todo lo que le hacía experimentar. Cuando la abrazó a él bajando las manos a su trasero y se lo amasó con pasión, ella gimió en su boca rodeando su cuello con las manos. Fue maravilloso sentir su sexo erecto a través de los vaqueros y sin darse cuenta apretó sus caderas contra él queriendo más. Kurt tiró de su vestido hacia arriba y apartó su boca para besar su cuello perdiendo el control. Gritó sorprendida cuando la cogió por el trasero elevándola y sentándola sobre el tocador de su hermana tirando lo que había encima. La miró a los ojos mientras le bajaba las braguitas y cuando se bajó los pantalones. Abrazada a él, suspiró cuando la acarició con su sexo antes de entrar en ella de un solo empujón. Se mordió el labio inferior con fuerza reprimiendo el grito de dolor que pugnaba por salir y él la besó apasionadamente sujetándola por las caderas. Su lengua la volvió loca y desesperada le saboreó mientras empezaba a moverse con contundencia. El dolor desapareció dando paso al placer y ansiosa rodeó sus caderas con sus piernas recibiendo con gusto. La tensión de su vientre aumentó y gritó ocultando su cara en su cuello desesperada por la liberación. Sin darse cuenta apretó su miembro con fuerza y él gruñó antes de acelerar el ritmo. Julie se quedó sin aliento sintiendo que su cuerpo estallaba en mil pedazos y apretó las uñas en su cuello gritando de placer.

El sonido de la fiesta llegó hasta ellos y Kurt susurró —Menudo polvo. —Esa frase la dejó fría y se apartó para mirarle a la cara. Él sonrió tontamente antes de besarla en la frente. —Ha sido la leche, tenía que haber aprovechado también la Navidad. Follas de miedo.

Se apartó subiéndose los pantalones y sin mirarla siguió fue hasta el baño. Se quedó de piedra al oírle vomitar. Posó los pies en

el suelo bajándose el vestido y fue hasta la puerta del baño. La abrió para verle lavarse la cara. Al mirarla a través del espejo sonrió. — ¿No deberías irte a casa? Ya es tarde —dijo con la voz pastosa.

—Sí, claro. ¿Estás bien?

—Demasiada cerveza. —Se volvió tirando la toalla en la bañera y la miró de arriba abajo, pero parecía que no centraba la vista.

—No deberías beber más.

—Es mi fiesta de despedida. —Salió del baño y fue hasta la puerta. —Gracias por el polvo. —De repente se giró. —Hostia, no he usado condón, pero tú tomas algo, ¿no? Paso de críos.

Por supuesto no vio como palidecía. Se sentía como una puta que había realizado un servicio y que ya no era importante. Sintió que se le retorció el corazón y muerta de la vergüenza, cogió sus bragas del suelo y salió de la habitación corriendo escaleras abajo. Le vio coger a una rubia por la cintura y besarla en el cuello. La chica se echó a reír de manera escandalosa y Julie sin poder soportarlo salió de la casa. Corriendo por el jardín se quitó los zapatos. Llorando entró en su casa y corrió escaleras arriba sin saludar a sus padres que seguían en el salón.

—¿Julie? —gritó su madre.

—¡Estoy bien! —gritó entrando en su habitación y cerrando de golpe con llave.

Se tiró sobre la cama llorando y su madre llamó a la puerta.

—Julie, ¿qué ha ocurrido? ¡Abre!

—¡Mamá, por favor déjame en paz! ¡No quiero hablar! Estoy bien. No he bebido ni nada, ¿vale? ¡Sólo quiero estar sola!

—Hablaremos mañana —dijo dando a entender que no pensaba dejarlo pasar.

Se tapó la cabeza con la almohada para que no la escucharan. No se podía creer que hubiera sido tan estúpida. No quería estar con ella. Sólo estaba borracho y la había utilizado porque estaba a mano. Y ella como una estúpida no había hecho caso a lo que ya sabía para seguir su corazón. Dios, cómo había disfrutado de su tacto y de todo lo que le había hecho. No debía arrepentirse de haberse acostado la

primera vez con la persona que amaba. ¿Por qué era tan estúpida y estaba llorando? Suspirando apartó la almohada frustrada porque quería que la amara y eso no pasaría jamás.

Capítulo 3

Sonrió a Jason que corrió hacia ella con su mochilita de Bob Esponja en la mano. —¡Mamá, mira lo que he hecho! —gritó excitado llegando hasta ella. Se agachó a su lado viéndole revolver en la mochila y sacando una galleta de barro pintada de verde y rojo.

—Vaya, estás hecho todo un artista. —Le acarició el cabello rubio apartándoselo de la frente. —¿Es para mí?

—Es para mi papá, pero como no tengo, es para ti que haces de papá y mamá.

Sus ojos verdes se nublaron viendo la alegría en los de su hijo, que al menos había heredado eso de ella. Todo lo demás era de su padre y su secreto empezaba a ser difícil de ocultar.

—Gracias, cariño. —Cogió la galleta como si fuera el mejor regalo del mundo. —¿Y un beso? ¿Me das un beso? —Abrazó su cuello y le dio un ruidoso beso en la mejilla. —El mejor beso del mundo.

—Gracias. —Cuando se incorporó la cogió de la mano y Julie cogió su mochila metiendo su galleta dentro. —¿Vamos a casa?

—¿No quieres ir al parque un rato?

—No, mami. Los dibujos. Me los voy a perder.

Su hijo de casi seis años vivía para ver los dibujos y negó con la cabeza.

—Tienes que jugar un poco después de tanto colegio.

—¡Pero si jugamos continuamente! ¡Los dibujos sólo los veo por la tarde! Va, mamá.

La verdad es que ella también estaba cansada después de estar todo el día en la biblioteca, así que asintió.

—Pero sólo un ratito.

Jason chilló dando un salto de la alegría y Julie puso los ojos en blanco. Pasearon desde el jardín de infancia hasta la casa de sus padres y Jason saludó a Mary Rose que estaba en el jardín trabajando en sus azaleas.

—¡Hola Rose! ¡Le he hecho a mamá una galleta!

—Debe ser maravillosa. ¿Me la ensañas?

Jason cogió su mochila y cruzó sin mirar.

—¡Jason! ¡Ya te he dicho mil veces que no puedes cruzar tú solo!

Mary Rose se agachó para besar a su nieto y a Julie se le retorció el corazón porque no sabía que lo era. De hecho, no lo sabía nadie. Ni siquiera sus padres. Cuando dos días antes de irse a la universidad se hizo la prueba, estuvo a punto de irse sin decir nada y solucionar el problema en Boston. Pero algo se lo impidió y no se arrepentía viendo a su hijo riendo con su vecina.

No supo de donde sacó el valor para decírselo a sus padres. Fueron unos días terribles donde su padre no dejaba de decirle que había destrozado su vida. Por supuesto la universidad quedaba descartada, porque ella iba a encargarse del bebé. Eso era algo que ya había asumido y no se echó atrás. Pero lo realmente duro fue no decir quién era el padre, porque sus padres insistieron en que debía hacerse cargo como ella. Ambos se quedaron de piedra cuando simplemente les dijo que no era importante.

Durante meses insistieron en el tema, pero en cuanto nació Jason dejaron de preguntar encantados con su nieto. Consiguió trabajo después del parto en la biblioteca. Era aburridísimo, pero al menos podía estudiar. Se había apuntado a educación a distancia y sólo tenía que presentarse para los exámenes. Escogía las asignaturas según el tiempo del que disponía y a ese paso

terminaría la carrera en su jubilación, pero era una espina que tenía clavada y sabía que algún día terminaría.

—¿Cómo estás, Julie? Pareces cansada. Si quieres me quedo con el niño y le doy la merienda.

Negó con la cabeza porque Mary Rose siempre estaba loca por quedarse con él, pero no quería abusar. Bastante lo hacía ya.

—No, gracias. Quiero pasar tiempo con Jason. Además, quiere ver los dibujos. ¿Verdad, cielo?

—Sí, vamos mamá. Que me los pierdo.

Mary Rose se echó a reír y en ese momento su madre salió de casa.

—¿Dónde está mi nieto?

—¡Aquí!

—No le veo. —Su abuela miró alrededor y Julie divertida cruzó con él la calle. —¿Dónde está mi Jason?

—¡Aquí, abuela! ¡Estás ciega!

Julie se echó a reír a carcajadas cuando su madre puso cara de indignación mirando a Jason.

—¿Cómo que estoy ciega?

—¡Si no me ves, estás ciega! ¡Soy muy grande!

—¡Pues vamos grandullón! Hay tarta de chocolate.

Jason chilló entrando en casa y su madre la vio subir los escalones del porche. Perdió la sonrisa poco a poco.

—Estás agotada.

—¡Qué va!

—Has adelgazado y tienes ojeras. Igual deberías dejar los exámenes de primavera y descansar un poco.

—¿Con todo lo que he estudiado? Ni hablar.

Preocupada la vio entrar en casa y miró hacia Mary Rose que apretó los labios antes de cortar una azalea.

—Mary Rose, ¿quieres tarta de chocolate?

—Claro, esa invitación no se puede rechazar.

Julie estaba cortándole un pedazo de tarta a su hijo cuando las vio entrar en la cocina.

—¿Os sirvo a vosotras?

—Gracias, Julie —dijo Mary Rose sentándose en la mesa—. ¿Te ha llamado Lisa?

Julie apretó los labios.

—Sí, me ha llamado. El lunes como siempre.

—Ha encontrado un trabajo nuevo. Ayudante de dirección. — Mary Rose sonrió orgullosa. —Le pagan muy bien y Kurt dice que es perfecta para ese puesto. Parece mentira con lo desorganizada que era que haya cambiado tanto.

—El tiempo cambia a las personas. Sabía que lo conseguiría — dijo perdiendo el apetito. Cogió el plato y dijo —Voy a llevárselo a Jason.

—Sí, claro. Llévale una servilleta o se pondrá perdido.

Su hija cogió el rollo de papel antes de salir. Se miraron a los ojos y Mary Rose susurró.

—Jessica, le hemos destrozado la vida.

—No se habla de ese tema. —Le advirtió con la mirada. —Y menos aquí.

—¿Pero la has visto? Se está consumiendo. No es feliz y...

Julie llegó sonriendo.

—Ya no me hace ni caso. Es ver los dibujos animados y pasar de todo.

—¿No comes tarta?

—No me apetece. ¿Os importa si voy a ducharme? Voy a aprovechar que está viendo la tele para ducharme y enviar unos mails.

—¿Seguro que no quieres comer un poquito? —preguntó Mary Rose—. Está deliciosa.

Ella miró su trozo de tarta intacto.

—Pero si no la has probado.

Mary Rose se sonrojó mirando su plato.

—Tiene un olor exquisito.

—Voy a ducharme —dijo lentamente—. La probaré después.

—Bien, cariño. No te preocupes por el niño. Yo le echo un ojo.

—Bajo enseguida. Ni se moverá del sofá.

—Debemos hablar con ella —susurró Mary Rose.

—¿Para qué? Hicimos lo que nos pareció mejor en su momento para proteger el futuro de Kurt. ¿Quieres que le diga a mi hija que sé quién es el padre de mi nieto, pero que no dije nada para que él tuviera una vida de éxito? —preguntó fríamente—. ¡Y te recuerdo que en ello insististe tú! Con lo responsable que es, querrá hacerse cargo y dejará su trabajo para venir a vivir aquí. Destrozareis su vida, dijiste.

Mary Rose se sonrojó.

—Lo siento, fue egoísta, pero es que ahora...

—Ahora han pasado más de seis años y tu hijo tiene la vida que querías. ¿Qué pasa? ¿Te sientes culpable? Pues te fastidias. Yo tengo que tragar bilis cada vez que veo a mi hija ir a ese trabajo de mierda cuando tenía todo un futuro brillante por delante. Pero lo hago por una razón todavía mayor y está sentado en el sofá. ¡Y mi nieto es feliz! No pienso cambiarlo todo porque ahora tengáis remordimientos.

—Jessica, lo siento mucho.

—Más siento yo todo lo que le ha ocurrido. Si ella no quiso contarnos quien era el padre, era precisamente por no fastidiar la vida de Kurt. —Bufó con ironía. —Y encima tiene que escuchar sus comentarios sobre cómo ha destrozado su vida cuando se la ha destrozado él. No sé cómo lo soporta. —La señaló con el dedo. —Dile a tu hijo que cuando vuelva de visita con una de esas zorritas que le acompañan, cierre la boca sobre Julie o se la voy a cerrar yo. ¡Estoy harta de oír a mi hija llorar después de cada maldita visita! ¿Me oyes?

—Sí. Hablaré con él.

Jessica se tapó la boca reprimiendo las lágrimas y respiró hondo.

—Perdona, pero este tema me altera mucho.

—¡Abuelita, quiero leche!

Ambas miraron a su nieto que estaba en la puerta con la cara llena de chocolate y Jessica chilló al ver sus manos. Mary Rose se

acercó a él cogiéndole en brazos mientras su amiga corría hasta el salón.

—¡El sofá!

Mary Rose miró a los ojos al niño y susurró.

—Buena la has hecho.

Él la besó en la mejilla manchándola de chocolate y emocionada sonrió susurrando.

—Igualito que su padre.

—¡Ya estoy aquí! —gritó Lisa cerrando la puerta con un paquete en la mano—. ¿Dónde está mi pequeñajo?

Jason salió corriendo del salón, chillando de la alegría al ver a su tía. Se tiró a sus piernas haciéndola reír y Julie sonrió bajando las escaleras viendo como le cogía en brazos dándole mil besos. Su amiga la miró y perdió algo la sonrisa.

—Hola, has llegado.

—Qué remedio. No podía perderme el aniversario de mis padres.

—Se acercó con el niño en brazos y le dio un beso en la mejilla. Se apartó y Julie la miró de arriba abajo. Estaba preciosa con aquel vestido verde agua.

—Estás guapísima. —Se pasó las manos por sus vaqueros desgastados y cogió al niño en brazos—Trae, que te va a manchar.

—Da igual. Tengo que cambiarme. —Caminaron hasta el salón mientras Jason miraba la caja con los ojos brillantes. Lisa se echó a reír. —Sí, es para ti.

—¡Mamá bájame!

Le dejó en el suelo sentándose en el sofá para ver como ambos desenvolvían el paquete. Era un juego de construcción carísimo que ella no se podía permitir. Apretó los labios porque estaba ahorrando para comprárselo para su cumpleaños. Forzó una sonrisa al ver como su hijo le enseñaba la caja ilusionado.

—El que tú querías.

—¡Sí! ¡Lisa es la mejor!

—Sí que lo es. ¿Por qué no juegas en la alfombra mientras nosotras hablamos?

—¡Sí!

El niño se olvidó de ellas intentando abrir la caja y Lisa se sentó a su lado. —Está enorme —dijo divertida.

—Sí, el pediatra dice que está muy alto. —Forzó una sonrisa mirando sus ojos azules. —¿Cómo te va en la gran ciudad? ¿Y el trabajo nuevo?

—Muy bien. Estoy encantada porque es menos trabajo del que me imaginaba. Además, viajo mucho con mi jefe.

—¿Es guapo?

—Está casado y tiene sesenta años. Por muy guapo que sea...

Se echaron a reír y su amiga miró al niño que estaba sentado en la alfombra de espaldas a ella.

—Cada día se parece más a Kurt.

A Julie se le cortó el aliento.

—¿Pero qué dices?

Ella miró a los ojos.

—A mí no me engañas. Además, puede que no sea muy lista, pero sé contar. Y en aquella fiesta...

Se levantó de repente pálida.

—No hablemos aquí de esto.

Ella siguió hasta la cocina y Julie apoyó las manos en la encimera respirando hondo. Su amiga se puso tras ella y la abrazó por la cintura.

—No te preocupes. Nunca se lo he contado a nadie. Pero tu secreto no tiene mucho futuro. Es tan evidente que no sé cómo Kurt no se ha dado cuenta.

—¡Porque no se acuerda! —Se apartó de su amiga que la miró atónita. —¡No se acuerda de lo que ocurrió y no pienso decírselo! ¿Me oyes? ¡Jason es mío! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Soy yo la que lo ha sacrificado todo por él.

—Siéntate, por favor. Quiero hablar contigo.

Nerviosa miró hacia la puerta.

—Mis padres...

—Están ayudando a los míos con la colocación de las mesas. Siéntate, por favor.

Se sentó a regañadientes y su amiga sonrió cogiéndola de la mano.

—¿Te acuerdas cómo estaba yo antes de la fiesta de Kurt?

—Estabas confusa. No te lo tomé en cuenta.

—Pero yo sí que te lo tenía en cuenta. Envié a Kurt a mi habitación a propósito buscando precisamente que se acostara contigo.

A Julie se le cortó el aliento.

—¿Qué?

—Le dije que querías hablar con él, pero como se lo dije, insinué que querías algo más. Estaba muy borracho, pero tanto como para que no se acuerde...

—Lo que hicimos no tiene nada que ver contigo, ¿pero por qué lo hiciste? No lo entiendo. ¿Qué más te daba?

—¡Me sentía culpable por lo que había dicho y quería que antes de que te fueras a la universidad vivieras un poco! Había bebido y sabía que la había cagado de nuevo, así que...

Se tensó soltando su mano recordando las palabras de sus amigas ese día.

—Querías que la fastidiara yo.

La miró arrepentida.

—No pensaba que pasaría esto. Pensaba que os acostaríais y que te afectaría por supuesto. Estabas enamorada de él, pero cuando me dijiste lo del embarazo...

—Te diste cuenta hasta donde había metido la pata. Me envidiabas y envidiabas a tu hermano, así que le provocaste para que se acostara conmigo, jodiéndonos la vida.

—Nunca me imaginé que te quedarías embarazada. ¡Lo siento!

—Te vino de perlas que yo no dijera quien era el padre, ¿verdad? Así sólo me fastidiarías la vida a mí. ¡Tú has ido a la universidad y tienes la vida que yo quería, mientras que yo tengo un trabajo de

mierda y vivo en casa de mis padres! —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Espero que estés contenta.

—Yo no quería esto y lo sabes.

Respiró hondo levantándose intentando retener las lágrimas porque seguramente su hijo entraría en cualquier momento a buscarla.

—Tienes razón. No es culpa tuya. Como yo no tenía la culpa cuando tú te metías las rayas de cocaína.

Lisa palideció.

—Me haces parecer una niñata consentida.

—Amiga... —dijo con desprecio—. ¡Yo siempre te he protegido! ¡Incluso me pasé aquel maldito verano estudiando contigo para que aprobaras! ¡Me das asco! ¿Y me lo dices ahora? ¿Por qué?

—Te lo iba a decir al día siguiente, pero como te vi tan hecha polvo decidí callarme.

—Claro. ¡Porque si no te quedarías sola durante el verano! —Se cruzó de brazos. —¡Durante todos estos años no has dicho nada!

Lisa se echó a llorar.

—Lo siento.

—Sabías que estaba borracho. Y sabías que no se acordaba. No me mientas.

—Al día siguiente le dije que mi habitación estaba revuelta y pareció sorprendido. Me dijo que no recordaba lo que había ocurrido desde que bailamos en el salón todos juntos.

Se llevó la mano al pecho impresionada.

—¡Eso fue casi al principio de la noche!

—Lo sé. —Se mordió el labio inferior desviando la mirada.

—¡Lisa!

Su amiga angustiada se echó a llorar más fuerte.

—Le eché algo en la bebida cuando llegaste.

—Dios mío. —La miró como si no la conociera. —Podía haberle pasado algo. ¡Podía haber hecho cualquier cosa! ¿Estás loca?

—¡En aquel momento no era yo! ¡Os odiaba! ¿No lo entiendes? ¡Vosotros los perfectos hacíais todo lo que os proponíais!

—Claro y por eso le drogaste. Para que no pareciera tan perfecto ante todos, ¿no es así? ¡Y después le enviaste a mí para que rematara la faena y dejarme hecha polvo cuando él me dijera que no quería nada conmigo!

—Lo siento.

—¿Por qué sabías que no le rechazaría?

—Porque estabas loca por él —dijo llorando—. ¡No imaginaba que te quedarías embarazada, lo juro!

Miró a su amiga fríamente, pero sabía que aunque Lisa sólo había propiciado su encuentro, haberse acostado con él era exclusivamente culpa suya. Ella era la que estaba lúcida y ella era la que le había aceptado con gusto.

—No dirás nada, ¿me oyes?

—¿Qué? —Sorprendida la miró a los ojos. —Pero se va a enterar tarde o temprano.

—No dirás nada de esa noche. Tú no sabes nada y no has oído nada. No tienes ni idea del tema.

—Pero hará preguntas cuando se entere y...

—Repito, tú no sabes nada. Me lo debes. Yo te he cubierto miles de veces y vas a hacer esto por mí.

—Pero es mi sobrino.

—También lo era hace cinco años y hace cuatro. No sé a qué viene esto.

—Porque es igual que mi hermano y todo el mundo ya especula sobre ello. Ya no se puede ocultar el secreto.

—Mientras yo lo niegue sí. Nadie puede estar seguro, así que deja ya el tema.

Escucharon que un coche frenaba en seco fuera y miraron por la ventana para ver el coche de Kurt en medio de la carretera echándole la bronca a unos niños que iban en bicicleta. Lisa gimió al ver que iba acompañado de su última novia.

—Mierda, ha venido con Stayce. Me cae fatal esa estúpida estirada. —Miró de reojo a su amiga que había palidecido. —Lo siento. Todo es culpa mía.

—No lo es. Deja ya el tema. Vete a casa, tienes mucho que hacer.

—¿No vas a venir?

Negó con la cabeza.

—Me quedaré con Jason para que mis padres se diviertan.

—¡No! Llama a la niñera y ven a la fiesta. ¡No puedes ser la única que no vaya! Kurt lo verá raro.

—Me importa una mierda lo que piense Kurt. —Furiosa se apartó de la ventana y fue hasta la nevera.

—No me mientas. Sigues tan enamorada de él como hace seis años.

—Cállate.

—Te fastidia que traiga a otras a casa y que siempre critique cómo has destrozado tu vida. Te fastidia ver cómo sonrío a todas menos a ti.

—¡Cállate! —Angustiada se llevó las manos a los oídos. —¡Cállate de una vez!

—¿No te das cuenta? —La cogió por las manos apartándoselas. —¡Tienes que reaccionar porque sino se casará con alguna de esas estiradas y perderás al amor de tu vida! ¡Tienes que hacer algo!

—¡No puedo hacer nada! —gritó angustiada—. ¡Nunca le he gustado!

—¡No digas tonterías! ¡Te come con los ojos cada vez que te ve y busca excusas estúpidas para hablar contigo! ¡Sólo tú te alejas de él porque descubra tu secreto!

En ese momento llamaron a la puerta y se miraron asustadas. Lisa se alejó y le dijo.

—Lávate la cara. Ya abro yo.

Pero Jason salió corriendo y chilló gritando.

—¡Está aquí Kurt, mamá! ¿Me has traído un regalo también?

—Hola, enano. —Escucharon como el niño reía y apareció en la puerta de la cocina con su hijo en brazos haciéndole cosquillas. Al ver sus caras frunció el ceño. —¿Qué ocurre?

—Nada —dijo su hermana forzando una sonrisa y acercándose para darle un beso mientras Kurt no dejaba de mirar a Julie. Nerviosa se acercó a él y cogió al niño en brazos saliendo al hall.

—Cielo, juega con el juguete que te ha regalado Lisa. Y deja de pedir regalos a todo el mundo.

—¿Estás enfadada, mamá?

—No.

Su hijo la abrazó por el cuello con fuerza.

—No te enfades conmigo. Prometo no pedir regalos a nadie más que a ti.

Sonrió sin poder evitarlo.

—¿Y a nadie más?

—Y a la abuela, al abuelo y a Lisa.

Lisa sonrió.

—¿Y a nadie más?

—A Rose a Albert... —Pareció pensárselo y al ver a Kurt agachó la mirada. —A nadie más.

Se sintió fatal por hacerle eso a su hijo y le sentó en la alfombra.

—¿Qué quieres para cenar?

—¡Hamburguesa!

Sonrió acariciando su cabello.

—Una hamburguesa con queso.

—Sí, con regalito.

—Con regalito. —Levantó la vista y vio que Kurt seguía allí. —Tengo que ir a la hamburguesería. Lisa, ¿puedes quedarte con él diez minutos?

—Mamá, ¿cenarás conmigo?

—Claro que sí.

—¿Cómo que sí? ¿No vas a venir a la fiesta? —preguntó Kurt sorprendido.

—Voy a quedarme con él.

Kurt miró a su hermana que carraspeó disimulando. Él siseó mosqueado.

—Vete a la hamburguesería, pero vendrás a la fiesta.

—Sí, mamá. Vete a la fiesta para que yo pueda ver dibujos.

Asombrada miró a su hijo.

—Nada de dibujos. Ya los has visto esta tarde.

—Jo, mamá.

—Nada de jo mamá. En cuanto cenes a la cama.

—Entonces perfecto, porque si el niño va a dormir, no tienes que quedarte con él. Incluso puede dormir en una de las habitaciones de arriba de nuestra casa —dijo Kurt cortando la discusión.

Furiosa salió del salón. —No me digas cómo tengo que ocuparme de mi hijo —dijo cogiendo las llaves de la camioneta—. Lisa, vuelvo enseguida.

—Tranquila. ¡Puedes tardar lo que quieras! —gritó al verla subir a la camioneta y arrancar haciendo rugir el motor.

Salió a toda prisa y frenó en seco cambiando la palanca de cambios mientras les fulminaba con la mirada. Lisa agitó la mano sonriendo forzosamente.

Odiaba a los Edwards. Sobre todo a los hijos. Salió quemando llanta.

Capítulo 4

Intentó relajarse comprando las hamburguesas, pero era imposible. Menuda amiga que tenía. ¿Y el otro? Menuda cara al decirle lo que tenía que hacer, cuando él no sabía lo que hacía en momentos tan cruciales. Que no fuera culpa suya no le importaba. Ella tampoco quería quedarse embarazada pero ahí estaba. Muerta del asco.

Apretó el volante viendo que los invitados empezaban a llegar y cuando un tipo aparcó ante la puerta de sus padres sacó la cabeza por la ventanilla y gritó.

—¿Estás ciego que no ves que está prohibido aparcar ahí?

Cuando el cura bajó la ventanilla gimió forzando una sonrisa.

—Padre Mathews, qué sorpresa. ¿Me puede dejar pasar? Sólo unos centímetros.

—Hija, ¿estás bien?

—Claro. ¿Tengo pinta de estar mal? ¿Por qué lo pregunta? ¡Estoy estupendamente! —gritó desgañitada harta de responder esa maldita pregunta.

El hombre movió el coche hacia delante y pensando que la gente era una entrometida de mucho cuidado, entró en el garaje.

Se bajó dando un portazo mientras el cura la miraba atónito y cuando entró en casa cerró con otro portazo.

Se quedó de piedra al ver a Kurt sentado en la alfombra del salón jugando con Jason, que reía mientras quitaba unas piezas de su

juguete nuevo.

—¿Dónde está Lisa?

—Tenía que cambiarse.

La iba a matar. La iba a cortar en cachitos y tirar sus restos al triturador de basuras. Nadie la pillaría. Furiosa fue hasta la cocina y Jason se levantó corriendo.

—¡Mamá, mamá! ¡Dame mi regalo!

Kurt lo siguió divertido.

—Está claro que le vuelven loco los regalos.

—Es que mamá dice que cuando te regalan algo, es porque te aprecian y te quieren —dijo sentándose en su sillita—. Y yo quiero que me quiera todo el mundo.

Ella se acercó a su hijo y se agachó a su lado dejándole el regalito de la hamburguesa ante él.

—¡Un pajarito! ¡Gracias, mamá!

—De nada, mi vida. —Él le dio un beso en la mejilla y quitó el plástico transparente del juguete mientras ella volvía a las bolsas. — Gracias por quedarte con él —dijo a regañadientes—. Ya puedes irte. Tendrás que cambiarte tú también.

—Sí, debería irme. Además, he traído a Stayce. —Ella asintió sacando las hamburguesas. —Te veo en la cena.

—No voy a ir.

Kurt se tensó.

—No sé por qué te empeñas en no asistir. Mis padres se disgustarán.

Frustrada le miró a los ojos.

—Me da igual.

—¿Cómo que te da igual?

—En este momento me importa muy poco. No voy a ir.

—Te estás comportando como una niña —dijo con desprecio.

—Pues muy bien. Soy una niña. Me da igual lo que pienses. De hecho, no tengo ni idea de por qué estás aquí —dijo furiosa mientras Jason les miraba con los ojos como platos.

—Ni yo tampoco.

—¡Está claro que nunca te he caído bien, así que no sé por qué pierdes el tiempo viniendo hasta aquí!

—Venía a saludar a tus padres y al niño, no a ti. Tú no me importas nada. —Lo podía decir más alto, pero no más claro.

Intentando no echarse a llorar, cogió el plato de plástico del niño con dibujitos de Bob Esponja y colocó la hamburguesa con las patatas fritas.

—¿Mamá?

—Aquí tienes.

Su hijo alargó su bracito y le tendió el pajarito de plástico.

—Para ti, mamá. A mí me importas.

—Julie...

—¿Puedes irte, por favor? Quiero estar a solas con mi hijo. —Cogió el pajarito y lo dejó ante el plato. —Es tuyo. Y tú también me importas más que a nada en esta vida, mi amor.

—¡Vete! —dijo el niño enfadado—. ¡Has puesto triste a mamá!

Escucharon como se iba y su niño cogió una patata llevándosela a la boca.

—Come, mamá. Abuelita dice que estás muy delgada.

—¿Dice eso? Mmm, está buenísima.

Mirando la cara de su hijo y de cómo intentaba animarla, se dio cuenta de que cualquier cosa a la que hubiera renunciado por él, había merecido la pena. Y todo lo que rodeaba a como había sido concebido, no importaba en absoluto. Lo único que importaba era él y su bienestar.

Se pasó jugando con Jason y su nuevo juguete un rato. Después se sentaron en el sofá y le leyó un cuento. Se quedó dormido en sus brazos y se levantó para subirlo a su habitación. Cuando le tumbó en la cama y le arropó, fue hasta la ventana para cerrar las cortinas. Entonces vio a varias personas bailando en el jardín. Kurt vestido con un traje azul estaba bailando con Stayce y apretó los labios al ver sus manos en sus caderas mientras ella sonreía como una estúpida. Cerró las cortinas de golpe y fue a ducharse.

Estaba en bata tirada sobre la cama boca abajo con el libro de psicología diferencial ante ella cuando escuchó pasos en el pasillo.

—¿Ya estáis aquí? ¿Habéis cenado ya?

—No. No hemos cenado.

La voz de Kurt la sorprendió y atónita vio que estaba apoyado en el marco de la puerta. —¿Qué haces aquí? —Se levantó de un salto cerrándose el cuello de la bata.

—Me envían mis padres para pedirte que por favor vayas a la cena. —En ese momento llamaron a la puerta. —Esa debe ser la niñera —dijo con ironía—. Han pensado en todo.

—Esto es increíble. —Como no se movía de la puerta siseó —¿Me permites, por favor? Va a despertar a Jason.

Él se apartó y Julie corrió hasta las escaleras. Bajó a toda prisa y cuando abrió la puerta se quedó de piedra al ver a Thomas Potter sonriendo con un ramo de flores en la mano. —¿Tú eres la niñera? —preguntó asombrada al tipo que trabajaba en el supermercado y que siempre intentaba ligarla.

Se la comió con los ojos mirándola de arriba abajo.

—Puedo ser lo que tú quieras.

—¿Perdón?

—Julie, sube a vestirme —dijo Kurt muy tenso acercándose a ellos.

—¡Kurt! Qué sorpresa. Pensaba que estabas en la fiesta de tus padres. —Sonrió de oreja a oreja. —Vaya novia que tienes. —Le guiñó un ojo de manera exagerada. —Está buenísima.

—¿Os conocéis?

—Era el utilero del instituto —dijo Kurt molesto—. Thomas, ¿se puede saber qué haces aquí?

—Preguntarle a esta preciosidad si quiere salir a tomar una copa conmigo. —Le puso las flores bajo la nariz y Julie estornudó.

—¡Es alérgica a las margaritas! —exclamó Kurt arrebatándole el ramo y tirándolo al exterior.

—A la mierda diez pavos —dijo Thomas viéndola estornudar—. Se te está poniendo la nariz como un tomate. Sobre esa copa...

—¡Lárgate de aquí! —Kurt le cerró la puerta en las narices.

—¿Qué haces? ¡Siempre es muy amable conmigo!

—¡Porque quiere ligarte! ¿O no lo has oído?

—Ese no es tu problema. —Le empujó abriendo la puerta y Thomas sonrió.

—Sabía que te gustaba, nena. Tu ex se toma muchas libertades. Eso no me gusta demasiado. Estoy de acuerdo en que os llevéis bien por el niño, pero que se meta así en tu vida...

Kurt se tensó.

—¿Qué dice este enano?

Julie palideció y los dos la miraron fijamente. En ese momento llegó Martha. Una viuda que hacía de niñera en el barrio.

—Oh, si está aquí Kurt. El niño debe estar encantado, ¿verdad?

Kurt la miró atónito y Julie cerró la puerta de golpe dejándolos fuera.

—¿Pero qué coño están diciendo? ¿Has dicho que el niño es mío?

—No. —Se volvió para subir las escaleras, pero él la cogió por el hombro volviéndola con fuerza.

—¿Por qué piensan que Jason es hijo mío si no se lo has dicho tú? —le gritó a la cara. Intentó soltarse, pero la cogió por la barbilla obligándola a mirarle a los ojos—. ¡Contesta de una vez!

—Deben pensar que es tuyo porque es rubio —dijo fríamente—. Nunca he dicho a nadie que fuera hijo tuyo, te lo aseguro.

Kurt apretó los labios soltando su brazo lentamente.

—¿Quién es el padre?

—Eso es algo que no te diré nunca y no tienes derecho a preguntarlo. —Subió las escaleras corriendo huyendo de esa situación y cuando llegó arriba intentó encerrarse en la habitación, pero Kurt empujó la puerta con fuerza empujándola hasta la cama.

—¿No tengo derecho a preguntarlo? ¡Me están acusando de ser el cabrón que no se hace cargo del niño! ¡Tengo todo el derecho a saber quién es!

—¿Para qué? ¿Para dejar tu nombre limpio ante el resto del pueblo? No tienes que hacerlo. ¡El hombre de Kurt Edwards se reverencia en todo Greenville!

—¡Estás celosa de mi éxito!

—¡Sí! —gritó sin poder evitarlo—. ¡Porque me robaste mi vida!

Kurt palideció dando un paso atrás.

—No es culpa mía que fueras una inconsciente y te quedaras preñada de uno cualquiera.

Julie se dio cuenta de lo que había dicho y se volvió reprimiendo las lágrimas.

—Tienes razón fui una inconsciente y yo he pagado las consecuencias. No es justo lo que he dicho. ¿Puedes irte, por favor? Quiero estar sola.

—¿Sabes, Julie? Vas de fuerte por la vida, haciendo ver a todo el mundo que has sacrificado tu futuro por tu hijo, cuando tú tomaste la decisión de traerlo al mundo y has cargado a tus padres con la responsabilidad de seguir manteniéndolos. Estás amargada por la vida que deberías haber tenido y culpas a todos excepto a ti, que eres la única responsable de tu decisión. Pero esa decisión no sólo ha afectado a tu vida, sino a los que te rodean.

Se fue dejándola sola y Julie cerró los ojos intentando reprimir las lágrimas, pero un sollozo escapó de su garganta sin darse cuenta. Se abrazó el vientre con fuerza intentando detener el dolor y cayó de rodillas sin poder dejar de llorar. Sabía que tenía razón en todo lo que había dicho y dolía. Dolía que todo el mundo pensara eso de ella, porque quería a su hijo por encima de todo y no se arrepentía de la decisión que había tomado seis años atrás.

A la mañana siguiente se levantó a las seis como todos los días y después de ver que su hijo seguía dormido, bajó a preparar el desayuno. Estaba cortando algo de fruta cuando su madre apareció con el camión.

—¿Ya estás despierta? —Sonrió mirando sobre su hombro, riendo al ver su cara de resaca. —Mamá, vuelve a la cama.

—Tienes que ir a la biblioteca y el niño se levantará enseguida.

Apretó los labios y forzó una sonrisa.

—Vuelve a la cama. Llevaré al niño a Martha para que le cuide hoy.

—Pero necesitas el dinero para tus estudios y...

—Lo voy a dejar, mamá.

Su madre la miró asombrada.

—¿Pero qué dices?

—Tengo un buen trabajo y esta es mi ciudad. Así iré ahorrando para los estudios de Jason. Además, he pensado que quizás debería alquilar una casita. No puedo comprarme una con lo que tengo ahorrado, pero ...

—Julie, ¿pero que dices? Has luchado muchísimo para conseguir aprobar todas esas asignaturas. Has trabajado tanto... No puedes darte por vencida ahora.

—No me doy por vencida. Simplemente me he dado cuenta que tengo que conformarme con la suerte que tengo y empezar a vivir un poco. Disfrutar de lo que tengo.

La miró a los ojos.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sé a lo que te refieres.

—¿Ha sido Kurt? ¡Ayer vi que venía hacia aquí! —gritó alterada —. ¿Qué te ha dicho?

—Nada. Quería que fuera a la cena y...

—¡A mí no me mientas! ¿Qué te ha dicho? ¿Que has tirado tu vida por la borda?

—No, mamá. —Forzó una sonrisa. —Cálmate...

Su madre salió por la puerta de la cocina antes de que pudiera evitarlo y asombrada vio por la ventana que cruzaba el jardín hacia la casa de sus vecinos. Se quedó de piedra al verla entrar en su casa sin llamar y poniéndose nerviosa gritó a su padre.

—¡Papá, vigila al niño!

Corrió fuera de la casa y asustada escuchó gritos en el piso de arriba. Subió las escaleras corriendo para ver a su madre en el pasillo pegando gritos a Mary Rose, que en camión la miraba

atónita. —¡Dijiste que hablarías con él! ¡Dijiste que lo harías! —gritó histérica.

—Mamá, ¿qué haces?

—¿Qué hago? Poner las cosas en su sitio. ¿Cómo se atreve?

Lisa salió de su habitación poniéndose la bata y la puerta de Kurt se abrió saliendo únicamente en pantalón del pijama. Su madre le señaló con el dedo.

—¡Cómo te atreves a disgustar a mi hija! ¿Quién eres tú para juzgar la vida de nadie?

Kurt se tensó.

—Jessica, creo que estás alterada y no sabes lo que dices.

—Hijo, cierra la boca —dijo su padre molesto—. Jessica por favor, cálmate. No sé lo que le ha dicho Kurt, pero se disculpa, ¿verdad, hijo?

—¿Que me disculpe? Va de víctima por la vida...

Lisa juró por lo bajo.

—Kurt, estás metiendo la pata.

—Mamá, por favor vámonos —dijo angustiada—. Vámonos a casa.

—¡No! Antes voy a decirle a este cerdo lo que pienso en su cara.

—¿Perdón? —Kurt la miró indignado.

—¿Te ofende que te llame cerdo? ¡Nunca la has apreciado! ¡Todo lo que ha hecho en todos estos años para intentar lograr su objetivo de prosperar, lo has juzgado con desprecio porque cometió un error! ¡Un error maravilloso que es mi nieto!

—Jessica, sé que el niño es maravilloso, pero ...

—¡Mi hija se levanta todos los días a las seis de la mañana para estudiar antes de encargarse de su hijo para después ir a trabajar! ¡Cuando llega le atiende hasta que se duerme y sigue estudiando! —Kurt se enderezó. —¿Y sabes por qué lo hace? ¡Porque le quiere más que a nada! ¡A mi niño nunca le faltará de nada, porque su madre está ahí para él al contrario de su padre que se atreve a juzgar cada paso que da!

—¡Mamá! —Asustada miró a Kurt, que la miró a los ojos como si la viera por primera vez y pálida dio un paso atrás bajando un escalón.

—¿Qué está diciendo tu madre? ¿Qué mentiras vas contando? ¿Me dijiste que no le habías dicho a nadie que fuera hijo mío?

—Tampoco le ha dicho a nadie que no era hijo tuyo, Kurt —dijo su hermana furiosa—. ¡Estás tan ciego que te golpearía para que abrieras los ojos de una maldita vez! ¡Todo el mundo lo sabe menos tú!

—¿Pero qué dices? ¿Estás loca? ¡Nunca me he acostado con ella! —dijo con desprecio como si no se le hubiera pasado por la cabeza en la vida.

Incapaz de seguir escuchando más, salió corriendo y huyendo de todo corrió calle abajo mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Cruzó corriendo la intersección sin ver al chico que repartía los periódicos y chocando con su bicicleta. Al caer al suelo su cabeza chocó contra el pavimento.

Se despertó en la ambulancia, pero al ver borroso cerró los ojos de nuevo perdiendo la consciencia. Un pitido la despertó de nuevo y se sobresaltó asustada. —¡Jason! —Miró a su alrededor y su madre se acercó sonriendo. —¿Dónde está Jason?

—Está en casa con Martha. No te preocupes. Le vi hace una hora y acababa de llegar del colegio. Estaba entretenido viendo los dibujos.

—Pero... si es domingo. No, es sábado. —Confundida miró a su alrededor. —¿Qué día es hoy?

—Es martes.

La miró asombrada. —Martes... —Inquieta intentó levantarse. —¿Cómo que martes?

—Todo va bien. El médico dice que no tienes hematomas, pero estaban preocupados porque sangrabas por el oído. Decidieron

sedarte mientras te hacían las pruebas y la medicación te ha dejado grogui.

—¿El chico está bien?

—Sí. Le hemos comprado una bici nueva porque la suya quedó para el arrastre. Está encantado. Aunque se llevó un buen susto cuando te atropelló, ahora está bien.

Suspiró cerrando los ojos y se dio cuenta que tenía algo en la otra mano. Al levantarla vio que tenía un hierro que sujetaba su dedo índice y corazón.

—¿Me los he roto?

—Sí. Y pensando en lo que podría haber pasado, doy gracias a que sólo tengas dos dedos rotos que es lo de menos. —Apretó su otra mano. —Casi me muero del susto al verte inconsciente en la calle sangrando por el oído. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No vuelvas a hacer algo así.

Su padre entró en ese momento y vio el alivio en su cara al verla despierta.

—Lo siento, papá.

—No te disculpes. Fue un accidente.

Su padre la besó en la mejilla y miró a su madre.

—¿Has avisado al médico de que está despierta?

—No. —Se pasó la mano por debajo de los ojos.

—Voy a avisar a la enfermera para que le llame.

—Papá... —Su padre se volvió y forzó una sonrisa. —¿Lo sabíais desde el principio?

—¿Crees que no conozco a mi hija? Llevabas enamorada de él toda la vida y cuando llegaste aquel día de la fiesta, supimos que había ocurrido algo muy doloroso para ti. Cuando vimos al niño por primera vez lo supimos, porque era la misma imagen que Kurt de recién nacido. Los Edwards también se dieron cuenta.

—¿Por qué no dijisteis nada? —Su madre se echó a llorar y se apartó dándole la espalda. —¿Mamá?

Su padre se acercó y sonrió con tristeza.

—Nos reunimos y hablamos del asunto los cuatro.

—¿Qué?

—Kurt no llevaba ni un año en el trabajo nuevo cuando nació Jason y era una oportunidad única para él. Consideramos entre todos que era mejor no decirle nada para que prosperara ya que...

—Yo ya había hundido mi vida.

—No has hundido tu vida. Lo tienes más difícil, pero no has hundido tu vida.

—Os he cargado con responsabilidades que no os correspondían

—dijo intentando no llorar—. Lo siento.

—Oh, mi niña. Nuestro nieto merece todos los sacrificios del mundo. —Su madre se acercó de nuevo y la cogió de la mano. —Y tú eres la mejor madre que existe. No quiero que pienses ni por un momento que nos sentimos obligados a hacer nada. Lo hacemos encantados. No sé lo que te ha dicho Kurt y...

—No quiero hablar de él. —Desvió la vista. —No forma parte de mi vida y nunca lo hará.

—Voy a avisar al médico. Ya hablaremos de eso después.

Su padre salió de la habitación y le dijo a su madre.

—No tengo nada que hablar.

—Cariño, todo lo que ha sucedido ha cambiado las cosas.

—Tienes razón. Lo ha cambiado todo. Saber que su familia lo ha sabido todo desde el principio, me parece despreciable. Que vieran a su nieto y no reconocieran su existencia públicamente para que su hijo triunfara en la vida, es lo más ruin que escuchado nunca —dijo fríamente—. Yo no quería decir nada porque él no se acordaba y le trastocaría su vida. Pero lo que han hecho ellos...

—Yo también lo sabía y me callé. Todos lo sabíamos y respetamos tu decisión de no decir nada.

—No te equivoques, mamá. Ellos lo hicieron por egoísmo. Yo lo hice por amor.

Su madre palideció comprendiendo su punto de vista.

—Kurt no les habla. Y tampoco a su hermana. Ha intentado verte, pero tu padre se lo ha impedido.

—No quiero verle. No quiero saber nada de él.

—Es el padre del niño.

—¡Del niño que dijo mil veces que debía haber abortado! No quiero verles a ninguno. ¡Escuchaban sus críticas públicas y ninguno dijo nada defendiéndome! Dejaban que soltara todo lo que se le ocurría y nunca le pararon los pies. —Desvió la mirada. —No quiero hablar del tema. Que sigan con su vida como si no existiéramos, como han hecho siempre.

—Creo que eso ya no es posible —susurró su madre—. Pero te apoyaré en todo como he hecho siempre. Siento haber perdido los nervios y haber puesto las cartas sobre la mesa, pero creo que esto iba a estallar tarde o temprano. Jason es su hijo. Si él quiere tener una relación con el niño debes respetarlo por el bien de tu hijo porque es tu deber que Jason sea feliz.

Capítulo 5

Al día siguiente salió del hospital. Estaba dolorida por el golpe y le costó salir del coche. Tenía moratones en todo el cuerpo, pero todo dejó de doler cuando vio a su hijo bajando las escaleras del porche.

—¡Mamá! ¡Ya estás aquí! —Se tiró a sus piernas sonriendo encantado.

—Estoy aquí, ¿te has portado bien?

—Muy bien. He sido bueno. ¿Puedo comerme un helado? — Entonces vio su mano. —¿Te has hecho pupa, mamá? No has mirado al cruzar la calle.

Sonrió divertida. —Cierto, no he mirado y mira lo que pasa. ¿Me harás caso y no cruzarás solo? —Su hijo asintió muy serio. —Vale, entonces puedes comerte un helado.

Jason salió corriendo hacia la puerta de entrada haciéndoles reír.

—¿A dónde va si no llega al congelador?

Caminando hacia la casa vio de reojo que Mary Rose estaba en el porche mirándola angustiada, pero no le dijo palabra. Entró en su casa acompañada de sus padres ignorándola. Al ver a su hijo subido en una silla con el congelador abierto, puso los ojos en blanco.

—Cariño, cierra el congelador.

—Mami, ¿quieres de fresa?

—No, gracias. No me apetece helado.

Su hijo cogió un envase de litro de vainilla y después de cerrar la puerta con cuidado bajó de la silla. Le enseñó el envase triunfante y su abuela lo cogió de sus manos.

—¿De vainilla? ¿Cómo sabes que es el de vainilla?

—Ya sé leer abuela —dijo ofendido haciéndoles reír.

En ese momento llamaron a la puerta y su padre fue a abrir. —¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó el niño corriendo hasta el hall.

—Jason, vete a por tu helado —dijo su abuelo muy serio.

Al escuchar el tono con el que había hablado al niño, Julie se tensó saliendo de la cocina. Lisa y sus padres estaban en la puerta y ella le dijo al niño.

—Vete a comer el helado. La abuela ya lo ha puesto en el bol.

—Lisa, ¿me has traído un regalo?

—No, cariño. Hoy no te he traído nada.

—¿Ya no me quieres?

Los ojos de su amiga se llenaron de lágrimas.

—Claro que te quiero.

—Jason, hazme caso. —Empujó a su hijo por los hombros, que fue hasta la cocina olvidándose del tema. —¿Qué queréis?

—Creo que tenemos que hablar —dijo su amiga muy nerviosa.

—¿Hablar de qué?

—¿Podemos pasar? Creo que no deberíamos hablarlo en la calle.

—Me da la sensación que esta conversación llega seis años tarde —dijo sonrojándolos.

—Tú tampoco querías que se supiera. —Le recriminó Albert. —No es justo que ahora nos responsabilices a nosotros de todo.

—Cierto. Pero puesto que sabíais de la existencia del niño desde el principio, creo que lo mejor es seguir como hasta ahora. Ya que no os importaba antes, no creo que ahora haya cambiado la historia.

—El niño siempre nos ha importado —dijo Mary Rose con lágrimas en los ojos.

—Claro, por eso nunca has reconocido ser su abuela —dijo un paso hacia su vecina—. Dime Mary Rose, ¿qué les decías a tus

amigas de la iglesia cuando especulaban sobre la paternidad de mi hijo?

La mujer se sonrojó antes de echarse a llorar y salir corriendo. Lisa apretó los labios.

—No es justo.

—Mira quien fue hablar de justicia. Me esforcé muchísimo en procurar ser una buena amiga para ti, ¿y cómo me pagaste tú? Traicionándome y mintiéndome por pura envidia. Envidia a tu hermano y a mí. Pues felicidades.

—No dije nada porque ...

—¡No dijiste nada por cobardía! Porque esperabas que no se descubriera tu secreto, pero la cara de mi hijo iba a descubrirlo dejándote con el culo al aire. Por eso has confesado.

—Creíamos que era lo mejor para todos. Tú no querías decir quién era el padre y nosotros no queríamos que Kurt cambiara su vida —dijo Albert muy nervioso.

—Pues lo que yo digo. ¿Por qué va a cambiarla ahora?

Albert y Lisa la miraron sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que todo puede seguir exactamente igual. Para qué variar ahora. Vosotros podéis seguir fingiendo que no sois familia de mi hijo y todos contentos.

—Pero Kurt... —dijo su hermana asombrada.

—¿Kurt? ¿Qué tiene que decir a todo esto? Si ni siquiera se ha acostado conmigo. —Sonrió falsamente. —Ahora si me disculpáis, tengo que darle de cenar al niño. —Cerró la puerta dejándolos de piedra.

Su padre negó con la cabeza sin estar conforme.

—Kurt dará problemas. Además, es abogado.

Apretó los labios y escuchó a su hijo reír.

—Veremos lo que ocurre si va por las malas.

Una hora después estaba sentada en el sofá con su hijo viendo los dibujos cuando escuchó que un coche frenaba frente a su casa. Miró a Jason y le dijo.

—Hora del baño.

—Mamá. Me bañé ayer.

Se echó a reír y le dio un beso en la mejilla.

—Vamos, que la abuela está llenando la bañera.

Su madre subió las escaleras de inmediato mientras su padre miraba por la ventana.

—Hija...

—Lo sé.

Jason se bajó del sofá a regañadientes y caminó arrastrando los pies hasta las escaleras. Llamaron al timbre y el niño corrió hacia la puerta.

—¡Kurt! ¿Me has traído un regalo?

Escuchó reír a su hijo y cerró los ojos sin levantarse del sofá. — No, hijo —dijo cortándole el aliento—. ¿Qué te había dicho mamá sobre pedir regalos?

—Es que si no los pido, no me los dais —protestó haciéndole reír—. No es viernes. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a ver a mamá.

—¿A ella tampoco le traes regalos? ¡Nunca le regalan nada! Excepto yo, claro. Y papá Noel. Y...

—¡Jason, al baño! —dijo levantándose del sofá y yendo al hall donde Kurt perdió la sonrisa poco a poco al verla.

—¡Estoy hablando con Kurt! Hay que ser buen anfitrión.

Kurt sonrió dejándole en el suelo y le revolvió el cabello.

—Al baño.

—¿Tú te bañas todos los días?

—Y a veces dos veces.

Su hijo abrió los ojos como platos.

—¿Por qué?

—Para oler bien.

—Mamá siempre huele bien.

—Porque me baño todos los días. Sube, que la abuela te está esperando.

—Vaaaleee.

Se le quedaron mirando mientras subía las escaleras y cuando desapareció se volvió para mirar a Kurt fríamente.

—¿Qué haces aquí?

—Creo que tenemos que hablar de todo esto, ¿no crees? —Su padre salió del salón y se cruzó de brazos. —Vengo en son de paz. ¿Podemos hablar a solas?

—No tengo nada que hablar contigo.

Él se tensó.

—Creo que si hay alguien que no tiene culpa de nada, ese soy yo que he sido engañado por todos durante años.

—Habla con tu familia del asunto, yo no tengo nada que decir.

—Tú también te callaste.

—Papá, déjame sola con él —dijo fríamente.

—¿Seguro?

—Sí.

Pasó lentamente hasta el salón y fue hasta la chimenea sin que él perdiera detalle.

—Nena...

—Ni se te ocurra llamarme así nunca más.

—No sé lo que hice esa noche, pero... —Se pasó la mano por el cabello. —¿Te hice daño?

Tomó aire y lo soltó lentamente.

—Me dijiste que no querías saber nada de críos.

Se quedó de piedra.

—¿Qué?

—Me dijiste que follaba de miedo y que gracias por el polvo. A continuación, dijiste que no te habías puesto nada, pero que seguramente yo tomaba algo. Paso de críos. Esas fueron tus palabras.

Pálido se sentó en el sofá y apoyando los codos sobre las rodillas apretó sus manos nervioso.

—No sabía lo que hacía.

—Sí que lo sabías. Puede que no lo recuerdes, pero hablabas con coherencia. Más o menos. Sabías quien era y con quien te estabas

acostando. Me desvirgaste sobre el tocador de tu hermana y me diste las gracias. —Sonrió con tristeza. —Al día siguiente fui a hablar contigo, pero cuando te pregunté por la noche anterior me di cuenta que no recordabas nada. Así que lo dejé pasar. Y cuando me enteré de que estaba embarazada no te dije nada para no joderte la vida. No querías niños y no me soportabas, así que me callé. Asumí las consecuencias y siento que mi vida te parezca patética, como has dicho mil veces.

—Metí la pata. Lo asumo. Pero deberías habérmelo dicho. Es nuestro hijo y debías habérmelo dicho.

—¿Crees que no te conozco? Te conozco muy bien. Cuando hubieras sabido lo del bebé, me habrías echado la culpa a mí porque no recordabas nada. Dirías que te provoqué como en Navidad.

—¿Acaso no fue así?

—Eres un cerdo. ¡Un cerdo y un mentiroso!

Se levantó sorprendido.

—¿De qué coño hablas?

—¿Acaso no sabías que te habías acostado con alguien esa noche? —Él desvió la mirada. —¿Sí, verdad? Recuerdo perfectamente que me hiciste daño y sangré. ¿No lo notaste en la ropa interior?

—Sabía que había pasado algo.

—¡Y no te molestaste en saber quién era, porque te importaba muy poco! ¡Eres un hipócrita! No querías hijos y no te molestaste en averiguar si yo era la de esa noche. —Dio un paso hacia él furiosa. —¿No te pareció raro que de repente me quedara embarazada cuando ni tenía novio?

—¡No sabía tu vida privada!

—Claro, ahora soy una zorra.

—¡No he dicho eso! ¡Malinterpretas todo lo que digo!

—Si crees que voy a dejar que entres en la vida del niño a estas alturas, vas listo. ¡Sigue con tu vida como has hecho hasta ahora!

—¡No sabía que era hijo mío! ¡Si no hice nada antes, fue por desconocimiento! ¡No es justo que no me dejes ver al niño por un

rencor del que yo no soy responsable!

—¿Rencor? ¿Cuándo he sentido yo rencor por ti? Me he mantenido alejada todo lo posible de ti. Casi no te hablaba. Eras tú quien siempre me atacaba.

—¡Porque en ese momento pensaba que habías destrozado nuestras vidas!

Le miró asombrada.

—¿Nuestras vidas?

—Tu vida. —Suspiró como si estuviera agotado. —Mira, estoy harto de discutir con todo el mundo. Sólo quiero mantener una relación normal con mi hijo y sabes que tengo derecho. Han sido unos días de locura y quizás tenía que haber esperado a que estuvieras más recuperada de tu accidente. ¡Pero joder, no puedo ni dormir pensando que me he perdido cinco años de su vida!

Sabía que tenía razón, pero todo iba a ser confuso para el niño.

—No sé cómo decirle a Jason que eres el padre. Piensa que no tiene y lo ve normal porque no lo ha conocido. Deberás tener paciencia.

—Pues es algo que deberás solucionar porque vendré este fin de semana —dijo muy serio—. Y cuando venga le diré que soy su padre. Tú verás lo que haces. —Fue hasta la puerta enfadado, pero se detuvo antes de salir y la miró a los ojos. —Quiero que nos llevemos bien por el niño. No hablo de tu bien, ni del mío. Hablo de Jason. Has sido una madre ejemplar y sé qué harás lo correcto.

—¿Ahora soy ejemplar? —preguntó irónicamente.

—No creo haberte criticado nunca en ese aspecto —dijo muy tenso—. He metido la pata muchas veces y sé que no lo comprendes, pero ahora debemos llegar a un acuerdo por nuestro hijo. Te veo el viernes por la tarde.

Salió de allí y se tapó los ojos con la mano sana intentando no llorar. —Has hecho bien —dijo su padre sorprendiéndola—. Sé que será doloroso para ti, porque todavía estás enamorada de él, pero tendréis que llegar a un acuerdo.

Asintió mirándole a los ojos.

—¿Cómo crees que se lo tomará Jason?

—Es un niño y admira a Kurt. Estará encantado cuando se entere.

—¿Tenía que haberlo dicho desde el principio?

—Creo que todo pasa por una razón y puede que ahora sea el momento oportuno para que lo sepa. Además, ha sido él quien ha venido para estar con el niño y no le has obligado a nada. No se me quita de la cabeza que si se lo hubieras dicho en su momento puede que él se sintiera atrapado. Está claro que ahora no es así y puedes estar segura que estará con el niño porque lo desea, en lugar de ser una obligación.

—Gracias, papá.

—¿Por qué?

—Por estar ahí siempre apoyándome.

—Y lo haré lo que me queda de vida, cielo. Eres mi ratoncito.

—¿Nunca dejareis de llamarme así?

—¿Después de veinticuatro años?

Subió a la habitación de su hijo y su madre estaba poniéndole el pijama de naves espaciales. Le encantaba ese pijama.

—¿Hoy vas a ir a las estrellas?

—¡Sí! ¡Voy de astronauta!

Su madre se apartó y ella se sentó a su lado en la cama. Jason se tumbó cogiendo sus dos ositos uno con cada brazo.

—Tengo que contarte una cosa.

—¿Una cosa importante que tengo que recordar siempre?

—Sí, una cosa importante que no olvidarás. —Acarició su pelito rubio y después su mejilla. —¿Te gustaría tener un papá?

—En mi cole todos tienen papás. ¿Me vas a comprar uno?

—No, cariño. Eso no se compra.

—Ah. ¿Te vas a casar y ese será mi nuevo papá?

—No, tú tienes papá, pero no sabías quien era. Todos tenemos un papá y una mamá y el tuyo no sabías quien era.

—¿Por qué no lo sabía? ¿Tú no lo sabías?

—Sí, yo lo sabía, pero no se lo dije a él y como no se lo dije a él tampoco te lo dije a ti. —Gimió porque su hijo no comprendía nada.

—Cariño tu papá es Kurt.

—¿Kurt? Ah, pensaba que me ibas a decir otra cosa.

No parecía sorprendido.

—¿Sabías que era Kurt?

—Es mi papá de mentira. Si tengo que dibujarle en el cole, le dibujo a él.

Dios, qué le había hecho a su hijo. Reprimió las lágrimas.

—Pues ahora es el de verdad. Puedes llamarle papá porque lo es.

—¿Y se lo puedo decir a todo el mundo? La abuela decía que no podía decirlo.

Asombrada miró a su madre que hizo una mueca.

—Un día me preguntó cómo era su padre y se lo describí. Él dijo que era como Kurt y que pensaría en él como su padre de mentira. No sabía qué decirle, así que dije que no podía decir nada.

—¡Pero ahora ya puedo, abuela! —dijo contento—. Ya verás cuando diga en el cole que mi papá es Kurt. Se van a morir de envidia.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque es un hombre muy importante. —Abrió los ojos como platos. —Sale en los periódicos. He visto tus recortes en la mesilla de noche.

Se puso como un tomate y gimió al oír a su madre riendo por lo bajo.

—Jason, no le digas lo de los recortes a tu padre.

—¿Por qué, mamá? Eso es bueno.

—Porque seguro que él ya tiene los recortes y están repes.

—Ah. Mamá méteme los cromos de béisbol en la mochila. Mañana tengo que cambiar. —Sus ojitos se fueron cerrando poco a poco y se quedó mirando a su hijo como dormía.

Su madre se acercó satisfecha.

—Está encantado.

—Sí. —Suspiró levantándose y pasándose la mano por sus rizos.

—Espero no haber cometido un error.

—Kurt es muy responsable. No hubiera pedido sus derechos, si no estuviera dispuesto a meterse de lleno en la vida del niño.

—Eso espero, porque sino le romperá el corazón.

Capítulo 6

—¡Mamá, papá ha llegado! —gritó su hijo excitado saltando del sofá y corriendo hacia la puerta—. ¡Papá!

—Hola campeón, ¿qué tal la semana?

—Te he echado de menos. ¿Me has traído algo?

—Está en el coche. —Le besó en el cuello y el niño se echó a reír.
—Pero no te acostumbres.

Julie puso los ojos en blanco sentada en la mesa de la cocina con los libros extendidos sobre ella. Ahora que tenía más tiempo los fines de semana, estudiaba todo lo que podía. Sus padres se habían negado en redondo a que dejara los estudios. Kurt entró en la cocina haciéndole cosquillas al niño.

—Hola, nena. ¿Cómo va eso?

Le fulminó con la mirada y dijo educadamente.

—Bien, gracias.

Él apretó los labios y sonrió a su hijo.

—¿Vamos a comer una hamburguesa y así mamá puede estudiar?

—Ya ha cenado. Llegas tarde. —Pasó la hoja molesta porque su hijo llevaba dos horas esperándole.

—Lo siento, pero la última reunión se alargó un poco.

—Mamá no ha cenado —dijo Jason—. Y le encantan las hamburguesas.

Kurt la miró, pero ella se hizo la loca.

—Cariño, vete a ponerte el pijama. Verás a papá mañana.

—¿Me ayudas papá?

—Sí. ¿Qué pijama quieres ponerte hoy?

—El de dinosaurios.

Salieron de la cocina y Julie apoyó los codos sobre la mesa cuando sonó un mensaje en su móvil. Al mirar de quien era entrecerró los ojos. Era de su dentista pidiéndole una cita. Confundida porque había estado en la consulta esa semana le contestó que ya le había empastado la muela. “Ja ja me refería a salir a cenar mañana” respondió de inmediato. Se quedó helada. Era guapísimo, pero nunca le había dado la impresión de que le gustara. Además, siempre iba en vaqueros y camiseta. Se quedó mirando la pantalla indecisa cuando escuchó reír a Kurt.

Se mordió su grueso labio inferior pensando en qué hacer. Todo el mundo seguía con su vida menos ella, así que acercó el dedo a la tecla y respondió “Me encantaría. ¿Me recoges a las seis?” Miró hacia la puerta impaciente y escuchó el pitido del mensaje. Lo abrió a toda prisa. “Allí estaré. Hasta mañana, preciosa”.

Se sonrojó por el cumplido y sonrió como una tonta.

—Nena, el de dinosaurios tiene un agujero... —Al ver que dejaba el móvil rápidamente entrecerró los ojos. —¿Ocurre algo?

—Tiene más en la cómoda. —Disimuló pasando la hoja sin ver nada realmente. Como no se iba levantó la vista. —En la cómoda de su habitación tiene más pijamas.

—Muy bien. —La miró con desconfianza antes de salir de la cocina y emocionada volvió a mirar los mensajes. Lewis hacía poco que vivía en la ciudad, era muy agradable y todo un caballero. Tenía treinta y tantos, pero puede que fuera lo que necesitaba. Un hombre hecho y derecho que la mimara.

—¡Nena, no los encuentro!

Exasperada dejó el móvil y se levantó a regañadientes. Subió las escaleras bufando mientras él sonreía.

—Lo siento, pero no sé dónde están. Todavía no sé muy bien donde están sus cosas.

—Pues han pasado dos meses —dijo entre dientes.

—Papá, ¿mi regalo?

—¡Voy por él al coche! ¡Mamá te pone el pijama!

Le vio bajar las escaleras a toda prisa y entró en la habitación de su hijo.

—¿Qué te he dicho de pedir regalos todos los fines de semana? Te estás pasando.

—Tiene que ponerse al día. Son muchos regalos pendientes.

Sacó el pijama de la cómoda y le miró asombrada.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La abuela Rose.

—Ya hablaré yo con la abuela Rose. —Le metió el pijama por la cabeza pensando que su relación con los Edwards había mejorado mucho porque no era rencorosa, pero no iba a permitir que le mimaran de esa manera. —Te vas a volver un consentido y ya no te gustará nada de lo que te regalen.

—Me gusta todo.

Pensando que tenía que hablar seriamente con Kurt le puso el pantalón del pijama y cuando le metió en la cama su padre entró con una caja enorme.

—Dios mío, ¿qué es eso?

—Ya verás —dijo con esfuerzo colocándola en el centro de la habitación.

El niño se bajó de la cama a toda prisa y corrió hasta el paquete que le llegaba hasta los hombros. Preocupada vio como lo desenvolvía precipitadamente y al ver la caja, chilló al ver un coche de batería en la foto con un niño sentado dentro. Era un juguete carísimo.

—¿Te gusta? Es un Ferrari —dijo su padre divertido.

—¡Un Ferrari! —dijo con admiración intentando abrir la caja.

—Cariño, a la cama. Ya sabes lo que es y mañana papá te llevará a dar una vuelta.

—Pero mamá...

—Mamá tiene razón. Además, creo que hay que montar algunas piezas y cargar la batería. A la cama.

En cuanto lo dijo su padre se subió de un salto emocionadísimo.

—¡Un Ferrari para mí! ¡Soy el único del cole que tiene coche!

Eso le hizo perder la sonrisa a Kurt.

—¿Y eso por qué?

—Porque son carísimos, Kurt —dijo ella entre dientes arrojando al niño y dándole después un beso en la frente—. A dormir.

Cuando se levantó señaló la caja. —Ya puedes llevarte esta cosa a tu casa y montarlo allí. —Salió de la habitación.

—Pero nena, pesa un montón. ¿Y si lo monto en el salón?

—Mis padres están al llegar de su partida de póker y no quiero eso en medio del salón —dijo bajando las escaleras.

—Papá, mañana estará mi coche, ¿verdad? —gritó el niño desde la habitación.

—Claro que sí, cariño —dijo ella con dulzura—. Como si tiene que estar toda la noche montando ese armatoste. —Levantó una ceja mirando a Kurt, que tomó aire antes de volver a la habitación del niño. Le vio sacar la enorme caja de nuevo y bajarla con dificultad por las escaleras. Abrió la puerta de entrada y dijo maliciosa —Que lo pases bien.

—Serás rencorosa.

—¿Yo? —jadeó asombrada.

—¿Y qué si le regalo un coche? ¡Me he pasado cinco años sin comprarle nada!

—No puedes compensar con regalos no haber estado ahí.

—¡No he estado porque no me dijiste nada!

Julie apretó los labios.

—Hasta mañana.

—Nena... Joder, no quiero discutir.

—No vamos a discutir porque no tenemos nada de lo que hablar. Buenas noches. —Se volvió hacia la cocina y se sentó de nuevo ante sus libros.

Él apareció en la puerta dos minutos después.

—Julie, ¿no quieres salir a cenar algo?

—No, gracias. Además, tienes trabajo y yo también.

—¿Nunca te tomas un descanso?

Lo preguntó con segundas y levantó la vista hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—¿No tienes nada que decirme?

—No.

—¿Y cuándo me vas a decir que estás saliendo con tu dentista?

—preguntó furioso.

Parpadeó asombrada. —¿Cómo te has ... —Miró su móvil. —¿Me has espiado el móvil?

—¡Sabía que ocultabas algo! ¡Te sonrojaste! ¡Y eso sólo lo haces cuando te sientes culpable o halagada! ¡Cualquiera de las dos opciones era sospechosa!

—¡No tienes ningún derecho a revisar mis mensajes! ¡Yo no me meto en tu vida privada!

—¡Será porque no tengo vida privada desde que tengo a Jason!

—Pues siento mucho que no tengas tiempo para nada más.
¡Bienvenido a la paternidad!

Furioso salió de la cocina y volvió de inmediato.

—¡No puedes salir con él!

—¿Perdón?

—¿No entiendo a qué viene esto? ¿Quieres ponerme celoso o algo así?

—No —dijo con tal cara de horror que él se quedó de piedra. Que pensara eso la dejó muda y se miraron a los ojos durante varios segundos.

—Al parecer acabo de meter la pata. — Frustrado se pasó la mano por el cabello y salió de la cocina de nuevo.

El corazón de Julie dio un vuelco al escucharle coger la caja y jurar por lo bajo.

Se levantó y fue hasta la puerta poniéndose nerviosa. —¿Qué esperabas, Kurt? ¿Qué siguiera soltera toda la vida? —Él la miró

sobre su hombro. —No sé si lo de Lewis irá a algún sitio, pero quiero intentarlo.

—Llevas años sin salir con nadie y me ha tomado por sorpresa. Siento haber dicho eso.

Asintió cerrando la puerta, pero algo en su interior se removió y se sintió culpable sin saber porqué.

Al día siguiente le sacaron mil fotos a Jason con su juguete nuevo. Estuvo dando vueltas por el barrio hasta que agotó la batería y cuando llegó Lisa se sentaron en el porche viendo a Jason jugar al béisbol con Kurt.

—Es increíble lo bien que se ha adaptado el niño a su padre —dijo su amiga antes de beber de su vaso de té helado.

—Sí.

—¿Todavía estás enfadada conmigo? Vamos, se te terminará pasando. Siempre me perdonas.

—¿Sabes? Una vez me dijeron que me odiabas.

Su amiga perdió la sonrisa.

—Eso es mentira. Te quiero como a una hermana.

—Sí, ha quedado claro lo que quieres a tu hermano.

—No es justo. Todos cometimos errores y tú también. Y ahora estás cometiendo otro.

La miró a los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas cuando te dije que te comía con la mirada? No mentía, Julie.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Está intentando arreglarlo y ahora vas a salir con ese dentista. ¿Pero qué coño te pasa?

—¿Arreglar el qué si nunca ha habido nada? —gritó sin poder evitarlo llamando la atención de Kurt que se tensó.

—Julie... —Su amiga se levantó al ver que se metía en la casa a toda prisa y la siguió hasta la cocina. —Julie tranquilízate.

—¡No me vengas ahora con que quiere arreglarlo como si alguna vez hubiera querido algo conmigo, porque no soy estúpida! ¡Lo único que he recibido de él en todos estos años fue un polvo rápido en su habitación y sentirme como una puta cuando me dio las gracias!

Su amiga palideció.

—Julie cálmate.

—¡Estoy harta de parecer la mala! ¿Ahora es el padre perfecto? ¡Estupendo! ¡Pero no vengáis a criticarme porque tengo la primera cita de mi vida por haberle esperado como una estúpida todos estos años! ¡Se acabó! —La señaló con el dedo. —¿No me dijiste hace años que pasaba de mí? ¡Dios, cómo me gustaría haberte hecho caso en ese momento! ¡No sabes cómo me gustaría!

—Creo que ya ha quedado claro —dijo Kurt tras ella sobresaltándola—. Ahora si no te importa bajar la voz para que no te oiga nuestro hijo, te lo agradecería mucho.

Estaba harta de sentirse mal por aquella situación y le empujó para subir las escaleras y encerrarse en la habitación. Sin poder evitarlo rompió a llorar sin saber qué le estaba pasando. Estaba de los nervios por tenerle cerca continuamente y sólo quería gritar.

Escuchó como se abría la puerta y se tensó volviéndose para ver a Kurt entrar y cerrar la puerta.

—¿Qué haces aquí? ¿Es que no puedo tener intimidad en mi propia habitación?

—Creo que tenemos que hablar para dejar las cosas claras.

Se cruzó de brazos mirándole a los ojos.

—Empieza.

—Lo que ocurrió hace seis años ya pasó. ¿Entiendes? ¡Es pasado! ¡Así que olvídale de una vez porque siempre recurres a eso cuando quieres poner una barrera entre nosotros!

—¡A ver si te enteras, porque parece que no te llega a las neuronas! ¡No existe un nosotros! ¡Estás tú y estoy yo! ¡Pero no hay un nosotros y jamás lo habrá!

La cogió por la nuca y la besó apasionadamente abrazándola por la cintura para pegarla a él. Pensaba que nunca volvería a sentirle y sin poder evitarlo respondió a su beso. Kurt se apartó para mirarla a los ojos.

—Ahora entérate tú. Siempre ha existido un nosotros y es hora que te vayas dando cuenta que estoy aquí para quedarme. He intentado ser paciente durante estos dos meses, pero se me ha acabado la paciencia.

—¿Se te ha acabado la paciencia? ¿De qué estás hablando? — Intentó empujarle por los hombros, pero no la soltó.

—¿Quieres escuchar la verdad? ¡La verdad es que siempre has estado enamorada de mí y no soportas que te haya rechazado todos estos años! Y como te sientes estúpida, no soportas mi presencia. — Julie palideció. —Pero ahora todo ha cambiado, nena. Puede que quieras pasar página, pero no te voy a dejar.

—¡Eres un cerdo! —le gritó a la cara.

—¡Sí, pero sigues enamorada de mí y lo estarás siempre!

Intentó golpearle para que la soltara, pero él la tumbó sobre la cama inmovilizándola y colocando sus brazos sobre su cabeza. Sentado sobre ella sonrió divertido.

—No pelees conmigo, Julie. Soy mucho más fuerte.

Furiosa dejó caer la cabeza sobre el colchón. A horcajadas sobre ella abrió los ojos como platos cuando se sentó sobre sus caderas.

—¿Te rindes?

—¡Levántate, Kurt! ¡Hablo en serio!

—Lo sé. Estás convencida de que hablas en serio. —Sujetó sus muñecas con una sola mano y sus ojos bajaron hasta sus pechos cortándole el aliento. —Siempre me ha vuelto loco saber que no llevabas sujetador —dijo con voz ronca antes de acariciar su pecho por encima de la camiseta—. No sabes las veces que he pensado en que te la levantaba y me metía uno de esos pezones en la boca. — Julie gimió cuando apretó su pezón entre sus dedos. —Eres preciosa. ¿Crees que nunca he fantaseado contigo? ¿Y más sabiendo que eras mía? —Metió la mano bajo la camiseta acariciando su piel

suavemente hasta llegar a su pecho y Julie cerró los ojos. Él se agachó para susurrarle al oído —He pensado mil veces que me corría dentro de ti.

Julie se estremeció y le miró a los ojos antes de que la besara en los labios.

—¡Papá! ¡No pegues a mamá!

Kurt se levantó de un salto para ver a su hijo con el osito en la mano y Julie roja de la vergüenza porque su abuela llegó corriendo no sabía qué decir.

—No estaba pegando a mamá —dijo Kurt pidiéndole ayuda con la mirada.

—¡La tenías agarrada y le mordías la boca!

Su abuela carraspeó poniendo las manos en jarras.

—¿Y que más hacían, Jason?

—¡Le mordía la boca, abuelita!

Kurt se pasó la mano por su cabello rubio.

—Nena, ¿quieres decir algo?

—Cariño, no me estaba pegando. Papá me estaba besando.

El niño entrecerró los ojos. —¿Besando? ¿Cómo en la tele? —Frunció la nariz. —A mí no me das besitos así.

—Esos son besos para papá y mamá —dijo Kurt aliviado.

Su hijo pareció pensarlo y miró a su madre que gimió por dentro porque todavía tenía preguntas.

—¿Y a ti te gustaba, mamá?

Kurt la miró divertido esperando una respuesta y a regañadientes dijo.

—Sí, cariño. Me gustaban.

—Vamos a dejar a papá y a mamá para que se sigan besando.

—No hace falta —dijo ella levantándose de golpe. Kurt rió por lo bajo—. ¿Qué querías, Jason?

—El coche...

—Hijo, el coche todavía no está cargado. —Kurt se acercó a su hijo y le cogió en brazos haciéndole chillar de alegría. —¿Jugamos al

futbol? Mamá tiene mucho en que pensar y tiene que hacer una llamada a su dentista.

Entrecerró los ojos viéndoles salir y su madre levantó las cejas.

—¿No habías ido al dentista esta semana?

—Me ha pedido una cita.

—¿Kurt? —preguntó ilusionada cerrando la puerta de la habitación—. Eso es fantástico. Me alegra mucho que...

—El dentista.

Su madre la miró como si le hubieran salido dos cabezas y Julie hizo una mueca.

—¿Por qué?

—¡Será porque le gusto!

—Pero, ¿y Kurt?

Se apartó el pelo de la cara con ambas manos.

—¿Ahora tengo que pensar en Kurt para tener una cita? ¡Él nunca pensó en mí cuando traía a todas esas mujeres a casa!

—¡Cariño, ahora todo ha cambiado!

—¿Por qué todos decís eso? ¡Que haga de padre, no significa que nuestra relación sea distinta!

—¿No es distinta? ¿De verdad? ¡Porque hace un minuto te estaba besando!

—¡Estábamos discutiendo y ha empezado a decir cosas absurdas!

—¿Qué cosas absurdas?

—Que siempre he estado enamorada de él y que intento pasar página...

—Eso es cierto.

—Y que él no me va a dejar.

—Eso es evidente.

—¡Dice que siempre he estado enamorada de él y que lo estaré siempre! —Su madre miró a su alrededor intentando escurrir el bulto. —¡Mamá!

—¿Qué quieres que te diga? ¿Prefieres que mienta? ¡Es cierto que has estado loca por él desde que tenías doce años y te sentabas en la ventana para verle jugar al béisbol con sus amigos! ¡Nunca has

salido con nadie esperando una oportunidad! Es lógico que cuando tuvieras la oportunidad de estar con él os acostarais. ¡Estás dolida y has pasado mucho, pero eso no significa que hayas dejado de quererle! Lo que te pasa es que te niegas a caer rendida a sus pies por orgullo.

Julie apretó los labios.

—¡Exacto! Ya va siendo hora que tenga algo de orgullo, ¿no crees, mamá?

—Ten cuidado, Julie. Puedes meter la pata y destrozar tu vida del todo con un hombre que no amas, simplemente para hacerle daño a Kurt.

—No, mamá. El problema real es que por primera vez en años he hecho algo donde no le he tenido en cuenta. Siempre he pensado en él para todo. Si le iba a ver, si le iba a hablar a Jason, si se daría cuenta que era hijo suyo... Esta es la primera decisión que tomo sin pensar en él y pienso salir para pasarlo bien.

—Tú verás lo que haces, pero si eres sincera sí que has pensado en él al aceptar esa cita. Me apuesto la cabeza y no la pierdo.

Su madre salió de la habitación y pensó en ello. Es cierto que pensó al ver el mensaje que todo el mundo seguía con su vida y había escuchado la risa de Kurt con su hijo. Suspiró preocupada. ¿Se estaba engañando a si misma? Kurt nunca le había hecho caso, ¿y ahora fiscalizaba su vida? Ni hablar. No tenía ningún derecho y se lo iba a demostrar.

Capítulo 7

Pasó el resto del día con su familia. Comieron con los Edwards y a las cinco dijo que tenía que irse. Sentados en la mesa del jardín la miraron interrogante mientras Kurt se tensaba y la vio cruzar hasta su casa. A las seis y media bajó las escaleras con un vestido negro de tirantes entallado al cuerpo. Sus tacones estilizaban sus piernas morenas y se había dejado el cabello suelto. Su maquillaje era ligero, pero se había pintado los labios de rojo. Su madre entró en casa con el niño en brazos.

—¿Se ha quedado dormido? —preguntó acercándose al espejo del hall y revisándose.

—Madre mía, ¿qué haces?

—Tengo una cita. Ya te lo había dicho.

—Kurt...

—Kurt es el padre de Jason. Punto.

En ese momento llamaron a la puerta y fue a abrir cogiendo su bolsito de mano. Lewis estaba al otro lado con un traje gris y una camisa blanca, pero sin corbata. Era moreno y de ojos castaños con unas larguísimas pestañas negras.

—Estás preciosa —dijo mirándola de arriba abajo.

—¿Mejor que en vaqueros?

—Estarías guapísima de cualquier manera. —Miró a su madre. — Señora Martin, encantado de volver a verla.

Su madre gruñó y Julie la advirtió con la mirada.

—¿Nos vamos?

Confundido Lewis asintió.

—Sí, claro.

—¡Ten el teléfono operativo! ¡Tienes un hijo!

Increíble.

—Lo llevo conmigo, mamá. Como siempre.

—Pues eso.

Salieron al porche y Lewis sonrió.

—Por cierto, tienes un hijo encantador.

—Sí. —Sonrió totalmente relajada. —Es mi tesoro. —Lewis se echó a reír y ella también. —¿Ha sonado al Señor de los Anillos?

Él asintió acercándose al coche.

—¿La has visto?

—¿Hay alguien que lo haya visto las películas o no haya leído la historia? —Al mirar a la casa de los Edwards, vio que todos estaban de pie en el porche observándolos con distintas caras. Desde el cabreo de Kurt hasta el asombro de Lisa.

Lewis le abrió la puerta del pasajero como todo un caballero y ella entró mostrando sus preciosas piernas de las que su acompañante no perdió detalle. Él se agachó apoyándose en la puerta y susurró.

—¿Nos están mirando tus vecinos?

—Sí —respondió entre dientes—. ¿A que son encantadores?

Sonrió cerrando la puerta y rodeó el coche por delante diciéndoles a los Edwards.

—Buenas noches.

Ninguno respondió. Ahora todos parecían enfadados y Julie siseó por lo bajo.

—Estupendo. Ahora todos contra mí.

Lewis entró en el coche confundido. —Parecen a punto de lanzarse contra nosotros. Mejor nos vamos. —Simuló un estremecimiento y Julie se echó a reír.

La llevó a un restaurante encantador y muy romántico, con rosas y velas por todas partes. Fue muy atento a todas sus necesidades y

la conversación fluyó de manera natural sin sentirse incómoda en ningún momento. Aquella cita fue toda una revelación. Nunca se había sentido así con Kurt. Siempre había nervios o enfado o frustración en su relación con él. Sin embargo, con Lewis hablaba, reía y disfrutaba de su tiempo con él. Estaba claro que esa era una relación normal y no lo que tenía con Kurt. Lo que más le gustó era que la miraba como si la deseara y se sintió muy halagada porque se sentía la mujer más hermosa de la habitación. Tenía su absoluta atención y le importaba todo lo que le decía. Le preguntó por su hijo y hablaron durante horas de sus vidas. Él era divorciado. Se había casado en la universidad y fue un error porque ambos eran muy inmaduros. Su matrimonio apenas había durado un año.

Él cogió su copa de vino.

—¿Y tú? ¿Has tenido más relaciones que con el padre de tu hijo?

Julie se sonrojó y desvió la mirada porque no sabía cómo explicar aquello.

—Julie, no tienes que decírmelo si no quieres. No soy nadie para juzgarte.

Decidió ser sincera y le miró a los ojos. —Nunca he tenido una relación con nadie. —Él la miró sin comprender. —El padre de mi hijo es el vecino de enfrente y siempre he estado enamorada de él. En una fiesta surgió y ...

—Entiendo.

—Sé que apenas llevas unas semanas en la ciudad, pero todo el mundo sabe que Kurt es el padre de Jason, aunque yo no quise decirle nada para que siguiera con su vida. Pero ahora se ha enterado y quiere formar parte de la vida del niño.

—Ahora entiendo sus miradas. Querían matarme y cortarme en pedacitos —dijo divertido.

—Así que ya ves. Eres mi primera cita.

La cara de sorpresa de Lewis la hizo reír. —A ver si lo entiendo —dijo él atónito—. ¿Nunca has tenido una cita con nadie porque le amabas? ¿Qué esperabas?

—No lo sé. Una oportunidad, supongo. —Se encogió de hombros.
—Que un día se levantara y se diera cuenta de que era la mujer de su vida.

—¿Por qué le molesta que salgas con alguien?

—Dice que estará enamorada de él toda la vida.

Esas palabras enfadaron a Lewis.

—¿Cómo si fueras suya para cogerte y dejarte cuando le dé la gana?

—Eso es lo más sorprendente. Nunca me ha querido. Nunca me ha mostrado que le intereso de ninguna manera. Es ahora que he decidido pasar página cuando parece interesado.

Le miró fijamente a los ojos.

—¿Y has decidido pasar página?

—¿Me estás preguntando si aún le quiero?

—Sí. Es exactamente lo que te estoy preguntando —dijo muy serio.

—No —dijo sinceramente—. Ya no le amo. Puede que le desee, pero ya no siento amor por él. Quizás todo lo que ha ocurrido entre nosotros, me haya hecho tanto daño que no sea capaz de perdonarle jamás. Siento rencor por él.

—Pero le deseas.

—Es el único hombre con el que he estado. —Se sonrojó dándose cuenta de todo lo que había contado.

—Por favor, no te avergüences por ser sincera. Es un soplo de aire fresco. —Lewis sonrió y le cogió la mano sobre la mesa. Julie miró sus manos unidas y se sintió muy bien. Era agradable que un hombre mostrara de esa manera tan dulce su interés por ella. Sonrió mirando sus ojos. —Me gustas, Julie. Y cada minuto que paso contigo me siento más atraído por ti. Me gustaría que nos conociéramos mejor.

Se ruborizó de nuevo.

—Tú también me gustas.

¿Y cómo no iba a gustarle? Era atractivo, inteligente y una pareja estupenda. Esperaba realmente enamorarse de él y que aquello

funcionara e iba a hacer todo lo posible porque fuera así.

La acompañó a casa y sintió los ojos de ambas familias sobre ella. —Me siento como en un reality —dijo él divertido poniendo su mano en la parte baja de su espalda mientras caminaban hacia su porche.

—Lo siento.

—No importa. Entiendo que para ellos debe ser chocante que hayas cambiado de opinión y que les gustaría veros juntos formando una familia. —Subieron los escalones y ella sonrió. Él la miró fijamente. —Dios, eres preciosa.

—Gracias. Y gracias por la mejor cita de mi vida.

Él se echó a reír. —Ha sido la única. Ha sido fácil. —Se acercó y le susurró al oído —Prometo esforzarme más la próxima vez.

Su cercanía la excitó y levantó la vista para mirarle a los ojos.

—No tienes que esforzarte. Ha sido perfecto.

Lewis bajó la cabeza lentamente y rozó sus labios. Escucharon que una ventana se rompía en la casa de los Edwards y sorprendida miró hacia allí. Era la ventana de la habitación de Kurt, que les miraba furioso.

—Al parecer ha sonado la campana —dijo Lewis acariciándole la mejilla para que le mirara a los ojos—. No voy a besarte delante de él. Estropearía nuestro primer beso y quiero que sea perfecto. —La besó en la frente y ella cerró los ojos disfrutando del momento. —Te llamo mañana.

—Hasta mañana.

Él bajó los escalones y fue hasta el coche mientras Kurt no se cortaba en quedársele mirando. Lewis le ignoró como si no existiera y entró en el coche. Ella se despidió con la mano y cuando desapareció, perdió la sonrisa para mirar a Kurt. Levantó la barbilla antes de entrar en casa.

—Hija, ¿ya has llegado? —preguntó su madre desde el salón—. Has tardado mucho.

—Son las dos de la mañana de un sábado, mamá. —Entró en el salón y vio que estaban allí sus padres con Lisa.

—Ha roto la ventana —dijo su hermana enfadada—. Está furioso.

—No es problema mío. —Dejó su bolso sobre la butaca con indiferencia y todos se quedaron sin aliento.

—Dios mío. Es cierto, ¿verdad? —preguntó su padre—. Has pasado página.

Se cruzó de brazos.

—Me gusta Lewis. Le intereso y no voy a desaprovechar la oportunidad de ser feliz. Por primera vez en años he disfrutado estando con otro hombre que sólo quería hacerme feliz y no pienso dejarlo pasar.

Se quedaron de piedra y Lisa se levantó del sofá.

—Sólo has visto el lado negativo de Kurt y...

—No. No he visto sólo su lado negativo. He visto como bromeaba, disfrutaba, tenía conversaciones inteligentes, era encantador, adulador y como enamoraba a las mujeres. He visto cada faceta de su personalidad, pero jamás ha sido así conmigo. A mí sólo me trataba como la amiga de su hermana, la hija de sus vecinos y la molesta que había tenido un hijo de soltera.

Su hermana palideció.

—Creo que es mejor que me vaya.

—Ya no le quiero —sentenció firmemente—. Y esta noche me he dado cuenta que así es lo mejor, porque lo que he sentido es algo totalmente irracional. Porque para amar a otra persona debes ser correspondida y yo no lo he sido nunca.

—Dios mío, ¿te has enamorado de Lewis? —preguntó su madre como si fuera algo inconcebible.

—Es un hombre maravilloso y he hablado más con él esta noche que con Kurt en toda mi vida. Me hace sentir especial. No le amo, pero ningún hombre me ha hecho sentir como él esta noche y hemos conectado.

Jessica miró a su marido que también estaba impactado. Lisa se apretó las manos inquieta y susurró.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Su amiga salió de la casa a toda prisa y por la ventana pudo ver cómo corría hacia su casa. No dudaba que se lo contaría a su hermano, pero le daba igual.

—Menudo lío —dijo su madre angustiada.

—No hay lío. Él que viva su vida y yo viviré la mía. Jason disfrutará de sus padres como hasta ahora. —Cogió su bolso y se acercó a sus padres dándoles un beso en la mejilla. —Buenas noches. Estoy cansada.

—Estás distinta —dijo su padre sorprendido.

—¿De verdad?

—Como si hubieras madurado en unas horas —dijo su madre que estaba a punto de llorar.

—Supongo que necesitaba empezar a vivir y dejar a la Julie adolescente a un lado. Buenas noches.

Salió del salón y Jessica miró a su marido cogiéndole la mano.

—Puede que ese hombre sea lo mejor para ella.

Su padre asintió apretando su mano.

—Todavía no puedo creer que ya no le quiera. Le ha querido durante tanto tiempo... Creía que ahora por fin lo conseguirían, pero no le da la oportunidad. No lo entiendo.

—¿No lo entiendes? Durante años le ha visto vivir su vida con otras mujeres. Era una observadora que cuidaba a su hijo en silencio. ¿Sabes lo que ha sufrido? Que ahora él quiera estar con su hijo, no va a borrar el dolor que ha pasado. Creo que ahora que tiene más contacto con él, se ha dado cuenta que su amor adolescente era un espejismo y ha provocado todo esto. Lewis le ha ofrecido lo que necesitaba en el momento justo. Ahora se siente agasajada y deseada por un hombre inteligente y atractivo. Kurt no la ha tratado así y aprecia la diferencia.

—Yo sólo quiero que sea feliz —dijo su padre preocupado—, y que Jason sea feliz.

—Sería ideal que Kurt y Julie se enamoraran y vivieran todos juntos muy felices, pero puede que en este punto de la historia no haya vuelta atrás y debemos apoyar a nuestra hija.

Se levantaron y miraron por la ventana la casa de sus vecinos que tenían todas las luces encendidas, lo que indicaba que todos estaban despiertos.

—Va a ser una noche larga para los Edwards. Seguro que están intentando convencer a Kurt para que no venga a pedir explicaciones.

—Igual debería tratarla de otra manera por una vez en la vida —dijo su madre molesta—. Tiene el orgullo herido porque la ha tenido siempre y se da cuenta que la está perdiendo. Tendrá que asumirlo.

El domingo por la mañana se levantó encantada y lo primero que hizo fue ver sus mensajes en el móvil. Tenía dos. Apretó los labios al ver que uno era de Kurt. No sabía por qué tenía que escribirle un mensaje cuando vivía en frente. Decidió abrirlo primero por si era algo del niño y no se pudo quedar más sorprendida cuando leyó.

“Nena, no quiero perderte. Cástate conmigo”.

¡No se lo podía creer! Se sentó en la cama negando con la cabeza impresionada. ¡Le había pedido matrimonio por mensaje de texto!

Furiosa por su poca falta de tacto, se levantó y abrió la puerta de la habitación de golpe casi chocándose con su padre al salir.

—Hija, ¿qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¡Qué se ha pasado de la raya! —gritó bajando las escaleras.

Iba a salir de casa cuando escuchó la voz de su hijo en la cocina y fue hasta allí para verle desayunar con la abuela. Buscó a Kurt y como no estaba allí, salió de la cocina dejándoles con la palabra en la boca. Su madre corrió hasta la ventana.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Sin hacerle caso, caminó descalza por el jardín y cruzó la calle sin darse ni cuenta que iba con un camisón blanco por encima de la rodilla casi indecente. Hervía de furia y subió los escalones de un salto abriéndola puerta. Pasó ante Lisa que al ver su mirada no dijo

palabra y subió las escaleras corriendo. Albert levantó una ceja al verla abrir la puerta de la habitación de Kurt, que estaba tumbado en la cama en vaqueros con el brazo tras la cabeza mirando el techo.

La miró sin moverse cuando entró en la habitación cerrando de un portazo.

—iTú no estás bien de la cabeza!

—¿Eso significa que no?

Le miró atónita. —iHablas en serio! ¿A quién se le ocurre pedirle matrimonio a otra persona por mensaje de texto? —gritó a los cuatro vientos—. ¡Eres la persona más insensible que conozco!

—Nena, es que ya no sé cómo hacer para que te des cuenta de que me importas.

Se detuvo en seco al ver que hablaba en serio.

—¿Por qué me dices esas cosas?

—Porque son la verdad. —Suspiró sentándose en la cama y la miró a los ojos. —No puedo soportar que te toque.

—No soy tuya. ¡Puedo hacer lo que quiera, como tú llevas haciendo toda la vida! ¡Sólo hemos tenido un hijo y tú ni siquiera recuerdas cómo fue engendrado! ¡No tienes ningún derecho a ponerte celoso y montar el espectáculo porque yo quiera ser feliz! —le gritó rabiosa mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Eres un egoísta! ¡Me rechazaste durante años! —gritó desgarrada.

Él palideció levantándose.

—Julie, escúchame...

—iTuve años para escucharte! ¡Esto se acabó! ¡Acéptalo y déjame vivir!

—iDime a la cara que ya no me quieres!

Se enderezó y una lágrima cayó por su mejilla.

—Ya no te quiero.

Kurt dio un paso atrás como si le hubiera golpeado y la miró atónito.

—Nena, lo arreglaré.

Incrédula negó con la cabeza. —¿Qué hay que arreglar, Kurt? Nunca me has querido y sólo te empeñas en estar conmigo porque te has enterado de que tenemos un hijo juntos. No hay nada que arreglar porque simplemente nunca hubo nada. Nos veíamos algún fin de semana y me saludabas con la mano o me dirigías tres palabras de cortesía cuando estábamos en una fiesta. Y cuando me dirigías más de esas tres palabras, era para criticar mi estilo de vida. Nunca te has interesado por mí. Nunca me has preguntado nada de mi vida. Te enterabas por lo que Lisa o tus padres comentaban. Nunca hemos sido amigos y nunca hemos sido pareja. —Fue hasta la puerta. —Así que no hay nada que arreglar. Sigue con tu vida y no te metas en la mía por el bien de Jason. Te acepté en su vida por su bien, pero no a costa de que te entrometas en lo que hago o con quien lo hago.

Salió de su habitación y se encontró con Lisa que claramente estaba cotilleando. No pensaba decirle nada del tema, así que pasó ante ella bajando las escaleras. Los Edwards estaban en el hall y se notaba que estaban preocupados, pero salió de la casa sin decir una sola palabra.

Sus padres estaban en el porche de su casa mirando hacia allí. Su padre tenía el brazo sobre los hombros de su madre como si estuviera apoyándola.

—Hija, ¿qué ha ocurrido? —preguntó ella preocupada.

—Me ha pedido matrimonio por mensaje de texto. ¿Te lo puedes creer? —Furiosa entró en la casa dejándolos atónitos.

Se miraron a los ojos y Jessica negó con la cabeza.

—Esto ya no tiene remedio.

—Eso ya lo veo. Una pena. Una auténtica pena.

Tres meses después.

Le puso la mochila a su hijo y le dio la vuelta sonriendo. —¿Lo llevas todo? Te lo vas a pasar genial en Austin. —Le dio un beso en

la punta de la nariz. —Irás al zoo y papá te dará de comer esas hamburguesas que te gustan tanto.

—¿Y tú por qué no vienes? —dijo el niño disgustado.

—Ya te he dicho que vas a dormir en casa de papá. No puedo ir y volver para ir a trabajar.

—Mañana es sábado. No trabajas.

Cada vez era más difícil convencer al niño de que sus padres no podían estar juntos en la misma casa.

—Pero tengo cosas que hacer.

—¿Quieres más a Lewis que a mí? ¿Por eso te quedas con él?

Se le retorció el corazón y la abuela preguntó asombrada.

—¿Dónde has oído eso?

—¡Siempre está hablando con él por teléfono! ¡Ya no le importo!

Le cogió por los hombros. —Jason escúchame. —Su hijo la miró con los ojos llenos de lágrimas. —No hay nada en este mundo que me importe tanto como tú. Nada. Te quiero más que a nada o nadie, ¿me oyes?

—Ya no pasas tiempo el fin de semana conmigo y con papá. Siempre estás con él.

—Porque tú pasas los fines de semana con papá.

—¿Ya no quieres a papá?

Dios, aquello se estaba volviendo insoportable.

—Papá tiene su vida en Austin y nosotros vivimos aquí. No tenemos que pasar el tiempo juntos. Pero vosotros sí porque sois padre e hijo.

—Papá me ha dicho lo mismo, pero no lo entiendo. Los papás de Mike viven juntos.

—Hay muchos tipos de papás y mamás. Los papás de Roslyn están divorciados, viven en casas separadas y no te parece raro.

—¿Te vas a divorciar de papá?

—Cariño, nunca nos hemos casado, así que no tenemos que divorciarnos.

—¿Te vas a casar con Lewis?

—No me lo ha pedido.

—¿Papá te lo ha pedido?

Miró a su madre de reojo, que nerviosa entró en el salón.

—Sí, me lo pedido. Pero no nos hemos casado.

—¿Por qué no quieres a papá? Juega muy bien al béisbol.

—He querido mucho a papá y todavía le quiero, pero no como para casarme. ¿Entiendes? No nos queríamos lo suficiente para dar un paso así.

Escucharon que un coche se detenía en la calzada y miró por encima del hombro de su hijo por la puerta abierta. —Papá ha llegado. Ahora dame un abrazo y un beso muy gordo que me dure hasta el domingo. —Su hijo la abrazó y la besó en la mejilla. —Te quiero, cariño.

—Y yo a ti mamá.

Se apartó y corrió hacia su padre que se acercaba por el camino de entrada. Estaba guapísimo con unos pantalones negros y una camisa del mismo color con las mangas remangadas. Se agachó para abrazar a su hijo que se tiró a él loco de contento. Julie sintió que su corazón se detenía cuando la miró a los ojos..

—Hola Julie.

—Hola Kurt.

—Había pensado que el próximo fin de semana podríais venir todos a Austin. Tus padres también. Puedo sacar entradas para el teatro y cenar el sábado en un restaurante que conozco. Tengo niñera para poder salir por la noche y mi casa es lo bastante grande para estar todos.

—Ya tengo planes para el fin de semana que viene —dijo como de costumbre—. Pero se lo diré a mis padres por si quieren ir.

Kurt asintió y miró a su hijo cogiendo su manita.

—Vamos a despedirnos de los abuelos y después nos vamos, ¿de acuerdo?

—Sí, papá.

—Volvemos el domingo por la tarde.

—Lláname cuando lleguéis a Austin.

—Siempre te llama mamá... —dijo su hijo exageradamente haciéndola sonreír.

Parecía que Kurt quería decir algo, pero al final se giró diciéndole algo al niño. Cerró la puerta suspirando y su madre dijo molesta.

—No podrás seguir así mucho tiempo.

—Lo sé. —Se pasó la mano por la frente agotada psicológicamente.

—¡Hola! —gritó Lisa entrando en casa con una botella de champán en la mano—. ¡Llama a Lewis y dile que esta noche eres mía! Tengo una noticia estupenda.

—¿Qué noticia? —preguntó su madre sonriendo al verla tan contenta.

—¡Me voy a París!

—¿De vacaciones?

—¡A vivir!

Sus caras no eran precisamente de alegría y Lisa perdió la sonrisa poco a poco.

—¿No os alegráis por mí?

—Oh, sí claro —dijo aún en shock mirando a su madre—. Nos alegramos, ¿verdad mamá?

—¡Sí, ya veo que estáis abrumadas por la emoción!

Julie la cogió por el brazo llevándola al salón.

—Vamos a ver, que me parece que no lo he entendido bien. ¿Te vas a trabajar o a vivir?

—Para vivir tengo que trabajar —dijo mientras la sentaba en el sofá y su madre cogía la botella de champán—. Mi jefe se muda allí y me ha pedido que me vaya con él.

—¡Si no sabes francés!

Su amiga frunció el ceño.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Si estás en Francia debes hablar francés. ¿Cómo vas a contestar el teléfono?

—Ah... su secretaria es francesa. Yo soy su asistente.

—Ese tío quiere llevarte a la cama —dijo su madre.

—¿Se lo has dicho a tus padres? ¿A Kurt? ¿A alguien?

—No, iba ahora a decírselo. Encima que te lo digo a ti primero. Serás aguafiestas.

Como sabía que Kurt se iba enseguida, fue hasta la puerta para verle despedirse de sus padres en el porche.

—¡Kurt! —gritó desde la puerta. Él se volvió sorprendido—. ¡Ven aquí!

Ella entró de nuevo, pero volvió a salir.

—¡Y trae a tus padres!

Volvió al salón y puso las manos en jarras. Lisa sonrió.

—Estás exagerando.

—¡Exagerando! Espera que llegue tu hermano. A ver qué dice él.

Kurt entró en casa con el niño en brazos.

—¿Qué pasa, nena?

Se acercó y cogió al niño.

—Habla con tu hermana, que está totalmente ciega.

Jessica miró a Mary Rose a los ojos y sonrieron mientras Kurt miraba a su hermana fijamente.

—¿Qué has hecho ahora?

—¡Nada! ¡Me voy a París! —dijo emocionada.

Su madre se acercó de inmediato.

—¿A París?

—¡Y no se va de vacaciones! —dijo Julie enfadada.

—Me traslado a París por trabajo.

—Ey, ey... —dijo Albert levantando la mano para detenerla—. Empieza desde el principio.

—Pues a mi jefe le trasladan y me ha pedido que le acompañe. ¡Hasta me sube el sueldo y el apartamento va a cargo de la empresa! —Se levantó del sofá y cogió la botella de champán. —¿Lo celebramos?

Kurt carraspeó mirando a Julie de reojo, que le hizo un gesto con la cabeza.

—Lisa, no sabes francés.

—Eso me ha dicho Julie, pero no lo necesito. Soy la asistente del jefe.

—¿Y cómo vas a asistirlo exactamente?

—Haciendo lo que hago aquí. Concertando citas, reservando restaurantes, haciendo sus recados...

—Y si no sabes francés cómo vas a hacer eso —dijo su padre empezando a enfadarse.

—No sé. Supongo que necesitaré un diccionario. —Se echó a reír por su ocurrencia, pero todos los demás se quedaron callados.

—¡Ese tío quiere llevarte a la cama! —exclamó Kurt—. Nena, lleva al niño a la cocina para darle de cenar.

—¿No vamos al zoo?

—Mañana, hijo. Ahora la tía necesita que le aclaren las ideas.

—¿Para qué quiere llevarse a la cama el jefe de la tía a la tía? ¿Está malita?

—¡Kurt!

—No me he dado cuenta. —Se pasó la mano por el cabello y miró a su hijo. —La tía no está malita. Ahora a cenar.

Julie frunció el ceño.

—Menudas explicaciones que le das al niño.

—¿Y entonces por qué quiere llevarla a la cama? —preguntó su hijo sin dejar el tema.

—¿Ves?

Kurt carraspeó buscando ayuda y exasperada le dijo a Jason.

—La tía está cansada con tanto trabajo y su jefe le ha dicho que descanse un rato.

—Ah. Quiero pizza mamá.

—Voy a pedirla —dijo el abuelo Albert—. Así pediré para todos.

—Estupendo, una fiesta —dijo Lisa encantada—. ¿Abrimos el champán? —Todos la miraron con el ceño fruncido. —Estáis muy negativos.

Capítulo 8

Una hora después estaban con el mismo tema y Kurt exasperado fue hasta la cocina por una cerveza. Julie estaba fregando los platos y le miró de reojo.

—¿Sigue en sus trece?

—No se puede creer que quiera tirársela —dijo frustrado.

—Pues se la lleva a París. Tú verás.

—¿Y qué quieres que haga? ¿La secuestro?

Julie entrecerró los ojos secándose las manos.

—Este es un aprovechado que como no ha conseguido nada con ella aquí, se la lleva del país para que se sienta sola y así que caiga en sus brazos por pura desesperación.

Kurt sonrió bebiendo de la cerveza y cuando tragó dijo como si nada.

—¿Te gustaría conocer París?

—Ja, ja. —No pudo evitar sonreír doblando el paño sobre la encimera.

—Por cierto, me van a dar el mes de agosto de vacaciones.

—¿Y qué vas a hacer?

—Había pensado pasar aquí todas las vacaciones. —Lo que le faltaba, verle todos los días. Se mordió el labio inferior. —Últimamente por lo que nos había ocurrido, decidí que era mejor pasar los fines de semana con Jason en Austin, pero me acabo de

dar cuenta que es una tontería porque somos capaces de mantener una relación cordial. ¿No crees, nena?

—Sí. —Forzó una sonrisa. —Claro que sí.

—Que tú tengas pareja no debe deteriorar nuestra relación. Sobre todo por Jason. Últimamente me ha preguntado mucho por qué no podemos pasar tiempo los tres juntos. Está algo confuso porque al principio era distinto.

—Sí, a mí también me ha preguntado por eso.

—Tiene que ver que nuestra relación es fluida y normal. Sin dramas.

Ella asintió sin poder mirarle a los ojos.

—Y por supuesto si Lewis va a entrar en su vida, deberíamos conocernos.

—Mejor dejamos eso para más adelante.

Kurt sonrió. —Como tú digas. —Fue hasta la puerta de la cocina. —Voy a ver si vuelvo al ataque. A veces Lisa puede ser muy cabezota.

Cuando se quedó sola gimió retorciendo el paño entre sus manos. Ahora sí que no se libraba.

Una hora después estaban sentados todos en el sofá y Lisa dijo con una dulce sonrisa.

—Igual sí que tenéis razón. Algo sospechaba cuando me tocó el culo en el ascensor al darme la noticia.

Todos parpadearon y Lisa se echó a reír.

—Pues estoy al paro. No hay mal que por bien no venga. ¡Me vengo aquí a pasar el mes de agosto! ¡Unas vacaciones en familia!

Julie al mirar a su amiga se dio cuenta de que allí había algo raro. Al ver que guiñaba un ojo a sus padres, entendió que se había hecho la tonta para que todos pasaran la velada juntos. Gimió interiormente sonriendo de oreja a oreja. Era un caso, así que dijo.

—Qué noticia más estupenda. Jason estará encantado de teneros a todos lo que queda de verano.

—Ay, qué bien lo vamos a pasar —dijo Jessica emocionada—. Todos juntitos de nuevo.

—Y Lewis. No olvides a Lewis —dijo Kurt observando a Julie fijamente.

—Sí, por supuesto —dijo Albert—. Para empezar, vamos a hacer una gran barbacoa este domingo. Invitaremos a todo el barrio.

—Estoy deseando conocer a Lewis —dijo Lisa levantándose del sofá—. Mamá me ha dicho que es un dentista estupendo.

Todos miraron a Mary Rose.

—Me ha sacado una muela y no me he enterado.

Ay, madre. —¿Has ido a su consulta? —preguntó perdiendo el color.

—Sí, hace dos semanas. Es mucho más atractivo de cerca y tiene una sonrisa...

—Es encantador. Todo un caballero —dijo su padre apoyándola—. Ya le conoceréis.

—Vendrá a la barbacoa —dijo Lisa convencida—. Ahí nos conoceremos mejor.

—Claro que sí —dijo con voz forzada sonriendo—. Se ha hecho algo tarde. Me voy a la cama, que mañana Jason me despertará tempranísimo.

—Nosotros nos vamos —dijo Kurt—. Gracias por la velada.

—Somos familia —dijo su padre riendo—. No tienes que dar las gracias.

Kurt sonrió mirándola a los ojos.

—Hasta mañana, nena.

—Hasta mañana —dijo casi sin voz.

En cuanto se fueron los Edwards sus padres la miraron cruzándose de brazos.

—¿Yo que culpa tengo de que estuviera casado? ¡Me engañó! ¡Lo sabéis de sobra! ¡Aparentó que quería tener una relación conmigo, pero todos sabemos lo que quería en realidad! Si hasta su mujer se dio cuenta. ¡De verdad que hay que ser rarita para animar a tu marido a que salga con otras mujeres para tener más clientas! ¡Luego pasan estas cosas! ¡Y encima tiene el descaro de decirme que está enamorado de mí! ¡Menudo guantazo que se llevó!

—¿Entonces se puede saber por qué estamos fingiendo que sigues saliendo con él? —preguntó su madre.

—A ver cómo le explicas al niño que te pasas hablando con Lisa horas cuando todo el mundo piensa que hablas con Lewis.

—¡Ya es mala suerte que leyera el mensaje de su mujer justo después del mensaje de Kurt!

—¿Y si lo hubieras leído antes? ¿Qué hubiera cambiado? —Su padre la fulminó con la mirada. —Mira que cuando se te mete algo en la cabeza...

—¡No me quiere! Todo lo hizo para no perderme porque estaba acostumbrado a que babeara por él.

—¿Se puede saber qué quieres? —preguntó su madre exasperada.

—¡Quiero que me quiera! ¡Y que me lo demuestre! ¡Por una vez quiero que él babee por mí!

—Si le has dicho que no le quieres.

Miró a su madre frustrada antes de salir corriendo escaleras arriba llorando a lágrima viva.

—Charles... —dijo su madre con los ojos entrecerrados—. Sube arriba y vigila.

—¿Que vigile qué?

—A la niña. Voy a visitar a los vecinos. Distráela.

—¿Te vas a chivar?

—¡Estoy harta de verla así! ¿Tú no?

Cuando se despertó al día siguiente suspiró mirando el techo cuando por el rabillo del ojo vio algo rojo. Giró la cabeza para ver un ramo de rosas rojas. Se sentó de golpe y se encontró con toda la habitación llena de rosas de todos los colores. Se dio un tortazo para despertar. —¡Auchh! —Se acarició la mejilla levantándose de la cama y vio un sobre sobre la cómoda.

Entrecerró los ojos cogiéndolo como si le fuera a morder en cualquier momento. Lo abrió y miró en su interior para ver una

tarjeta. La sacó y chasqueó la lengua al ver la letra de Kurt.

"Me he dado cuenta que nunca te he regalado flores. Un ramo por cada año que me he retrasado y una rosa por cada sonrisa que he ignorado. Nena, no sabes cómo me arrepiento."

Se mordió el interior de la mejilla reprimiendo las lágrimas pegándose la tarjeta al pecho y alargó la mano para acariciar los pétalos de una rosa amarilla del jarrón de encima de la cómoda.

La puerta se abrió lentamente y su hijo en pijama abrió los ojos como platos al ver las flores.

—¡Mamá! ¡Tienes un jardín en la habitación!

Metió la tarjeta en la cómoda riendo y lo cogió en brazos.

—¿Te gustan? Me las ha regalado papá.

—Porque te quiere.

Le besó en el cuello disimulando lo bien que se sentía.

—¿Has desayunado?

—No. Pero no quiero, mamá. Quiero montar en el coche.

—Después de desayunar.

—¿Y el zoo?

—Hablaremos con papá de eso. —Salió de la habitación y bajó las escaleras para encontrarse a Kurt revolviendo en la nevera.

—¡Papá, quiero ir al zoo!

Se volvió y Julie se tensó dejando al niño en su silla.

—¿Qué haces aquí?

—Tus padres han ido a la tienda con los míos para la barbacoa de mañana. Quería prepararos el desayuno. —Se la comió con los ojos e incómoda desvió la mirada.

—No tienes por qué hacerlo. Ya me ocupo yo. ¿Te lo llevas al zoo?

—Jason, podemos ir al zoo el fin de semana que viene. ¿Qué me dices? —le preguntó a su hijo acercándose y besándole en la

coronilla—. He pensado que hoy podemos ir a la granja Horton y montar a caballo.

El niño abrió los ojos como platos.

—¡Sí!

Ella se mordió el labio inferior porque se moría por ir. Había trabajado en los establos de los Horton durante dos veranos en su época del instituto y echaba de menos montar, pero no pensaba decir nada. Abrió la alacena cogiendo el bol de plástico del niño y le echó sus cereales favoritos.

—Kurt, ¿has desayunado? —preguntó cogiendo el bidón de leche de la nevera.

—Me tomaré una taza de café —dijo tras ella sorprendiéndola.

Se volvió y se puso nerviosa al ver que se acercaba pasando un brazo al lado de su cintura cogiendo el bol de cereales del niño. Él levantó una ceja.

—¿No tienes nada que decirme?

—¿Café solo? —Nerviosa se volvió a coger una taza.

Kurt se pegó a su espalda robándole el aliento y Julie se sujetó en la encimera sintiendo que su corazón iba a saltar de su pecho. —Sabes de sobra cómo tomo el café, nena —dijo con voz grave—. ¿Quieres venir a montar? Estoy deseando verte.

Abrió los ojos como platos por su manera de decirlo que le puso la piel de gallina. Aquello se le estaba yendo de las manos y se acababa de levantar. ¿Qué había ocurrido para ese cambio de actitud?

Se apartó de golpe y le señaló con el dedo.

—Lo sabes, ¿verdad?

—¿El qué preciosa? —preguntó haciéndose el tonto dando un paso hacia ella.

Le arrebató el bol y se lo llevó al niño que estaba distraído con una moto de juguete. —Jason desayuna. —Volvió hasta Kurt y siseó —Sabes lo de Lewis, ¿verdad? ¿Qué pasa? ¿Tu madre le ha interrogado cuando fue a verle? ¿Fue eso? ¿Mientras le quitaba la muela le hizo el tercer grado?

Kurt reprimió la risa.

—Si te refieres a que está casado y a que su enfermera es su esposa, si lo sé. También que su mujer te envió un mensaje diciéndote que te alejaras de su hombre. Aunque la culpa es suya por no decir que están casados para tener más clientela femenina. ¿Has cambiado de dentista?

—No tiene gracia. Me tomó el pelo.

—Y tú me lo has tomado a mí, cielo. ¿No te avergüenzas?

Se sonrojó intensamente.

—Creía que era lo mejor para todos.

—Te aseguro que pensar que tu mujer se está acostando con otro no es lo mejor en absoluto.

—¡No soy tu mujer!

—Sí que lo eres.

Le advirtió con la mirada.

—Mira, mejor lo dejamos, porque me estás poniendo de los nervios y no quiero discutir delante del niño.

—Te gustaría estar haciendo otra cosa, pero ya tendremos tiempo cuando lleguen tus padres.

—Serás...

Kurt se echó a reír y se sirvió un café antes de sentarse con su hijo que se hacía el remolón para desayunar.

—Hijo, desayuna o no vamos a montar a caballo.

Asombrada vio como empezaba a desayunar sin rechistar. Exasperada se sirvió ella unos cereales y se sentó a la mesa.

—Julie, ¿todavía desayunas eso?

—¿Algún problema?

—No. He estado pensando en tu novio y sólo encuentro una razón para que ocultaras algo así... —Julie gruñó masticando. Había aprovechado que tenía la boca llena para sacar el tema de nuevo. — Y la única razón es mantenerme alejado.

—Qué listo eres.

—Lo sé. Y debo decir que te funcionó a la perfección, nena. Pero si crees que voy a desaprovechar la oportunidad ahora que estás

libre...

—Ahora entiendo lo de las flores.

—Pues vete acostumbrando porque te voy a enamorar de nuevo.

—Se le cortó el aliento mirando sus ojos azules. —Sé que la fastidié y que nunca te traté como debía... —Se levantó dejándole con la palabra en la boca. —Julie... —La siguió hasta la escalera.

—¿A qué viene todo esto? ¡No necesito que finjas nada! —Siguió subiendo las escaleras. —¡Estás perdiendo el tiempo!

—No estoy fingiendo nada y estar contigo no es una pérdida de tiempo.

—¡No estás conmigo! —gritó desde arriba.

—¡Claro que sí! ¡Y si el niño no estuviera desayunando te lo iba a demostrar! —Abrió los ojos como platos. —Ya lo sé. Le diré a Lisa que se quede con el niño y pasamos el día solos. Nunca hemos estado solos.

—¡Sí que lo estuvimos, pero no te acuerdas! —gritó entrando en su dormitorio cerrando de un portazo.

Él hizo una mueca volviéndose hacia su hijo. —Esto va bien. —Jason negó con la cabeza. —¿No?

—Papá, quiero montar en el coche.

Kurt suspiró mirando hacia arriba.

—Vale, vamos a vestirte. ¡Julie! ¡Hay que vestir el niño!

—¡Pues espabila!

Cuando salió de la habitación vestida con unos shorts blancos y una camiseta de tirantes entró en la de su hijo para ver que le había puesto unos vaqueros, una camisa de cuadros de manga larga y su sombrero tejano.

—Todo un ranchero. —Su hijo se echó a reír cogiendo el sombrero y haciendo una reverencia. —Lo haces muy bien —dijo empezando a hacer la cama del niño.

—Nena, deberías ponerte vaqueros largos para montar a caballo.

Apoyada en la cama le miró por encima del hombro para pillarle mirándole el trasero. Sin cortarse la miró a los ojos.

—Siempre has tenido un trasero precioso, pero no son prácticos para montar.

—No voy a ir. Aprovecharé para ir a la peluquería.

—¿Para qué?

—Eso, ¿para qué? —preguntó su hijo imitando su postura.

—Para cortarme el cabello. Es a lo que se va a la peluquería. — Terminó de hacer la cama y cuando se incorporó ambos tenían el ceño fruncido con las manos en las caderas. Se echó a reír porque eran idénticos. —Largo de aquí.

—Julie, si esto es un acto de rebeldía y vas a llegar a casa con el pelo al cero o algo así...

Entrecerró los ojos como si se lo estuviera pensando.

—Me lo pensaré.

—Te puedes cortar el pelo otro día. Y sólo hoy puedes montar a caballo.

—Eso mamá. Ven con nosotros.

Les miró a los ojos primero a uno y después al otro. El último fue Kurt y sonriendo le dijo.

—Juegas sucio.

—Pues acabo de empezar. No has visto nada.

La verdad es que le apetecía mucho y los dos sabían que estaba buscando una excusa para no ir con él. El niño esperaba impaciente y no quería defraudarle. Además, se moría por verle disfrutar con los caballos.

—Está bien.

Su hijo chilló de la alegría y salió corriendo de la habitación. Kurt sonrió malicioso y Julie pasó a su lado para ir a cambiarse, pero la cogió por el brazo empujándola contra la pared y pegándose a ella.

—Esto sí que es jugar sucio —susurró antes de besarla como si la necesitara. Entró en su boca saboreándola, sin darse prisa. Julie no pudo evitar disfrutar de sus labios y gimió cuando él llevó las manos a sus caderas pegándola a su cuerpo. Apartó sus labios acariciando

sus glúteos por debajo de sus vaqueros y Julie abrió los ojos lentamente. —Preciosa, te haría el amor ahora mismo, pero Jason está esperando.

Esas palabras la espabilaron de golpe y furiosa porque hubiera utilizado el sexo para doblegarla, le cogió por el cuello besándole apasionadamente. Cuando sus lenguas se unieron Kurt la abrazó a él con fuerza como si quisiera fundirse con ella. Julie rodeó sus caderas con las piernas y el cuello con sus brazos separando su boca para mirarle a los ojos. Con la respiración jadeante susurró.

—Jason está esperando.

Él entrecerró los ojos.

—¿Quieres jugar, nena? Voy a disfrutar muchísimo de esto.

—No creas que me vas a tentar con el sexo. La última vez duraste dos minutos.

Él preocupado mientras la dejaba en el suelo preguntó.

—¿Llegaste?

—¿A dónde?

Se puso como un tomate intentando apartarse, pero él la cogió por las mejillas y pudo ver en sus ojos que estaba asustado.

—Nena, no tengo ni idea de lo que pasó esa noche entre nosotros y desde que me enteré de esto no hay noche en que le dé mil vueltas pensando que te hice daño y que por eso me odias tanto.

Se le rompió el corazón y le cogió por la muñeca.

—No fue culpa tuya.

—Dios, ¿te hice daño?

—¡No! Fue estupendo. —Hizo una mueca. — Fue estupendo hasta que abriste la boca y me dijiste que había sido un buen polvo.

Kurt entrecerró los ojos.

—Pero eras virgen y...

—No fuiste precisamente romántico, pero... —Muerta de vergüenza protestó —¿Tenemos que hablar de esto?

—¿Te corriste o no?

—Sí, ¿contento?

Kurt sonrió de oreja a oreja.

—Me gustaría recordarlo. Así que fue estupendo, ¿eh?

—Oh, por Dios. —Salió de la habitación oyéndole reír.

—Te aseguro que la próxima vez sí que será estupendo.

—¡Cierra el pico! —Entró en su habitación y cerró la puerta escuchándole reír. Se quitó el short y abrió el armario. Se estaba poniendo los vaqueros cuando le vio a través del espejo observándola apoyado en el marco de la puerta. —Kurt...

—No me has dado las gracias por las flores.

—Gracias por las flores —dijo cerrando el armario. Se puso las botas sentada en la cama y le dijo —¿Dónde está Jason?

—Ha puesto la tele. —Vio cómo se levantaba y la miró de arriba abajo. —¿Lista?

—Lista.

No se acercó a él y el muy cabrito disimuló sus ganas de reír apartándose de la puerta.

—Por mucho que quieras alejarte de mí estaré ahí.

—Vamos a montar a caballo.

Capítulo 9

Se lo pasaron estupendamente. En el rancho les dieron dos caballos y como ella montaba mejor que Kurt, le puso a Jason delante. Él se empeñó en sacar cientos de fotos con el móvil antes de subirse a su caballo. Fue muy divertido porque el niño disfrutaba de todo y hacía mil preguntas. Aquello le encantaba y no dejó de pedir su propio caballo. Julie advirtió con la mirada a Kurt y él levantó las manos.

—Ni se me ocurriría sin tu consentimiento.

—Más te vale.

Cuando llegaron a la hora de comer, toda la familia estaba en casa de los Edwards. Comieron en el jardín y después estuvieron charlando un rato cuando llegó la bomba.

—He estado pensando seriamente en nuestra situación y creo que ciertas cosas deberían cambiar. Voy a comprar una casa.

Todos miraron a Kurt que observaba fijamente a Julie. Lo de la casa la mosqueó muchísimo.

—¿Una casa? Pensaba que tenías ya una en Austin.

—Tengo un piso cerca del trabajo, pero voy a comprar una casa aquí. —Se miraron los unos a los otros sin saber qué decir. —Y voy a dejar el trabajo.

—¡Eso es una locura Kurt! —exclamó su madre atónita—. ¿Cómo vas a dejar tu trabajo? ¡Con todo lo que has luchado para llegar hasta donde estás!

—Quiero estar cerca de Jason. Me voy a trasladar aquí.

—Pero aquí ya hay dos abogados —dijo su padre preocupado—. Piénsatelo bien, hijo. En la ciudad tienes éxito y un futuro. ¡Aquí tendrás clientes que no podrán pagar las primas a las que estás acostumbrado!

—Kurt, piensa en el futuro y en la familia que tendrás —dijo su hermana atónita—. Si lo dices para que Jason no salga de Greenville, es ridículo. Puedes seguir viniendo los fines de semana, que es cuando puedes disfrutar del niño realmente. Julie no te impide verle cuando quieras y es mucho más que lo que tiene cualquier pareja separada.

—Ya me he perdido cinco años. No quiero perderme más.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Julie enfadada levantándose de su silla—. ¡No tuve a mi hijo sola para que acabaras aquí!

Dejándolos con la boca abierta corrió hacia su casa cerrando de un portazo. Julie subió hasta su habitación y abrió la ventana. Cogió el primer jarrón y lo tiró por la ventana. —Estúpido. ¡Estúpido idiota! —Cogió otro jarrón y lo tiró detrás, pero cuando iba a coger el siguiente la abrazaron por la cintura tirándola sobre la cama.

—Nena, me han costado mucho dinero —dijo sujetándola por las muñecas y reteniéndola con su cuerpo.

—¡Eres imbécil! —le gritó frustrada.

—Quiero estar cerca del niño y no quiero salir del trabajo, pasarme hora y media en la carretera para hacer lo mismo a la vuelta. No veré al niño porque ya estará dormido.

—Puedes seguir viéndole el fin de semana.

—No quiero perderme nada más.

—Esto es precisamente lo que no quería.

—No me dijiste nada, porque no recordaba lo que había pasado y te morías de la vergüenza.

—Eso también.

Kurt sonrió y soltó sus muñecas para acariciar su sien.

—Quiero otra vida. Esta me gusta. Cuando me fui de aquí pensaba que quería el éxito, pero desde que conozco a Jason me he

dado cuenta de lo que es importante. Aquí tiene un ambiente familiar. Nos conocemos todos y es un sitio estupendo para criar a un niño.

—Todos sabían que si te lo decían, te encargarías del niño. Por eso no te dijeron nada. ¡Estás haciendo exactamente lo que temían y tirarás tu futuro profesional por la borda! ¿Qué vas a hacer aquí? ¿Pleitos sobre tierras? ¿Sobre reses? ¡Estás siendo irracional!

—Asumo mis responsabilidades, lo he hecho siempre, pero esto es distinto. Podía haber mantenido al niño y seguir con mi vida. Tenías derecho a ello. Pero quiero compartir su vida.

—Aquí no tienes futuro. Has trabajado muchísimo para llegar hasta donde estás. No puedo permitirlo.

—Entonces sólo hay otra solución. Tendrás que mudarte a Austin, nena.

—¿Qué?

—Si quieres impedir que me venga aquí, tendrás que trasladarte.

—¡Estás pirado! ¡No voy a dejar que me chantajees!

Él la besó suavemente en los labios. —Allí puedes encontrar trabajo o estudiar en... —Jadeó cuando sus manos llegaron a sus pechos. —Casa. En nuestra casa. —Julie le empujó por los hombros tirándole de la cama. —Auchh.

—¡Serás aprovechado! ¡No, no y no!

Kurt se echó a reír.

—Hay que trasladar al niño de colegio y no tenemos mucho tiempo.

—¡Ni hablar! ¡Aquí tiene amigos y a su familia!

—¡Pero si te ibas a trasladar cuando acabaras la carrera!

Ella se sonrojó porque era cierto.

—En el instituto necesitarán una psicóloga.

—¡Ya tienen psicóloga!

—Lo has hecho a propósito, ¿verdad? ¡Nunca has querido trasladarte aquí! ¡Todo lo has dicho para que me sintiera culpable y me trasladara a Austin!

—Siempre he pensado que eres muy lista.

—¡Maldito manipulador!

—¡Soy abogado!

—Como si eso lo justificara todo.

Exasperado se levantó del suelo.

—Mira, o me traslado aquí o te trasladas tú. Tú decides qué hacemos.

—¡No van a pasar ninguna de esas dos cosas!

Él se sentó a su lado. —Te dije que no me importabas, pero mentí. Me moría por verte cada vez que venía. —Julie asombrada le arreó un tortazo y él hizo una mueca. —Vale, me lo merezco.

Julie saltó de la cama.

—¡No vengas ahora a decirme que te morías por verme cuando cada vez que me veías eras un borde conmigo!

—No sabía cómo comportarme contigo.

—¿Por qué?

Él apretó los labios y desvió la mirada levantándose de la cama.

—¿No puedes olvidarlo y seguir adelante?

—¿Puedes olvidarlo tú?

—Supongo que no.

Frustrada se pasó la mano por la frente.

—Mira, creo que lo mejor es volver al plan original.

Él se tensó.

—No voy a salir de la vida de mi hijo.

—No, claro que no. Hablo de que vengas los fines de semana. Cuando termine la carrera veremos qué ocurre.

—¡Eso no va a pasar! —dijo él enfadándose—. He pasado cinco meses intentando arreglar lo nuestro y sabes que no me doy por vencido. ¿No quieres venir a Austin? Perfecto. ¡Empezaré a buscar casa!

Asombrada le vio salir de su habitación. —¡Kurt! Ni se te ocurra, ¿me oyes? —Sacó medio cuerpo por la ventana y le vio salir de la casa. —¡Como compres una casa, no te hablo más! ¡Te lo juro! —Él ni siquiera se volvió y frustrada salió más al exterior resbalando con un tallo de una de las rosas que estaban en el suelo de madera.

Gritó desequilibrándose hacia el exterior y rodó por el tejadillo del porche. Intentando agarrarse, consiguió sujetarse al borde del reguero del canalón, que con su peso se desprendió. Gritó antes de caer sobre algo antes de llegar al césped.

Cuando recuperó el aliento abrió los ojos para ver una pierna de Kurt a su lado. Asustada se dio la vuelta para ver que había caído sobre él y parecía inconsciente.

—¿Kurt? —Se arrodilló a su lado y le dio una palmadita en la cara. —Cariño, ¿estás bien? Por favor, por favor, abre los ojos.

Se asustó al ver que no respondía y se angustió acercándose a su cara para comprobar que respirara. Julie miró a su alrededor y gritó a su familia que llegaba corriendo.

—¡Llamar a una ambulancia!

La cogieron por la cintura sorprendiéndola y la tumbaron sobre el césped. Al verle despierto y que parecía estar bien, el alivio provocó que sus ojos se llenaron de lágrimas y Kurt sonrió triunfante.

—Sí que me quieres, nena.

—¡Idiota! —gritó aun asustada antes de abrazarle con fuerza—. No vuelvas a hacerme esto. —Se echó a llorar sin poder evitarlo. — No vuelvas a hacerme esto.

Él suspiró apartándose para mirarla a los ojos antes de besarla suavemente en los labios. —Tú también me has asustado —susurró apoyando la frente sobre la suya—. Te hubieras pegado un buen golpe.

—¿Mami? —La voz llorosa de su hijo les separó y ambos le miraron sonriendo. Le cogieron tumbándolo sobre ellos y se abrazaron.

—Estamos bien, Jason. No ha pasado nada —dijo mirando los ojos de Kurt.

—Sí que ha pasado. Pero todo ha sido bueno.

—¡Nena, ya estoy en casa! —gritó Kurt desde el piso de abajo—. ¿Estás lista?

Julie salió de la habitación de Jason y gritó desde la barandilla.

—¿Para qué?

Él parpadeó asombrado. —Pues no sé... me has llamado al despacho diciéndome que tenía que venir a toda prisa. —Señaló su enorme vientre mientras bajaba por las escaleras. —¿No estás de parto?

—No. —Se encogió de hombros pasando a su lado para ir a la cocina.

—¿Entonces para que me has hecho venir? —preguntó enfadado—. ¡Estaba en medio de una reunión!

Fue hasta la nevera y la vio sacar un envase de zumo de manzana. Cogió un vaso y se sirvió. Parecía pensativa y preocupado se acercó a ella.

—Nena, ¿estás bien? Venga, vamos al hospital.

—Estoy bien. No estoy de parto. —Bebió de su zumo mirando al vacío. Cuando dejó el vaso sobre la encimera dijo —Nos ha quedado bien la casa, ¿verdad? Aunque las cortinas no me convencen demasiado.

—¿Me has llamado para hablar de decoración?

—Hemos construido una vida juntos aquí y aunque echo de menos a mis padres, hemos hecho lo correcto, ¿verdad? Trasladarnos a Austin... comprar esta casa y reformarla a nuestro gusto... el colegio nuevo del niño... quedarme embarazada...

—Me da la sensación que en algún momento vas a decir algo que no me guste.

—Y somos felices —dijo entrecerrando los ojos sin dejar de mirar al vacío—. Nunca he sido más feliz que contigo.

—Me estás poniendo nervioso.

—Nunca imaginé que me casaría contigo después de todo lo que nos ocurrió. ¿Quién lo iba a pensar?

—Preciosa, ven siéntate.

—Ni antes —dijo mientras la cogía por la cintura y la llevaba hasta una silla—. Nunca pensé que me casaría contigo. —Hizo una mueca—A lo mejor con catorce años o así se me pasó por la cabeza,

pero con diecisiete ni hablar. Nunca se me hubiera ocurrido. Tú no me tragabas y me iba a la universidad. Simplemente era un sueño.

Él se acuclilló ante ella cogiéndole la mano.

—Voy a llamar al médico.

Julie le miró a los ojos. —Imagínate mi sorpresa cuando me he encontrado con Cristina en el mercado y al ver mi estado me dijo que se lo imaginaba porque la habías dejado por mi culpa cuando te ibas a la universidad. Por supuesto ella pensaba que lo que querías era vivir experiencias, pero se encontró con Steve. ¿Recuerdas a Steve? Era tu mejor amigo en aquella época. Siempre estabais juntos —Kurt se tensó poniéndose de pie. —Veo que ya entiendes por dónde voy.

—Nena, yo...

Julie se echó a reír sin ganas. —Imagínate mi reacción cuando Cristina me comenta que su marido le había dicho que tú no te quedabas los fines de semana en la facultad para controlarme. Yo por supuesto la miré incrédula y ella se echó a reír diciendo que yo era una niña, ¿te lo puedes creer? No, contesté yo. Eso no es cierto. Por supuesto que es cierto, me dijo ella y más aún. —Se levantó lentamente. —Kurt tenía un plan. Terminaría la carrera y después ascendería en su trabajo y cuando tú llegaras a la ciudad después de estudiar, se las arreglaría para tener un encuentro fortuito. Eso sería fácil y como yo estaba enamorada de ti, no sería difícil que cayera en tus brazos. —Rió falsamente. —¿A que es increíble que según ella lo tuvieras todo planeado? Si incluso ya tenías elegida la casa que compraríamos en Greenville, cerca de las casas de nuestros padres. ¡Menuda casualidad que sea la misma casa que tenemos allí!

—Nena...

—Yo le dije que eso era imposible porque no podías ni verme en aquella época y Cristina me dijo que formaba parte del plan, porque si me hacías caso, yo podía desviarme de mi camino y distraerme de mis estudios. Incluso podía dejar de ir a Harvard porque Boston está muy lejos y eso sería una desgracia. Cristina se echó a reír pues le había preguntado a su marido si no tenías miedo de que yo me

enamorara de otro en Harvard y que Steve le contestó que te había preguntado lo mismo y sorprendido le habías dicho “Mi Julie nunca miraría a otro. No digas estupideces”.

Kurt carraspeó.

—Así que has ido al mercado.

—¡Déjate de rollos! —Le señaló con el dedo. —¡Por eso dijiste que había estropeado nuestras vidas! ¿Lo recuerdas? Te retractaste enseguida y lo dejé pasar pensando que te habías equivocado, pero lo decías en serio.

Él se pasó la mano por el cabello poniéndose nervioso.

—Cielo, estás embarazadísima y esto no puede ser bueno. ¡Voy a matar a Steve!

—¡Ja! Cristina no mentía, ¿verdad?

—La dejé porque me iba a la universidad. En eso miente.

Furiosa se tiró sobre él y le golpeó en el pecho echándose a llorar de rabia.

—¡Nena, cálmate!

—¡Eres un cerdo!

—¿Qué quieres que te diga? —La cogió por los brazos inmovilizándola. —¡Escúchame! ¡Es cierto que he visto durante años cómo me observabas desde el otro lado de la calle! ¿Crees que soy estúpido? ¡Se reconocer lo que merece la pena y tú eras mía! Pero eras una cría y yo tenía que estudiar una carrera. ¡Es cierto que pensé en ello mil veces porque cada vez que pasabas delante de mí con aquellos vestiditos cortos y me sonreías, me moría por besarte! ¡Pero te llevo cuatro años! ¡Cuando me fui tenías catorce y cuando volví estabas a punto de irte a la universidad! Me moría de miedo que en ese tiempo conocieras a otro y por eso iba a casa los fines de semana. ¡Cuántas veces se puede cortar el césped en dos días! Sabía que me observabas.

—¡Alimentabas lo que sentía por ti!

—¡Para que no me olvidaras!

Angustiada susurró.

—Tú no me quieres. No me has querido nunca.

Kurt perdió todo el color de la cara.

—No digas eso. Precisamente porque te quería hice lo que hice. ¡Cada vez era más difícil resistirme! Incluso las últimas visitas tuve que espaciarlas durante meses porque ...

—Porque yo empezaba a insinuarme. —Julie palideció. —Por eso te enfadaste conmigo cuando te enteraste de que estaba embarazada. Porque pensabas que no era tuyo y te había traicionado.

—¡Sí! —le gritó a la cara—. ¡Porque sabía que Jason no era mío! ¡Me habías traicionado y frustrado mis planes! —Una lágrima cayó por la mejilla de Julie. —Nena, por favor no llores.

—Entonces decidiste olvidarme, ¿verdad? —Jason se pasó la mano por el cabello volviéndose y ella supo la verdad. —Por eso empezaste a llevar a esas mujeres a casa cuando nos visitabas. Te había defraudado y deshecho tus maravillosos planes, por eso eras tan cruel conmigo e ibas acompañado.

No podía ni mirarla a la cara y Julie cerró los ojos sintiendo que se le estaba rompiendo el corazón. Todo había sido tan perfecto desde que se habían reconciliado. Perfecto en todos los sentidos. No había pasado un mes y ya se habían casado en la recepción que ella siempre había querido. Se habían trasladado a Austin y apenas dos meses después había descubierto que estaba embarazada. Ella se encargaba de la maravillosa casa que le había comprado y estudiaba cuando el niño estaba en el colegio. Todo perfecto y todo era una maldita mentira.

—Nunca he podido olvidarte —susurró él.

—Mientes. Si me hubieras amado te hubiera dado igual que Jason no fuera tuyo. Nunca me has querido. En cuanto te enteraste de que el niño era de tu sangre, te adaptaste a un nuevo plan, por eso tu insistencia en estar conmigo. Cuando creíste que salía con Lewis, sentiste que todo se frustraba de nuevo y por eso me pediste matrimonio. —Se volvió caminando hacia el hall. —Me has manipulado todo el tiempo y nunca me has querido de verdad.

—¡Julie, te juro que no es cierto! —Cogió su bolso y Kurt se asustó. —¿Qué haces? ¿A dónde vas?

—Te dejo. ¿Esto estaba en tus planes? —Abrió la puerta intentando retener el dolor que sentía en la boca del estómago al ver la frustración en sus ojos. —¿Y sabes por qué lo hago? Porque yo sí te he amado. Incluso cuando te dije que no, me mentía a mí misma porque nunca has salido de mi corazón. —Sonrió con tristeza. —¿Sabes lo que agradezco a Lisa más que nada? Que te drogara esa noche porque eso mostró tu verdadera personalidad y me refiero a la que demostraste durante los seis años siguientes. Esta que me muestras es un espejismo.

Salió cerrando la puerta y bajó los escalones subiéndose al taxi que la estaba esperando. Kurt bajó los escalones tras ella llamándola a gritos, pero el taxi se alejó mientras Julie se cubría los oídos con las manos cerrando los ojos con fuerza intentando no llorar. Tenía que elegir entre vivir una mentira o una verdad y prefería la verdad, aunque doliera. Ya era hora de dejar de ocultar los hechos. Ya había habido demasiados secretos a su alrededor para toda su vida.

Capítulo 10

Lisa le dio un zumo sentándose a su lado en el sofá. —Estoy alucinada con lo que me acabas de contar. Cuando te he encontrado aquí sabía que había ocurrido algo, pero... —Julie se quedó en silencio mirando al vacío. —¿El niño dónde está?

—En casa de mis padres. Le he sacado del colegio y he llamado a mi padre para que viniera a buscarle.

—¿Se lo has contado a tus padres?

—No. Sólo les he dicho que necesitaba que vinieran a por el niño porque tenía que hablar con Kurt a solas.

—Mi hermano debe estar de los nervios.

—Sí, sus planes se han frustrado.

Lisa suspiró.

—Todavía no me creo que lo tuviera todo tan calculado. ¡Esperé durante años y cuando te quedaste embarazada, te deshechó! Es ...

—¿Psicótico?

—Se tuvo que quedar de piedra cuando se enteró de que Jason era suyo. —Hizo una mueca. —Lo siento.

—¿Si tú no hubieras hecho aquello, te imaginas como hubiera sido mi vida? Me habría ido a Harvard deseando volver en vacaciones para verle. Y por supuesto hubiera ido a Austin a buscar trabajo.

—Siguiendo sus planes.

—Nos hubiéramos casado y jamás me hubiera enterado de cómo me ha manipulado.

—La verdad es que se lo curró. —Se echó a reír. —Y mi padre diciendo que no había un hijo como él en todo el barrio, porque siempre le cortaba el césped.

—No tiene gracia. No puedo quitarme de la cabeza su actitud al saber mi embarazo.

—Sí, ahí se comportó como un cabrón. ¿Pero sabes lo que me sorprende? Que siguiera yendo continuamente a casa de nuestros padres después de eso. Había decidido desechar sus planes, pero continuaba yendo. ¿No es extraño? —Se miraron a los ojos. —Podía haber elegido a otra, pero siguió yendo durante seis años. No se casó con otra. Siguio yendo a verte a ti.

—Para echármelo en cara.

—Estaba dolido y supongo que cada vez que te veía le dolía de nuevo. Fueron muchos años de planes y desear verte. Me imagino lo que sintió al ver como tu vientre se hinchaba y como acunabas a un hijo que no era suyo...

—¿Encima tengo que sentirme culpable?

—Dios, menudo lío. Si todos hubiéramos sido sinceros desde el principio...

—¡El pasado ya no se puede cambiar! —Frustrada dejó el vaso sin tocar sobre la mesa y se levantó mostrando su avanzado embarazo. Su amiga apretó los labios al ver su vientre.

—¿No lo puedes dejar pasar?

—¿Él dejó pasar que tuviera a Jason? No, ¿verdad?

—Dios mío. Vas a tirar a la borda tu matrimonio, ¿verdad? Os queréis, no entiendo...

—No te das cuenta, Lisa. ¡Él no me quiere! ¡Si me quisiera, le hubiera dado igual mi embarazo sobre todo porque no estaba con el supuesto padre de mi hijo! ¡No tenía derecho a exigirme nada! Si no hubiera sabido que Jason era suyo, jamás me hubiera dado una oportunidad y hubiera seguido torturándome por haber tenido al niño.

—¿Y qué piensas hacer?

—Voy a pedir el divorcio —respondió con lágrimas en los ojos.

Su amiga se llevó la mano al pecho impresionada.

—Piénsalo bien, por favor. Piénsatelo unos días antes de destruir la vida de los tres. De los cuatro.

Se echó a llorar pensando en su hijo que ahora estaba tan unido a su padre. No podía hacerle aquello. Le habían cambiado de colegio y habían alterado su vida trasladándose a Austin. Cómo le iba a cambiar de nuevo a Greenville. Eso era cruel. No entendería lo que ocurría entre sus padres. Estaba tan contento por vivir todos juntos, que ni había protestado por el traslado ni por dejar a sus abuelos.

—Eres como mi hermana y te quiero tanto como a Kurt. Sé que te ha hecho daño muchas veces y esto es demasiado, pero piensa bien lo que vas a hacer, por favor. Deberías hablar con tu marido tranquilamente.

Llamaron a la puerta y su hermana fue a ver quién era mirando por la mirilla. Se volvió hacia ella. —Es Kurt —vocalizó.

Negó con la cabeza, pero su amiga abrió la puerta. Enfadada se encontró con sus ojos y vio que parecía arrepentido y preocupado. No soportó mirarle y se volvió hacia la ventana dándole la espalda.

—Lisa, sé que es un abuso, ¿pero podrías dejarnos solos? —preguntó él sin quitarle la vista de encima.

—Claro —respondió incómoda cogiendo su bolso de la entrada—. Si me necesitáis me llevo el móvil.

Julie escuchó como se cerraba la puerta y los pasos de Kurt hacia ella.

—¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees? ¡Me has colocado en una situación muy difícil, porque ahora no puedo hacerle daño a Jason separándolo de ti! Pero te juro que si pudiera, en este momento me iba directamente al abogado.

—No digas eso, Julie. Nunca nada podrá separarnos después de todo lo que ha pasado.

Apretó los labios sintiéndose impotente. Quería gritar de rabia y de dolor. Se sentía traicionada.

—¿Sabes la primera vez que supe que me gustabas? —Se tensó al sentirle tras ella. —Estabas con Lisa en su habitación y hablabais del futuro. De lo que querías en tu vida. Dijiste que querías ir a Harvard y estudiar psicología. Que te casarías conmigo y que seríamos muy felices juntos. —A Julie se le cortó el aliento recordando ese día. Estaban sentadas en la cama y reían comiendo palomitas. —El plan no era mío, nena. Tú lo planeaste y yo simplemente intenté asegurarme de que se hacía realidad. Aquella Navidad te rechacé y te puedo asegurar que me costó muchísimo. Asustado por si metía la pata, me alejé unos meses. Estaba tan preocupado por volver a verte, que ni pasé por tu casa a saludar. Te vi llegar aquella noche, me quedé despierto para asegurarme de que llegabas bien a casa y contesté la llamada que le hiciste a Lisa a la mañana siguiente. —Se volvió sorprendida para ver que estaba muy tenso y preocupado. —Me moría por escuchar tu voz y contesté el teléfono que estaba en su bolso tirado en las escaleras. Imagínate mi sorpresa cuando escuché lo que dijiste y tu disgusto porque se había burlado de ti por ser virgen. Me preocupé y hablé con Lisa. Debo reconocer que le eché la bronca provocando lo que ocurrió después, porque le dije que era una drogata irresponsable.

—¿Qué?

—Se quería vengar de mí, cielo. Estaba enfadada conmigo y provocó todo lo demás. Cuando me levanté a la mañana siguiente me di cuenta que había ocurrido algo, pero nunca se me pasó por la cabeza que había sido contigo, porque Lisa me dijo que te habías ido temprano. Cuando pasaste por casa para despedirte y desearme suerte en el trabajo, me di cuenta que parecías avergonzada pero no lo relacioné. Pensaba que estabas disgustada porque no te había hecho caso la noche anterior o me habías visto con otra. Imagínate mi sorpresa cuando al volver dos fines de semana después y me di cuenta que no me mirabas. Me empecé a imaginar mil cosas ...

—Como que salía con otro.

Él forzó una sonrisa.

—Sí. Parecía que te ibas cada vez que yo llegaba y si estábamos en la misma estancia porque no tenías más remedio, no me mirabas buscando cualquier excusa para irte.

—Lo que me dijiste...

—Ahora lo sé Julie, pero en aquel momento no tenía ni idea de lo que ocurría. —Intentó cogerle la mano, pero ella dio un paso atrás. Kurt suspiró quitándose la chaqueta del traje. —¿Puedes ponerte en mi lugar cuando me enteré de que estabas embarazada? ¿Por qué crees que insistía tanto en el tema después de que dejaras caer la bomba?

—¡Querías que abortara!

—¡Quería que no alteraras tu vida! ¡Acababas de cumplir dieciocho años, por Dios! ¡Ibas a ir a Harvard! Me puso de los nervios que fueras tan irracional.

—¿Si hubieras sabido que era tuyo, hubieras pensando lo mismo?

—Él se tensó. —Me lo imaginaba.

—¡Perdona, pero creo que es lógico! Estamos hablando de nuestro hijo.

—En ese momento era el hijo de otro, ¿no?

—¡Te puedo asegurar que si hubiera dejado embarazada a una chica de diecisiete años con la que no tengo una relación y a la que no quiero, le hubiera aconsejado lo mismo! ¡Sobre todo con un futuro tan brillante por delante como el tuyo! ¡Y estaba claro que el supuesto padre del niño no te quería, porque no estaba a tu lado para apoyarte!

Podía entenderle hasta ahí, pero ahora venía lo difícil. A ver cómo intentaba arreglarlo ahora. Se cruzó de brazos.

—Muy bien. Te quedan seis años por justificar.

—¡Me rompiste el corazón! —le gritó a la cara haciéndola palidecer—. ¡Allí estaba yo, un hombre enamorado de una inconsciente embarazada de otro, que cada vez que me veía salía corriendo! ¿Qué querías que hiciera? ¡Sólo me quedaba el orgullo y por eso llevaba a mis novias a casa para pasártelas por las narices!

¡Era frustrante ver cómo era tu vida comparándola con la que podías haber tenido conmigo! —Una lágrima cayó por su mejilla y él suspiró abrazándola con fuerza. —No llores. Por favor, no llores. Sabía que todavía me querías, pero cada vez que veía a Jason sabía que no podría perdonártelo. Sé que mi reacción al decirme la verdad sobre el niño te dolió, porque se me pasaron por la cabeza todas las cosas que te había dicho a lo largo de los años y me asqueé de mí mismo. Casi me da un infarto cuando te vi inconsciente en la calzada. Intenté verte en el hospital porque quería solucionarlo cuanto antes, pero tú me odiabas. Durante dos meses intenté suavizar nuestra relación, pero no respondías y cuando llegó Lewis me asusté pensando que te había perdido para siempre. Cuando tu madre nos contó que ese sinvergüenza estaba casado, me sentí el hombre más afortunado del mundo porque tenía otra oportunidad de solucionarlo todo.

—¿Mi madre? —Se apartó para mirarle a los ojos y él sonrió limpiándole las lágrimas con los pulgares.

—No soportaba más nuestra situación. Lo siento. Siento haber sido un gilipollas durante todo ese tiempo, pero después de este año juntos sé que al final hubiera dado el paso, porque no puedo vivir sin ti mi amor. Llevas tantos años en mis pensamientos y aunque no estuvieras a mi lado, te buscaría porque no podría evitarlo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Con tantas cosas que habían ocurrido, no podía decirte algo así.

Abrazó a su marido pegando la mejilla en su camisa y susurró.

—Te quiero.

—Cielo...

—¿Sí?

—Creo que has roto aguas.

—Sí —respondió sin soltarle necesitando sentirle porque había pasado un miedo horrible pensando que no la quería y que todo había sido mentira.

—Que te pongas de parto era lo que necesitaba para que me diera un infarto.

Se echó a reír apartándose y dándole un beso en los labios.

—Espera a que lleguemos al hospital.

Le acarició la mejilla. —Dios, eres preciosa y tengo una suerte enorme de tenerte. —Ella se quedó en silencio y su marido entrecerró los ojos. —¿Nena?

—¿Sí?

—¿No tienes nada que decir?

—Claro. ¿Tienes el coche abajo?

—¡Julie, no tiene gracia!

Se echó a reír.

—Eres precioso y tengo una suerte enorme.

—Muy graciosa.

Sus ojos demostraron todo lo que le amaba.

—Este año contigo ha sido el mejor de mi vida y quiero cincuenta más.

—Pues empecemos, nena.

Epílogo

—Jason, ¿qué haces? —preguntó su padre viendo como su hijo le susurraba algo a la niña que apenas tenía seis meses y sentada en su sillita se notaba que no entendía nada.

—Le estoy diciendo que tú eres su papá.

Kurt apretó los labios acercándose a su hijo mientras toda la familia en la barbacoa de los domingos se quedaba en silencio. Julie se acercó preocupada.

—Lissi, ya lo sabe cielo. Sabe quién es papá y mamá.

—Como yo no lo sabía, quería que ella lo supiera ya. Así no se perderá nada.

A Julie se le retorció el corazón y Kurt cogió a su hijo en brazos.

—No se perderá nada. Siento no haber sido tu papá cinco años.

Jason sonrió abrazando su cuello.

—Te quiero.

Kurt se emocionó mirando a su esposa, que reprimiendo las lágrimas le acarició la espalda a su hijo.

—Lo sé. Y yo también te quiero a ti.

—Nos quieres a todos.

—Sí, a todos. —Se miraron a los ojos.

—¿Y a la tía Lisa también la quieres?

Kurt sonrió.

—Mucho. A las hermanas hay que quererlas mucho.

—¿Y a los abuelos?

—A todos. Les quiero a todos, pero a ti más.

Julie sonrió.

—¿Y al bebé de la tía que todavía no ha salido?

Todos se volvieron hacia Lisa que hizo una mueca levantándose del banco de madera donde estaba sentada relajadamente.

—Uff, qué tarde es. Creo que tengo que volver a Austin.

—¡Alto ahí! —gritó Mary Rose—. ¿Es que ningún hijo mío va a hacer las cosas como Dios manda?

—Este niño... No deberías escuchar conversaciones ajenas. ¡Y tú ya podías tener más cuidado! —dijo mirando a Julie enfadada.

Kurt miró atónito a su mujer.

—¿Lo sabías?

—Pues...

—Ya estamos otra vez —dijo Charles divertido.

Albert carraspeó.

—Hija, el padre...

—¿Por qué no cambiamos de tema? —La miraron como si fuera tonta. —¿No cuela? ¡A ella se lo permitisteis!

—¡Lisa, suéltalo de una vez! —exigió Kurt dejando al niño en el suelo.

—Tenéis que dejarme a mi ritmo, ¿vale?

—¡No! —le respondieron todos a la vez.

—Son cosas que pasan...

—Ahí madre, que está casado —dijo su madre llevándose la mano al pecho.

—¡No está casado! —Se sonrojó intensamente al ver que no la creían. —Está divorciado. En proceso de divorcio.

—¡Está casado! —exclamó su hermano pasándose la mano por el cabello muy nervioso—. ¿Qué ha dicho sobre el bebé?

Julie gimió al verla desviar la mirada y su marido se volvió hacia ella.

—¿Qué ha dicho?

—Julie, ni se te ocurra.

—A mí no me metáis. ¡Es cosa de Lisa!

—Gracias, amiga. Tú sí que me entiendes.

Kurt entrecerró los ojos.

—Se pasa aquí casi todos los fines de semana. ¡Tiene que ser alguien del trabajo!

—¡Deja de especular! —exigió su hermana.

—Steve seguro que le conoce, porque trabaja en la misma empresa.

—¿No será de Steve? —gritó su padre escandalizado—. ¿No se estaba separando de Cristina?

Todos miraron a Lisa atónitos y esta abrió los ojos como platos.
—¡Claro que no, Steve está enamorado de Cristina y sólo es una crisis! ¡Es de mi jefe! —La miraron con la boca abierta y ella gimió.
—Soy una bocazas.

—Sí —dijo Julie divertida cogiendo a la niña en brazos—. Suerte, amiga.

—Gracias.

—¡De tu jefe! —gritó su hermano fuera de sí—. ¡Te has liado con tu jefe!

Levantó la barbilla orgullosa.

—Pues sí.

—Cielo, ¿pero tu jefe no es ese que sale en las revistas y que es tan guapo y rico y ...?

—Ese mismo. Por eso no le he dicho nada. —Le guiñó un ojo a su hermano. —La fiesta de su cumpleaños fue algo loca y ...

—¡No me des los detalles! —Entonces entendió. —Ay madre, que no se acuerda.

—¡No le eché nada! ¡Lo juro! Bebió de más.

—Pero si tú ya no bebes —dijo Jessica divertida.

—No podía desaprovechar la oportunidad —dijo riéndose—. Es tan guapo que...

—¡Lisa!

—No eres el más indicado para echarme la bronca, ¿no crees?

—¡Yo quería a Julie!

Julie se sonrojó encantada y le abrazó por la cintura.

—Y ella quiere a Spencer. Por eso no se pudo resistir. Como me pasó a mí.

La miró a los ojos y la besó apasionadamente en los labios antes de apartarla señalando a su hermana.

—Se lo dirás esta semana.

—Déjame a mí, ¿quieres? Ahora no es el momento de decir nada. En cuanto encuentre la ocasión, se lo suelto.

—¡Se lo sueltas! ¡No es un paquete!

—Hija, no esperes seis años —dijo su padre exasperado.

—Lo intentaré.

—Ya se ha dormido —dijo Kurt entrando en la habitación y deteniéndose en seco al ver a su mujer desnuda de costado esperándole. Sonrió quitándose la camiseta—. Veo que tienes calor.

—Mucho. Y cada vez más. —Cuando llegó hasta ella, Julie alargó la mano para acariciar su abdomen hasta la cinturilla de los vaqueros. —Me volvía loca verte cortar el césped sin camiseta.

Kurt se echó a reír. —Lo sé. Pegabas esa naricilla a la ventana. — Se le cortó el aliento cuando los labios de su mujer besaron su ombligo antes de rodearlo con la lengua mientras abría los botones de sus vaqueros dejándolos caer al suelo. Se estremeció cuando acarició su miembro con la mano y la cogió por la nuca agachándose para besarla con deseo. Julie acarició sus costados atrayéndole a ella tumbándose en la cama y cuando se hizo un hueco entre sus piernas le recibió deseando sentirle en su interior. Kurt separó sus labios para mirarla a los ojos y entró en ella lentamente provocándole un placer exquisito. —Nunca creí que se pudiera querer tanto a alguien como te quiero a ti.

—Hazme feliz.

Él salió de ella entrando con fuerza y Julie arqueó el cuello sintiéndose completa mientras el placer la recorría de arriba abajo. Kurt repitió el movimiento una y otra vez hasta que Julie sintió que se rompía, pero la dejó al borde alargando su necesidad sin acelerar

el ritmo. Gritó de necesidad y Kurt la besó cogiéndola por la nuca dándole lo que necesitaba hasta que su cuerpo explotó de éxtasis.

Kurt la abrazó a él y Julie acarició su pecho.

—¿Estás preocupado por Lisa?

—Sí. Sólo espero que tenga tanta suerte como nosotros.

—Va a necesitar ayuda cuando tenga al bebé.

—La ayudaremos si él no se hace cargo. Para eso está la familia.

—La que voy a necesitar ayuda soy yo. —Le miró a los ojos sonriendo.

—Sí, en cuanto termines la carrera necesitaremos a alguien en casa.

—No. Siento estropear tus planes, pero no podrá ser. La necesitaré dentro de un par de meses.

—¿Tienes alguna práctica o ... —Julie levantó una ceja. —¿Otra vez?

—Lo de tomar la píldora no es lo mío. Se me olvida la mitad de las veces.

—¡Cada vez que te toco, te que quedas preñada!

—Creo que me has tocado más de tres veces.

—Nena, a este paso vamos a tener diez.

—¿Una familia grande no era lo que tenías pensado?

—No sé. Dímelo tú. Todo esto fue idea tuya, ¿recuerdas?

—Si son tan maravillosos como los que tenemos, quiero cinco.

Él se echó a reír.

—Ya veremos. Eso lo dejaremos en el aire de momento. Vamos a improvisar.

—Te quiero.

Le acarició el cabello mirándola con amor.

—Y yo a ti, cielo. Para siempre.

FIN, pero... pasa la página

Capítulo 1

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó su terapeuta dejando la taza de café sobre la mesa ante ella como de costumbre.

—Estoy embarazada. —Casi se echa a reír al ver como la doctora MacAllister se levantaba y volvía a coger la taza para llevarla hasta la cafetera.

—Menuda sorpresa, ¿no? ¿Ya has ido al médico? —preguntó mostrándole una botella de agua que acababa de sacar de la nevera.

—Sí, estoy de ocho semanas.

—Vaya. —Se sentó de nuevo apoyando los talones sobre la mesa de centro relajadamente. Era la psicóloga más enrollada de la ciudad y su pinta hippy disimulaba los sesenta años que tenía. —Al parecer esa noche loca con tu jefe ha tenido consecuencias.

—Sólo una, pero va a crecer un montón. —Sonrió como siempre y la doctora la miró a sus ojos azules reprendiéndola con la mirada.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? Sigues haciéndolo.

—No sé a qué te refieres.

—Sigues disimulando tus sentimientos tras esa sonrisa. Como si todo te diera igual y ambas sabemos que no es así. ¡Tienes que sacar lo que sientes, Lisa! ¡Lo hemos hablado mil veces!

Suspiró desviando la mirada.

—¿Se lo has dicho a tu familia? ¿Al padre del niño? ¿Se lo has dicho a alguien?

—¿Aparte de usted? Mi sobrino se ha chivado este domingo y ahora mi familia no deja de enviarme mensajes. —En ese momento sonó un pitido en su teléfono. —¿Ve?

—¿Te molesta que se preocupen por ti?

—Mi hermano está algo nervioso. Su mujer también está embarazada, debería preocuparse por eso en lugar de darme la brasa. —Su teléfono empezó a pintar de nuevo y levantó las cejas haciéndola reír.

—¿Sabe que es de tu jefe?

—Sí —gruñó cruzándose de brazos.

—No te bloquee.

Lisa descruzó los brazos y para tener algo en las manos cogió la botella de agua.

—¿Dime qué sentiste al decírselo a tus padres?

—Me dio vergüenza —susurró mirando la botella.

—¿Por qué? Eres una mujer adulta e independiente. ¿Por qué te dio vergüenza?

—Porque sé que les he defraudado de nuevo. Mi madre lo primero que dijo fue “¿Es que ninguno de mis hijos va a hacer las cosas como Dios manda?”.

—¿Cómo te sentiste en ese momento?

—Me sentí mal.

—Pero disimulaste.

—Intenté tomármelo a risa y no darle importancia. Disimulé intentando evitar hablar del tema.

—¿Se lo tomaron mal?

—Que sea de mi jefe no les gustó demasiado. Insisten en que se lo diga.

—¿Y no piensas hacerlo? —Se mordió el labio inferior mirando la botella. —¿Qué ocurre, Lisa?

—Se va a enfurecer cuando se entere. No se acuerda de que nos acostamos y si se acuerda no ha insinuado nada.

—Estás enamorada de él.

—¡Claro que no! —dijo asombrada—. Fue algo que pasó...

—Él estaba borracho, pero tú estabas bien. Tú hiciste el amor y él folló contigo.

—No hace falta ser tan gráfica.

—No hemos hablado de cómo te sentiste en ese momento. No tenías relaciones desde...

—El instituto —dijo entre dientes molesta.

—¿Perdona?

—Es que lo que le ocurrió a Julie ...

—Te sentías culpable por lo que hiciste. ¿Por qué nunca has tenido otra relación?

Se sonrojó con fuerza y su psicóloga entrecerró los ojos.

—Pues cada vez que lo hice estaba borracha.

—Así que cuando dejaste de beber, dejaste de hacerlo. ¿Cuál crees que es la razón?

—Me sentía culpable.

—Por Julie.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Soy horrible. Lo que les hice no se puede describir con palabras. Hubieran sido muy felices y destrocé la vida de mi amiga y de mi hermano.

—Ya hemos hablado de eso y ambos saben que estás arrepentida. No les gustaría que te torturas tanto. Son felices ahora. Son muy felices y van a tener su tercer hijo. Creo que deberías hablar de esto con ellos.

—Ya lo hemos hablado y Julie no me lo toma en cuenta. Dice que ella fue la responsable de lo que ocurrió esa noche. Que yo solo relajé a Kurt para que se dejara llevar. —Sonrió sin poder evitarlo. —Y que si no fuera por mí, Jason no estaría con nosotros y es un niño estupendo.

—¿Cuándo tuvisteis esa conversación exactamente?

—Hace unos tres meses.

—¿Tu hermano estaba presente?

—Sí.

—No me dijiste nada. —Como no decía nada continuó —¿Y qué dijo él?

—Él no lo ve de esa manera, aunque me lo ha perdonado.

—Le quitaste su voluntad. Es normal que esté más enfadado.

—La amaba y estuvo furioso con ella durante años porque pensaba que el niño no era suyo. Es normal que me odie.

—No te odia.

—No. Pero debería. Deberían odiarme todos por joder sus vidas.

—Lo dices como si no merecieras que te quieran y te perdonen. Cometiste un error. Todos ocultaron verdades y por eso ocurrió lo que ocurrió.

Sonrió con tristeza.

—Cometí más de un error.

—No fuiste la única. —Suspiró viendo como apretaba las manos.

—Así que cada vez que se te acercaba alguien le rechazabas.

—Lo intenté varias veces, pero al final le mandaba a la mierda. — Chasqueó la lengua molesta de hablar de ese asunto.

—Normalmente la universidad es para experimentar.

—Yo ya había experimentado demasiado.

—Entiendo. Metiste la pata y no te permitías la posibilidad de hacerlo otra vez.

—Pues mire. Para una vez que me suelto, hala, bombo a la vista. Soy un desastre.

—Te echas la culpa de nuevo. ¿Por eso no le dices nada a tu jefe?

—¡Porque tuve la culpa! ¡Él estaba borracho! Mierda, me siento como si me hubiera aprovechado de él. Ya verás cuando se entere. ¡Va a arder la empresa con la mala leche que tiene!

—Me habías comentado que se estaba divorciando.

—Sí, la bruja de su ex siempre está dando por saco. Siempre le llama para ponerle de mal humor. Es una arpía de primera.

—¿Sabes la razón de su divorcio?

—¿Aparte de que no hay quien la soporte?

—Sí, aparte de eso —dijo divertida.

—Se rumorea por la empresa que ella le fue infiel con su mejor amigo para fastidiarle porque él no quería tener hijos —dijo levantando las cejas. Su psicóloga hizo una mueca—. Exacto. Se va a llevar la sorpresa de su vida. —De repente Lisa se echó a reír. —Es que es absurdo. No debería decirle nada.

—Sabes que los secretos siempre salen a la luz. Deberías decírselo cuanto antes.

—Cuando se entere la arpía, pone una bomba en su coche. —Se echó a reír más fuerte y su psicóloga sonrió hasta que se calmó.

—¿Por qué no lloras? —Esa frase le quitó la sonrisa de golpe. —Te lo tomas a risa, pero sé que estás preocupada y disgustada. No lo has hecho a propósito. Simplemente te dejaste llevar en una situación que no te esperabas.

—¿Cómo me lo iba a esperar, si ni me ha mirado en un año que llevo trabajando para él?

—¿Te habías insinuado antes? De alguna manera...

Se sonrojó negando con la cabeza.

—No. Cuando empecé a trabajar con él todavía estaba casado. Seis meses después empezó con el divorcio y...

—Parece que te intimida.

—¡No me intimida! Pero deberías verle.

—Es muy atractivo. Lo he visto en las revistas.

—¡Es millonario! ¡Tiene la empresa tecnológica más grande de Texas! ¡Su mujer es una niña rica que conocía desde la infancia! ¿Y qué soy yo? Una ex drogadicta que incluso hizo daño a las personas que más quería.

—No eres ex drogadicta. Tomaste drogas en el pasado, pero no llegaste a depender de ellas, que es muy distinto. Si hubieras continuado con ese estilo de vida, no dudo que hubieras caído en ellas, pero te detuviste a tiempo. Eres demasiado dura contigo misma.

—¡Si incluso robé a mi familia! ¡A la familia de Julie! Sé que ella sabe que fui yo, pero nunca me lo ha echado en cara.

Se miraron a los ojos.

—Debes dejar de compararte con ella. De compararte con nadie. Tú eres como eres. Y todos los humanos cometemos errores.

—Sí, pues el error que acabo de cometer me va a llevar más de un disgusto.

—¿Qué temes? ¿Qué ocurrirá cuando se lo digas?

—¿Cuándo se lo diga al gran Spencer Cronwell? —Pensó en ello seriamente. —No me creerá al principio. Cree que soy muy chistosa y se lo tomará a risa.

—¿Y cuándo se dé cuenta que lo dices en serio?

—No me creerá porque no se acuerda. Pedirá una prueba de paternidad porque pensará que quiero sacarle el dinero.

—¿Por qué iba a pensar eso?

—Porque ya le ocurrió cuando estaba en la universidad. Una chica con la que salió le vino con el cuento de que estaba embarazada. Cuando se hicieron las pruebas dieron negativo.

—Vaya.

—Es rico. Esas cosas pasan.

—¿Esa historia te la contó él?

—Sí, un día estábamos en una reunión de negocios. Más bien era una comida de negocios en el despacho y uno de sus socios dijo que había visto a la chica en cuestión con un millonario del brazo. Spencer se cabreó muchísimo llamándola aprovechada y explicó la historia.

—Supongo que esa mujer ya no se colgó más de ese millonario.

—Salió por patas.

—Así que es vengativo.

—¡Es que la chica se pasó tres pueblos!

—¿Le defiendes?

—¡Por supuesto! ¡Hasta yo le hubiera dicho algo a ese pobre hombre, si le hubiera conocido! Me parece rastrero usar algo así para cazar a un hombre.

—¿Qué harías si te pidiera una prueba de paternidad?

Lisa pensó en ello y susurró después de unos segundos.

—Creo que me dolería que pensara que soy como esa mujer, pero le entiendo.

—¿Cuándo vas a decírselo?

—Tengo que estar preparada y no lo estoy todavía.

—¿Te encuentras bien? Físicamente, quiero decir.

—Me mareo algunas veces, pero estoy bien. Se me pasa enseguida. Tengo una amiga que se desmayó en la Iglesia y se golpeó con el banco de enfrente rompiéndose la nariz. Espero que no me pase algo por el estilo.

—¿Estás asustada? Vives sola y puede ser abrumador todo lo que sientes.

—Sí —dijo sinceramente—. Pero no me asusta mi salud, me asusta lo que pasará después. ¿Y si no soy buena madre?

Su psicóloga sonrió.

—Serás una madre estupenda. Además, tienes a tu familia. Puede que vivas sola, pero jamás estarás sola. ¿Entiendes?

—Sí.

—Te aconsejo que se lo digas a Spencer cuanto antes. Hazle caso a tu familia. Y sé lo mas sincera que puedas con tus sentimientos. Sé que me has dicho que no le amas, pero me has mentado a la cara descaradamente. —Se echó a reír al ver que se sonrojaba. —Ahora vete a casa y cena. Pareces más delgada.

—Es que de los nervios se me ha quitado el hambre. Siempre me ocurre.

—Debes cuidarte. —Se levantó y la acompañó hasta la puerta.

—¿Pido cita para la semana que viene?

—No.

Se detuvo en seco.

—¿Cómo que no?

—A esto te vas a enfrentar sola. Sin muletas. Tú tomarás las decisiones y tú tendrás que lidiar con tus sentimientos. Ya te he aconsejado que vayas por la verdad por delante enfrentándote a los hechos. Quiero verte dentro de seis meses. No antes.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Yo pago por verla. ¡No es una amiga que me pueda decir paso de ti! ¡Si quiero venir, tiene que atenderme!

La mujer se echó a reír en su cara.

—Adiós, Lisa. Hasta dentro de seis meses.

Gruñó saliendo de la consulta y al pasar ante la secretaria dijo.

—¡No pienso pagar esta consulta! ¡Me ha dejado tirada cuando más la necesito!

La risa de su terapeuta la hizo gruñir de nuevo empujando la puerta de cristal para salir al pasillo. Sobre sus tacones de quince centímetros recorrió el pasillo de mármol y un hombre que estaba esperando el ascensor se la quedó mirando. Su vestido azul sin mangas mostraba su maravillosa figura y como había salido de trabajar hacía una hora, se había soltado el cabello mostrando su precioso cabello rubio. El tipo la miró de arriba abajo, pero como de costumbre ella ni se dio cuenta pulsando el botón del ascensor impaciente.

—Vamos...

—¿Tienes prisa, guapa?

Lisa le miró de reojo y levantó una ceja.

—Pues sí.

—Y yo que pensaba invitarte a una copa.

—Pues deja de pensarlo. —Miró su reloj. La siete. Y todavía tenía que pasar por el despacho para hacer unas llamadas. Mierda de agenda. Mira que olvidársela sobre la mesa.

El tipo entró tras ella y pulsó el bajo. Apoyando la cadera en la pared sacó su móvil de su bolso para ver todos los mensajes de su familia. Sonrió al ver un mensaje de Julie diciéndole que la apoyaba en todo.

—¿Buenas noticias?

—Eres un poco cotilla, ¿no crees? ¿Te pregunto yo a ti algo?

Sonrojado vio como salía del ascensor y balbuceaba.

—Perdona, no quería molestar.

Se volvió con el móvil en la mano y le miró a los ojos.

—¿Qué quieres? ¿Una cita?

—Pues sí.

—No puede ser. Lo siento. Pero gracias —dijo intentando no parecer una borde. Pero sinceridad ante todo. A partir de ahora iba a ser cien por cien sincera. Se volvió para irse y él la siguió hasta la puerta.

—¿Estás casada?

Vaya, parece que intentar ser agradable, daba pie a que se animara.

—No estoy casada, pero no quiero salir con nadie. Además, no te conozco.

Él sacó su tarjeta del interior de la chaqueta.

—Thomas Mathews a tu servicio, a tus pies y todo lo que tú quieras.

Sorprendida se detuvo. Era mono. Tenía el cabello rubio y unos bonitos ojos castaños. Vestía muy bien con un traje de firma. Cogió su tarjeta y vio que era abogado. Sonrió sin poder evitarlo.

—¿Eres abogado?

—¿Necesitas uno?

—No, tengo uno muy bueno en la familia, ¿sabes? Kurt Edwards, ¿le conoces?

—Sí —dijo a regañadientes—. Alguna vez nos hemos visto en la sala del juzgado.

—Y te ha dado una paliza.

—Sí.

—Ese es mi hermano.

Thomas sonrió.

—Está claro que somos el uno para el otro. ¿Cómo te llamas?

—No somos el uno para el otro. —Le metió la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta y le dio dos palmaditas. —Adiós Thomas.

—¡Vamos... no puedes dejarme con la intriga! —Salió al exterior tras ella, que se acercó a la acera buscando el taxi. —Al menos dime tu nombre.

—¿Y para que quieres saberlo? No te va a servir de nada.

—¿Y eso por qué?

—Porque estoy embarazada de alguien a quien quiero.

Él se detuvo en seco viéndola entrar en el taxi y Lisa se despidió con la mano satisfecha porque era cierto que ser sincera funcionaba. Normalmente se hubiera librado de él soltándole cuatro frescas, pero siendo sincera se había librado de él tranquilamente. Sin estrés. Sonrió encantada. Puede que su conversación con Spencer no fuera tan difícil como había pensado.

Capítulo 2

Al día siguiente era viernes y después de comer con Julie y con su pequeña sobrina se dio cuenta que retrasar decírselo a Spencer era una tontería. Cuanto antes mejor, pues más adelante puede que el disgusto afectara a su embarazo y por ahí no pasaba.

Llegó a la oficina guiñándole un ojo a Madeleine, la secretaria de Spencer.

—No tiene reuniones esta tarde, ¿verdad? Se va temprano.

—Ya sabes que sí. Nunca se te escapa nada —dijo divertida apoyando la espalda en el respaldo de su sillón y bajándose las gafas. Tenía cincuenta años, pero aparentaba cuarenta y al ver la bolsa de papel gimió —¿Eso es un bollo de crema?

—Es para el jefe.

—Apártalo de mí que he engordado un kilo. ¡Sólo su olor me engorda!

—¿Siempre te cuidas tanto?

—¿Cómo te imaginas que tengo este aspecto? ¡Nada de hidratos!

—Madre mía, yo no podría vivir sin ellos —dijo yendo hacia la puerta.

—Espera cumplir los treinta. Ya verás cómo te crece el panderero.

Riendo entró en el despacho y Spencer levantó una de sus cejas castañas al ver lo que llevaba en la mano. En cuanto se lo dejó sobre el escritorio, cogió la bolsa y la abrió para ver lo que había dentro. Él sí que no se cuidaba. Y no lo necesitaba, la verdad. Le

volvían loco los dulces, pero todo lo quemaba en el gimnasio de su lujosa casa todas las mañanas, con uno de los entrenadores físicos más duros de la ciudad.

Lisa se sentó ante su mesa observándole. No le extrañaba que las revistas se volvieran locas por él. Su pelo castaño oscuro siempre estaba impecablemente peinado con la raya a un lado y tenía el típico rostro masculino que volvía loca a una mujer. Nunca le había visto desnudo, pero le había tocado encima de la ropa y estaba duro. Suspiró distraída pensando en sus brazos cuando la sujetaban contra la pared del despacho de su casa entrando en ella con fuerza una y otra vez hasta que...

—¿Lisa?

Se sobresaltó al oír su voz.

—¿Sí?

—¿Qué quieres?

—Ah... —Se levantó de golpe al ver que sacaba el bollo de la bolsa y le daba un mordisco. —¿Por qué crees que quiero algo?

—Porque siempre que quieres un día libre, me traes un bollo.

Se quedó mirando la crema que se le había quedado en la comisura de la boca. Madre mía pensó cuando la punta de su lengua pasó por ella haciéndola desaparecer. Últimamente no hacía más que pensar en el sexo. En el sexo con él. Carraspeó forzando una sonrisa y mirando sus ojos azules. ¡No, a los ojos no! Tomó aire pensando en el bebé, pero no se lo podía decir a bocajarro. Mejor daba un rodeo.

—¿Recuerdas el día de tu cumpleaños? —preguntó lentamente.

—¿La fiesta? ¿Te refieres a eso?

—Sí. —Se echó a reír. —Fue una locura.

—Sí, se descontroló un poco. —Mordió de nuevo el bollo mirándola fijamente. —Ya sé lo que vas a decirme.

—¿De verdad? —preguntó esperanzada.

—Se cargaron la alfombra del salón con la espuma de afeitar de aquel juego. ¿La señora Simmons también se te ha quejado a ti?

—No, no es eso —dijo molesta dejando caer los hombros.

—Lisa, ¿qué ocurre?

—Bebiste un poco —dijo suavemente.

—Me pillé un pedo que ni en mis años de universidad. —Se echó a reír. —Menos mal que estaba en casa porque sino no quiero ni imaginar donde habría acabado. Me desperté en el suelo de la cocina y no fui el único. Había al menos siete en casa y dos de ellos estaban en mi cama. —Lisa se cruzó de brazos. —¿Vas a echarme la bronca? ¡Estaba celebrando que estaba separado! Me merecía una juerga, ¿no crees?

—Claro que sí —dijo sinceramente porque había sido testigo de lo mal que lo había pasado—. Yo no bebí.

—¿De veras? Recuerdo verte con una copa en la mano. De champán creo.

—Sí, para el brindis. Pero no bebo —dijo nerviosa apretándose las manos.

—Es cierto. Nunca pides alcohol en las comidas, pero pensaba que lo hacías porque estabas trabajando.

—No bebo, pero eso no es importante. Bueno sí, pero...

—Lisa, ¿qué pasa? Tengo que irme en... —Miró su carísimo reloj. —Veinte minutos.

—Pues si haces memoria, me pediste que fuéramos a tu despacho un momento. —Le miró atentamente. —¿Lo recuerdas?

—¿En medio de la fiesta?

Mierda, tampoco lo recordaba.

—Pues sí, en medio de la fiesta. Exactamente a la una. Me dijiste que querías decirme algo y me llevaste al despacho.

Él frunció el ceño y dejó el bollo sobre la bolsa captando toda su atención.

—¿No me digas?

—Sí.

—¿Y qué te dije?

Ella hizo una mueca.

—Exactamente no me dijiste mucho. Más bien hiciste.

—¿Perdón?

A ver cómo se lo explicaba. —Me dijiste... —dijo con voz ronca—, quítate las bragas y siéntate sobre el escritorio. —Forzó una sonrisa. —¿Vas recordando?

Él carraspeó levantándose mostrando su uno noventa de estatura. —¿Me estás diciendo que quería acostarme contigo? —dijo con voz suave. Aquello no iba bien. Le conocía lo suficiente para saber que se estaba cabreando.

—No. —Spencer sonrió aliviado. —Te estoy diciendo que follamos como locos en tu despacho. Varias veces.

Él dejó caer la mandíbula hasta el pecho. Estaba atónito y claramente no sabía qué decir.

—Pero no te preocupes por eso —dijo rápidamente—. Es agua pasada. —Rió incómoda mirando a su alrededor. —Por cierto, estuvo... muy bien. Sí... estuvo... —Al ver que la miraba fríamente se enderezó. —¡Pero no quiero repetir!

—¿Ah no?

—Bueno, no quiero repetir... —Sinceridad, sinceridad. —Sí que quiero, pero no es lo que venía a decirte.

Se cruzó de brazos.

—¿Y qué venías a decirme?

—¡Vas a ser papá!

Spencer perdió todo el color de la cara y ella se acercó. —¿Por qué no te sientas? ¿No quieres el resto de bollo? —Le empujó ligeramente sentándole en su sillón mientras la miraba como si no la conociera. —Me lo comeré yo —dijo muy nerviosa cogiéndolo y metiéndoselo casi todo en la boca—. Me ha entrado el hambre de golpe —dijo con la boca llena mirándole a los ojos—. ¿Estás bien? ¿Llamo al médico? —Como no decía nada, se metió el resto del bollo en la boca y lo masticó preocupada—¿No te estará dando un ictus o algo de eso? Voy a llamar al médico. —Alargó la mano por encima de él para coger su teléfono, pero Spencer puso su mano encima y Lisa le miró sin moverse.

—¿Me estás diciendo que estás embarazada?

Ella sonrió mostrando en un trocito de hojaldre entre los dientes. —Pues sí. Pero tú no te preocupes, ¿vale? No tienes ninguna responsabilidad. Al fin y al cabo, estabas borracho y ... —La cogió por la nuca acercándola a él y besándola como si deseara más que a nada. Lisa tiró el teléfono al suelo cuando precipitadamente llevó las manos a su cabello impresionada porque la besara. Disfrutó de ello cada segundo y él se levantó sentándola sobre su escritorio. Él se apartó para besar su cuello y con los ojos como platos susurró — Spencer, ¿estás bien?

Atrapó su boca de nuevo y ella pensó que las palabras estaban sobrevaloradas. Se dejó llevar y respondió a su beso entregándose totalmente y cuando abrió sus piernas jadeó en su boca al sentir sus dedos entre sus piernas acariciando su sexo con suavidad de arriba abajo. Él se apartó para mirarla a los ojos y le arrancó las bragas subiéndole la temperatura varios grados y gritó cuando entró en ella de un solo empujón. Lisa arqueó la espalda cayendo sobre el escritorio. Spencer entró en ella con fuerza sujetando sus caderas una y otra vez mientras lo que había sobre el escritorio caía al suelo poco a poco. Lisa se retorció de placer y rodeó sus caderas con sus piernas necesitando más. —Joder nena, eres preciosa cuando estás a punto de correrte. —Entró en ella con contundencia estremeciendo cada célula de su ser y atontada sobre su escritorio sonrió de oreja a oreja.

Spencer la cogió por la cintura abrazándola y sentándose en su sillón llevándosela con él. Lisa respiró hondo y su aroma la volvió loca abrazando su cuello.

—Esto ha sido... una sorpresa —dijo él con voz grave.

—Lo siento.

—¿Por qué? —La apartó para mirarla a la cara. —¿Qué es lo que sientes?

—Siento haberme quedado embarazada y todo eso.

—Yo también he tenido algo de culpa, ¿no crees?

Se enderezó sobre él mirando sus ojos azules sujetándose en sus hombros.

—¿No te importa?

—Me importa para bien. Si me preguntas si estoy disgustado, la respuesta es no.

Soltó una risita.

—Pensaba que te ibas a poner hecho un energúmeno.

—¿Por qué? —Divertido apartó un mechón de su cabello rubio de su sien.

—Porque creía que no querías tener hijos.

Él frunció los labios.

—Al parecer hay rumores en la empresa.

—Sí, algunos. Dicen que te divorcias porque no quieres tener hijos.

—No quiero hijos con Emily. Hace dos años que no funcionaba y ella quería hijos, pero sabía que eso no funcionaría.

—Entiendo. —Le acarició el cuello llegando hasta detrás de su oreja y él la miró con deseo. Lisa se echó a reír. —¡La última vez no me dejaste salir del despacho en dos horas!

—Pensaba que lo había soñado —dijo con voz ronca apretando su trasero pegándola más a él.

—¿De verdad? ¿Lo recuerdas?

—Nena, lo que haces con la boca no se olvida fácilmente. —Lisa se puso como un tomate y él se echó a reír. —Pero no estaba seguro de que había ocurrido y como no mostrabas nada... pensaba que lo había soñado por la borrachera. Lo siento, yo porque quería que nuestra primera vez fuera de otra manera.

A Lisa se le cortó el aliento.

—¿Qué estás diciendo, Spencer?

—No me digas que en este último año no has pensado en nosotros.

—Uy, uy, que esto se está poniendo muy serio —dijo poniéndose nerviosa perdiendo algo de color.

Confundido vio cómo se apartaba y sonrojada se sacaba las braguitas por la pierna donde las tenía colgando. Madre mía, aquello no se lo esperaba.

—Lisa...

Levantó la vista para verle frente a ella y se enderezó.

—Creo que es hora de irse. Tú tenías que irte, ¿no es verdad?

—Creo que esto es más importante, ¿no crees?

—Pues... —Miró a su alrededor queriendo escapar de esa situación.

—¡Ni hablar! No puedes decirme que voy a ser padre y desaparecer después de acostarte conmigo.

—Acostarnos, acostarnos...

—¡Ya me entiendes!

—Ya te iré contando como va todo, ¿vale?

—¿Pero qué estás diciendo?

—Uff, tengo que irme. Fin de semana con los padres, ya sabes.

—¡Como siempre!

Se ruborizó porque era cierto. Últimamente siempre pasaba los fines de semana en Greenville con sus sobrinos y el resto de la familia.

—Pues sí. —Cogió el pomo de la puerta. —Creo que ahora necesito estar con la familia.

—¡Lisa!

—Te veo el lunes. —Salió a toda prisa y cogió su bolso pasando delante de Madeleine. —Recados.

—Ya. No soy tonta, niña.

La puerta del despacho se abrió de repente y Spencer carraspeó al ver a Madeleine. —Lisa pasa a mi despacho —dijo intentando controlarse.

Miró su reloj de pulsera.

—Vas a llegar tarde.

—Ya me preocuparé yo de eso. —Se acercó a ella en dos zancadas y la cogió por el brazo dándole la vuelta para meterla en el despacho diciendo sobre su hombro —Madeleine puedes irte.

—Gracias, jefe.

Lisa gimió por lo bajo mientras la metía en el despacho y cerraba la puerta. —Nena... —Le cogió el bolso, pero ella no soltó el asa. —

Suelta el bolso... —Tiró ligeramente, pero ella no lo soltó. —Vale, quédate con él. —Sorprendiéndola la cogió en brazos y la sentó sobre el sofá acucillándose ante ella. —Me da la sensación que esto te ha sorprendido más a ti que a mí y estás algo nerviosa.

Asintió repetidas veces. —Y no esperabas mi reacción. —Negó con vehemencia haciéndole sonreír, provocando que el corazón de Lisa fuera a cien por hora. —¿Quieres ir despacio?

—¿A dónde?

Se miraron a los ojos y Lisa se apartó hacia atrás alejándose todo lo posible de él. Spencer carraspeó cogiéndole la mano que ella intentó apartar, pero él no la dejó.

—Nena...

—Vas a llegar tarde.

—No te preocupes por eso. Sobre lo del niño... —Se sintió aliviada al darse cuenta que iban a hablar de ese tema y él sonrió. —¿Qué tipo de relación quieres que tenga con él?

—Oh, pues como cualquier padre, supongo. Mi hermano estuvo una temporada separado de su mujer y veía al niño siempre que quería. Tú puedes hacer lo mismo, por supuesto.

—Por supuesto... pero es que yo quiero otra cosa.

—¿Si? ¿El qué?

—Quiero vivir con mi hijo y con mi mujer.

Lisa se echó a reír. —Pero no vas a tener el niño con tu mujer, así que... —Al ver que él levantaba una ceja perdió la sonrisa. —Ay, madre. —Intentó levantarse de nuevo, pero él la volvió a sentar. —De verdad que tengo que irme.

—Quiero que nos casemos en cuanto obtenga el divorcio, que será en un par de semanas.

Lisa sintió que se le detenía el corazón y puso los ojos en blanco antes de caer sin sentido de costado sobre el sofá. Spencer hizo una mueca. —No pasa nada, cielo. ¿Lisa? —Le dio un par de palmaditas en la mejilla. —No eres tan dura como aparentas, ¿verdad preciosa?

Abrió los ojos sobresaltada para ver que estaba sentada en un coche y asustada miró a Spencer que conducía a su lado.

—¿A dónde vamos?

—¿A casa de tus padres? ¿No ibas a pasar allí el fin de semana?

Le miró con desconfianza.

—Sí. ¡Pero necesito mi coche!

—Es mejor que no conduzcas si te desmayas. Te llevaré yo.

—¿Y cómo vuelvo?

—Tranquila seguro que hay solución para eso —dijo sin darle importancia cogiendo una botella de agua—. Bebe, nena. Igual estás algo deshidratada.

Con desconfianza cogió la botella.

—Pero me dejarás al final de la calle.

—¿No sería una grosería que el padre de su nieto vaya hasta allí y no se presente? ¿Saben lo del niño?

Estuvo a punto de decir que no, pero las malditas palabras de su psicóloga le rondaron por la cabeza. Bebió de la botella intentando evitar responder.

—¿Lisa?

—Sí lo saben.

Él sonrió.

—Perfecto. Entonces es lógico que me presente y tranquilizarlos.

—¿Tranquilizarlos sobre qué?

—Sobre el niño y su estabilidad por supuesto.

Eso era muy ambiguo y las palabras que le había dicho en el despacho la estaban volviendo loca. ¡No podía casarse con él! ¡Era tan ... tan ... todo! Era guapo, rico y un amante increíble.

—¡Mierda, no llevo bragas!

Spencer se echó a reír.

—¿Qué?

—¡Mi madre siempre sube conmigo a la habitación cuando llego para hablar de la semana mientras me cambio! ¡Verá que no llevo

bragas!

—Creo que hoy va a ser algo distinto. Pero tranquila, yo la distraigo. —Le fulminó con la mirada y él mirándola de reojo reprimió una sonrisa. —Por cierto, me gusta mucho la ropa interior negra.

—Cierra el pico.

—Por cierto. —Nada, que no lo pillaba. —No me has contestado.

—¡No saques ese tema que me pongo nerviosa!

—Pues el día de la boda el médico de la familia estará allí por si acaso.

—Muy gracioso. ¡No nos vamos a casar!

—¿Por qué? Vamos a tener un hijo y te quiero. —Le miró atónita. Él la miró como si temiera lo que iba a decir. —No te pongas nerviosa.

—¡Deja de decir esas cosas!

—Muy bien. ¿Quieres niño o niña?

—¡Me da igual!

—¿No quieres hablar?

—¡No! —Se cruzó de brazos protegiéndose y miró al frente.

¡Cómo se le ocurría decir que la quería! ¿Estaba mal de la cabeza? Si nunca mostraba nada y le soltaba eso justo cuando decía que estaba embarazada. Si lo hacía por el niño no era necesario.

—No pienses cosas raras —dijo Spencer como si le leyera el pensamiento—. No te mostré nada porque quería estar divorciado y que te dieras cuenta que era libre para estar contigo.

—¡Pues dabas mucho por sentado! ¡Yo nunca te he indicado que me gustaras! —Él se echó a reír por lo bajo mirando la carretera y ella se volvió hacia él. —¿Qué?

—Nada.

—¡No, suéltalo!

—¡Me comías con los ojos!

Jadeó ofendida.

—¡Eso es mentira!

—Por Dios, Lisa. Si el día que te contrataron y entraste en el despacho, casi te tiras a mis brazos. Sonreíste de oreja a oreja encantada de trabajar para mí.

—Es por lo que pagas —dijo entre dientes.

—¡Retira eso!

—¡No!

La miró mosqueado.

—Sé sincera, nena. Estás loca por mí.

—¡No voy a casarme!

—Eso ya lo veremos —dijo apretando el volante con ambas manos.

Capítulo 3

Se quedaron en silencio mirándose de reojo de cuando en cuando. Él suspiró casi cuando estaban llegando a Greenville.

—Preciosa, no quiero discutir. Nos está pasando algo estupendo y debemos disfrutarlo.

—Sí, ya. ¿Te puedes detener en aquella gasolinera? Tengo que ir al baño.

—¿No puedes esperar? —Le fulminó con la mirada. —Claro que sí. Así echaré gasolina.

—Lo que yo decía.

El detuvo el coche ante el surtidor y se bajó del coche. Se quitó el cinturón y como de costumbre le abrió la puerta mirando a su alrededor.

—Creo que no hay nadie.

—Will está en el bar. —Señaló el bar de carretera que había a varios metros de allí.

—¿Tengo que tocar el claxon?

Asintió cogiendo la llave con el enorme llavero de madera que había al lado del surtidor y dio la vuelta a la oficina de Will. Se mordió el labio inferior colocando la llave en la cerradura y vio a Will acercándose con su grasiento mono gris. Vio como hablaban y corrió hasta el restaurante cuando Spencer se puso de espaldas a ella.

Entró en él y agachándose para que no la viera por los ventanales se acercó a uno de sus parroquianos.

—Luke, mueve el culo y llévame a casa.

Uno de sus compañeros de colegio, que ahora trabajaba en la construcción, miró hacia abajo y levantó una ceja.

—Coño, Lisa. ¿Se te ha estropeado el coche?

—¡Déjate de rollos y muévete antes de que venga hasta aquí a buscarme!

Él miró a su alrededor y vio a Spencer por los enormes ventanales.

—¿Ese finolis te está molestando?

—¡Se quiere casar! ¿Te lo puedes creer?

Varios vecinos se echaron a reír y Sara dijo desde el fondo del restaurante.

—Luke, llévala a casa que quiero reírme un poco viendo como la busca.

Su amigo dejó un billete sobre la barra.

—Muy bien. Vamos allá. Acercaré la camioneta a la puerta de atrás para que no te vea subir.

—Gracias, eres un amigo.

Agachada fue hasta la puerta de atrás y escuchó gritar a Luke.

—¡Eh! ¡Lisa está aquí intentando huir!

Abrió los ojos como platos mientras todo el restaurante se reía. Se puso de pie de golpe y gritó.

—¡Espera que te pille Luke!

Su amigo le lanzó un beso mientras Spencer caminaba hacia el restaurante entrecerrando los ojos.

—Mierda, mierda.

Salió corriendo por la puerta de atrás pasando por el almacén y se detuvo en seco al ver una bicicleta. La cogió a toda prisa montándose en cuanto salió al exterior. Vio a Spencer ya dentro del restaurante mirándola con la boca abierta pedaleando como una loca.

—¡Me ha robado la bici! —exclamó Sara corriendo hacia la puerta—. ¡Lisa Edwards pínchame una rueda y te vas a acordar de mí! — Se volvió hacia Spencer que aún estaba asombrado—Guapo, ¿quieres su dirección?

—Si no te importa.

—Chaval, ya puedes espabilarte con Lisa —dijo un hombre en la barra al que le faltaban la mitad de los dientes.

—¿Eso cree?

Todos asintieron. —Es buena chica, pero desde hace unos años no sale con nadie —comentó una mujer al fondo.

—Eso fue porque su mejor amiga se quedó preñada de su hermano con diecisiete años. Ella estaba en medio y lo pasó mal —dijo otro.

—¿Por qué lo pasó mal? —preguntó atónito porque parecía que todo el pueblo sabía su vida.

Todos miraron a un hombre que estaba de espaldas que se levantó y se volvió hacia él. Tenía los mismos ojos que Lisa y se tensó.

—Soy Albert Edwards y creo que sé quién eres.

Lisa entró en la casa de su hermano y subió las escaleras corriendo. Allí no la pillaría. Su hermano solía llegar a las siete, así que tenía tiempo. Se duchó y se puso ropa de Julie. Unos pantalones cortos y una camiseta. Bajó descalza al piso de abajo porque sus zapatos le quedaban pequeños y miró por la ventana del hall gimiendo cuando vio el jaguar de Spencer en la entrada de la casa de sus padres. Mierda, alguien se había chivado. Chasqueó la lengua yendo a la cocina y se detuvo en seco cuando vio a Spencer con una cerveza en la mano mirando por la ventana.

—Nena, no llevabas casco.

—¿Qué haces aquí? —preguntó histérica porque no se libraba de él.

Él la miró observándola de arriba abajo desde su cabello suelto hasta sus pies desnudos. Incómoda escondió un pie tras el otro como si fuera una niña. Spencer la miró a los ojos.

—Así que tu hermano ha comprado casa aquí.

—Para los fines de semana. Traen a los niños. El niño mayor vivió aquí cinco años y es para que no eche de menos a sus abuelos.

—Estáis muy unidos, ¿verdad?

—Julie es mi mejor amiga. Sus padres viven en frente de los míos y...

—Y está casada con tu hermano.

—Sí.

—Muy bien.

¿Eso que significaba? Vio como bebía la cerveza mirando por la ventana. Inquieta dio un paso hacia él.

—¿No tienes que irte?

—¿No me presentas a tus padres?

Le daba la sensación que hasta que no conociera a sus padres no se libraría de él, así que cogió su cerveza le agarró de la mano y tiró de él saliendo de la casa. Spencer la cogió en brazos en cuanto salieron del jardín y se sujetó en sus hombros mirándole a los ojos mientras cruzaban la calle.

—No digas nada de bodas y todo eso. ¿Me lo prometes?

—No te prometo nada. —La besó suavemente en los labios. —No te pongas nerviosa. Sólo vamos a saludarnos y después me iré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La dejó en el porche y le cogió de la mano entrando en casa.

—¿Mamá?

—¡Estoy aquí! —Su madre salió del salón a toda prisa con su padre detrás. Ambos sonreían encantados y Lisa carraspeó.

—Él es Spencer Cronwell. Es el padre del niño. Ellos son mis padres Albert y Mary Rose Edwards.

—Es un placer conocerles —dijo estrechando sus manos después de soltar a Lisa, que nerviosa observó todas sus reacciones.

Parecían encantados y su madre señaló el salón.

—Pasa, por favor.

—Oh, Spencer se tiene que ir.

—Por un rato no pasa nada, nena. —La cogió por la cintura casi arrastrándola hasta el salón. La sentó en el sofá y se sentó a su lado cogiendo su mano.

Su madre sonrió de oreja a oreja sentándose al lado de su marido, pero se levantó de golpe.

—¿Quieres tomar algo?

—Mamá, siéntate. Ya ha bebido una cerveza.

—Un té helado me vendría estupendamente.

Lisa suspiró advirtiéndole con la mirada y divertido miró a Albert.

—¿Siempre han vivido aquí?

—Sí, nacimos aquí. De hecho, seis generaciones de Edwards vivieron aquí. Y de la familia de mi esposa igual. Ahora es distinto porque los hijos se van a la ciudad formando allí sus familias.

—Pero sus hijos vienen mucho. Estarán muy contentos.

—Sí, es estupendo que quieran seguir viniendo a visitarnos —dijo Mary Rose dejando cuatro vasos enormes de té helado en una bandeja ante ellos con un plato de galletas. Lisa cogió un vaso de inmediato y bebió. —Tienes que probarlas. Las ha hecho tu prometida.

Se atragantó y Spencer le quitó el vaso de la mano. Le acarició la espalda diciendo.

—Todavía no me ha dicho que sí.

Sus padres la miraron como si hubiera cometido un sacrilegio.

—¿Sabéis algo de Kurt?

—Estarán al llegar.

—Mira lo que le he comprado a Lissi, Rose —dijo Jessica entrando de golpe en el salón con un vestidito amarillo en la mano. Se detuvo en seco al ver a Spencer. —Ah, tenéis visita.

—Ella es Jessica Martin. La madre de Julie y ha venido a cotillear porque ha visto tu coche en la entrada.

—Niña, no necesito cotillear porque luego tu madre me lo contaría todo.

Spencer se rió levantándose y alargando la mano.

—Spencer Cronwell.

—Mucho gusto. Mi marido Charles está a punto de llegar. Le conocerás para la cena.

—No se queda a cenar.

—Pues ahora que lo dice, tengo algo de hambre.

Mary Rose cogió a toda prisa el plato de galletas para apartarlas de él.

—Pues no puedes picar nada. O luego no cenarás.

Resignada a que se quedara para la cena, se acomodó en el sofá viéndolos hablar. Subió las piernas doblándolas al estilo indio cogiéndose un mechón de cabello y enrollándolo en el dedo como si aquello no fuera con ella. Él sentó de nuevo y la miró divertido.

—Es una pena que te vayas —dijo Jessica—. Si quieres quedarte en mi casa, hay habitaciones de sobra...

—¿Pero qué dices, Jessica? Spencer puede quedarse aquí en la habitación de Kurt —dijo su madre dejándola con la boca abierta.

—Cariño, la niña está embarazada. Creo que puede quedarse en su habitación. Al fin y al cabo, se van a casar.

Que su padre dijera eso la dejó de piedra, porque las amigas de Kurt que habían ido a su casa siempre se quedaban en la habitación de invitados.

—¡No nos vamos a casar! Sólo voy a tener un hijo suyo.

—Bueno, pero te lo ha pedido —dijo su madre encantada—. Me parece que Spencer tiene las ideas claras.

—Sí, en cuanto mi exmujer firme el divorcio, quiero que nos casemos de inmediato.

—Eso si firma —dijo ella entre dientes.

—Tranquila, va a firmar.

Esa frase la hizo entrecerrar los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero alargar esto más de lo necesario. Es cuestión de negociar. Eso es todo.

Lisa apretó los labios porque eso significaba que iba a ceder a las exigencias de Emily. Ya empezaba a joderle la vida y acababa de decírselo.

—¡No! —Se levantó del sofá dejándolos a todos de piedra. —No, ¿me oyes? ¡No me voy a casar contigo, así que no tienes que divorciarte por mí! ¿Entiendes? —Le miró como si estuviera chiflado. —¡Por Dios, sólo te he dicho que estoy embarazada y has invadido mi vida! ¡Entérate, sólo vamos a tener un hijo!

Spencer se levantó sacándole la cabeza y tuvo que levantar la cara para mirarle a los ojos para que se diera cuenta que no se echaba atrás.

—Vamos a tener un hijo y vamos a hacer un montón de cosas más. El divorcio es cosa mía, no tuya y no tienes que preocuparte por eso. Sólo tienes que preocuparte por la boda. ¿Entiendes?

¡Le entraba por un oído y le salía por el otro! Asombrada miró a su madre levantando los brazos exasperada saliendo del salón.

—Se le pasará —dijo Mary Rose.

Escucharon un claxon y las mujeres chillaron antes de salir corriendo. Albert sonrió.

—Han llegado los niños.

—Entiendo.

Lisa apareció en el hall. Estaba muy incómoda, pero que hubiera ido hasta él era un avance. Spencer sonrió y se acercó a ella. Se miraron a los ojos y ella le cogió la mano —No le digas a mi hermano que nos vamos a casar ni nada de eso —dijo muy seria—. Hablo en serio.

—¿Es la prueba de fuego?

—No tiene gracia. —Tiró de él hacia la puerta y vieron a su familia ante la casa de su hermano. Julie reía de algo que estaba diciendo su madre a Jason. —Ese es mi sobrino.

—Se nota que es de la familia.

—Los dos son rubios —dijo sonriendo—. Y eso le da mucha rabia a Jessica.

—¡Tía Lisa! —gritó Jason corriendo hacia ella con un muñeco en la mano.

—Mi hombrecito. —Le cogió en brazos dándole besos y haciéndole reír.

El niño le miró con sus preciosos ojos verdes.

—¿Eres Spencer?

Lisa puso los ojos en blanco mientras Spencer se reía.

—Y tú eres Jason.

—Sí. Eres el papá de mi primito.

—Exacto —dijo alargando la mano.

El niño se la estrechó muy serio.

—Mamá decía que le gustaría conocerte.

—Pues vamos allá.

Se acercaron al coche y Spencer vio un hombre rubio muy alto que les observaba muy serio. —Tú debes ser Kurt —dijo alargando la mano.

—Él es Spencer Cronwell —dijo Lisa mientras Julie se acercaba con la niña en brazos—. Mi jefe.

—Es algo más que tu jefe —dijo Kurt evaluándole con la mirada—. Me alegra que estés aquí.

—Cielo, pues parece que te vas a tirar a su yugular en cualquier momento —dijo Julie riendo.

—Ella es Julie.

—Tu mejor amiga. —Se quedó algo sorprendido con la mujer de Kurt porque era una mujer bellísima. Morena con el pelo muy largo y unos increíbles ojos verdes.

Julie carraspeó preocupada mirando a su marido de reojo que se tensó y Spencer se echó a reír.

—Lo siento, pero es que se parece a ...

—La llamaban la Jolie en el instituto —dijo Lisa molesta.

—Exacto. Se parece a ella —dijo Spencer sin darse cuenta de nada.

—Voy a ponerme unos zapatos.

Sorprendido vio que se alejaba y Julie corrió tras ella.

—¡Espera! ¡Voy contigo!

Kurt se acercó a él y le dijo.

—Acabas de meter la pata hasta el sobaco.

Spencer vio como Lisa entraba en la casa enfadada.

—Me acabo de dar cuenta.

—La quiere como a una hermana, pero está un poco harta de que mi mujer llame la atención más que ella. Y que la persona de la que está embarazada haya reaccionado como tú, no es bueno.

—Joder. —Se volvió y caminó hacia la casa mientras todos le observaban.

La familia se miró sonriendo y Kurt dijo.

—Me gusta.

—Lo importante es que le gusta a ella —dijo Albert.

—Eso está más que claro. Sino le hubiera echado a patadas —añadió Mary Rose encantada.

Capítulo 4

Intentó evitarlo, de verdad que lo intentó. Pero en cuanto vio como Spencer miraba a Julie, sintió que se le retorció el estómago y no pudo soportar sus miradas de admiración. Sabía que Julie era preciosa y que sólo tenía ojos para su hermano, pero de Spencer no estaba segura. En realidad, no estaba segura de nada.

—No debes tomárselo en cuenta. Se quedó sorprendido por mi parecido con ...

—Por favor, déjalo —dijo acercándose a la ventana de su habitación.

—Si ha venido hasta aquí, es que le importas. ¿No te das cuenta? Me alegra muchísimo que se lo hayas dicho y que él dé la cara.

—Quiere que nos casemos.

Su amiga la cogió por los hombros volviéndola de golpe.

—¿Qué?

—Quiere que nos casemos.

Julie se quedó muda y sorprendida miró a su alrededor para encontrarse con Spencer en la puerta de la habitación de su amiga.

—Julie, ¿puedes dejarnos solos un momento?

Lisa se tensó mirándole de reojo mientras su amiga respondía.

—Sí, por supuesto.

Vio como entraba en la habitación y cerraba la puerta con llave.

—¿Qué haces?

Se quitó la chaqueta del traje dejándola sobre la silla del tocador. —¿Sabes preciosa? Conozco a mujeres muy hermosas. —A Lisa se le cortó el aliento viendo cómo se acercaba. —De hecho, he compartido cama con algunas.

—No vas bien, Spencer. Cambia de conversación.

—Lo que te quiero decir —dijo divertido—, es que podría estar con cualquiera de ellas, pero estoy aquí. —Apartó su cabello. —Que dudes de mí por una mirada y además a tu mejor amiga, me parece algo insultante. ¿Crees de verdad que querría tener algo con ella delante de ti?

—¡No es la primera vez que me pasa! —dijo apartándose.

Él la sujetó por la cintura pegándose a su espalda y abrazándola por la cintura. —Estás buscando una excusa para echarme a patadas. —La besó en el lóbulo de la oreja. —Pero no te voy a dejar, empiezo a tener mucho apetito y no me perdería la cena. Además, me pienso quedar el fin de semana. Mira, el tema del coche se ha solucionado.

—No tienes ropa para quedarte.

—Pensaba irme el fin de semana y tengo la maleta en el coche.

Se volvió para mirarle a los ojos.

—¿Con quién te ibas a ir?

—Un amigo de la familia me ha invitado a su rancho.

¿Un amigo que tenía un rancho? No se creía una palabra. Se soltó de golpe.

—¿Qué amigo?

—Michael Pears. No le conoces.

—Me estás mintiendo —dijo asombrada apartándose de él.

Spencer se pasó la mano por su cabello antes de apartarse y empezar a deshacer el nudo de la corbata de malos modos.

—¿Qué estás haciendo, Lisa?

—No me vengas con tonterías. ¡No tienes ningún amigo llamado Michael Pears que tenga un rancho! He trabajado un año contigo, ¿recuerdas? ¡Conozco a todos tus amigos!

—¡Yo he trabajado contigo un año y he conocido a ninguno de tus amigos hasta hoy! —Lisa se volvió hacia la ventana para ver la calle vacía. —Nena, ¿tienes amigos?

—Claro que tengo amigos, pero no los llevo al trabajo. ¿Acaso conocías a Julie?

—Por tu reacción me ha dado la sensación que...

Sus ojos se llenaron de lágrimas cruzándose de brazos.

—Julie es mi mejor amiga.

—Eso ya me lo has dicho, pero tendrás más amigos.

—Cuando me fui de aquí no me llevaba muy bien con mis amigas. —Spencer se tensó tras ella. —En la Universidad tenía que estudiar muchísimo para sacar las asignaturas raspadas y cuando llegué a Austin... —Apretó los dedos en sus brazos. —Bueno, tengo conocidos, pero nunca he conseguido una amistad como la suya.

—Pero ahora vive allí.

—Sí —susurró—. Es la mejor.

—Debió ser un alivio que se trasladara a la ciudad.

—Sí. —Se pasó la mano por la mejilla limpiándose una lágrima que se le había escapado—¡Pero no hablábamos de mí! ¿Ese Michael Pears quién es?

—Es un amigo de mi padre que hace una fiesta mañana y me ha invitado a su rancho a pasar el fin de semana.

—Seguro que tiene una hija soltera.

—Pues sí. —La abrazó por la cintura. —Pero yo ya he elegido.

—Estás cometiendo el peor error de tu vida. Hasta que te reconciliaras con Emily sería mejor para ti —dijo fríamente viendo como su sobrino salía de casa con una pelota de fútbol y empezaba a jugar con su abuelo.

La volvió de golpe.

—¿Por qué coño dices eso?

—¡Porque no soy capaz de querer a nadie! —le gritó a la cara provocando que diera un paso atrás—. ¡Nunca te querré como te mereces! ¡Y cuando me sienta disgustada o descontenta o aburrida, te haré daño con saña! ¡Donde más te duela!

—Lisa, ¿pero qué dices?

—¡Se lo hice a ellos! —gritó desgarrada señalando la calle—. ¡Qué te crees que te haré a ti cuando no siento ni la mitad!

—Estás intentando asustarme o algo así, pero no lo vas a conseguir.

Sonrió sin ganas mirándole con desprecio. —Me gustas y te deseo, pero no te amo. —Se volvió hacia la ventana ignorando su presencia. —¡Así que vete de una puta vez de mi vida!

—Por eso no tienes amigos. Para no hacerles daño. —Ella no contestó sintiéndose vacía. —No eres mala persona, nena. Sólo estás asustada de volver a hacer daño a alguien, pero a veces es inevitable. Intentas que me vaya para no hacerme daño, sin darte cuenta que me estás haciendo daño ahora.

Le miró fríamente.

—Sí que me doy cuenta que te estoy haciendo daño, pero prefiero hacerte esto que destrozarte después.

Spencer se tensó enderezando la espalda y ella sonrió.

—¿Ves? Es muy fácil y soy una experta.

—No me voy a ir.

—Claro que lo harás. Mi psicoanalista me dijo que fuera sincera contigo y pienso serlo. ¿Sabes por qué me acosté contigo? Porque estabas borracho. Si hubieras estado sobrio jamás me hubiera atrevido.

—Hoy en el despacho demostraste otra cosa.

—Ya te había probado. Es difícil rechazar algo que te gusta y tú follas de miedo.

Vio como apretaba las mandíbulas con fuerza y sonrió.

—¿Ves? Tienes la piel muy fina para lidiar conmigo.

—Estás asustada e intentas atacarme para que me vaya.

—¡Pues vete de una maldita vez!

—¡Estás aterrorizada por lo que pueda pensar de ti y me atacas, pero no me voy a ir!

Frustrada le dio un tortazo y Spencer se tensó.

—No vuelvas a hacerlo, Lisa.

Sintiendo que su alma se desgarraba le dio otro tortazo y la cogió por la cintura tirándola sobre la cama sujetando las manos sobre su pecho con fuerza.

—¡No me voy a ir!

Lisa se echó a llorar de la impotencia y desvió la mirada. Le giró la cara con brusquedad para que lo mirara a los ojos.

—No llores. Lo que ocurrió fue una chiquillada de juventud que tuvo unas consecuencias que tú no te esperabas.

Se le cortó el aliento.

—Lo sabes...

—Tu padre me lo dijo. Y creo que va siendo hora de que dejes de torturarte y empieces a vivir tu vida. Y esa vida estará unida a la mía. Puede que seas una arpía cuando te enfadas, pero yo también tengo muy mala hostia. Las reconciliaciones van a ser como fuegos artificiales. —La cogió por la nuca elevándola y susurró —Vuelve a decir que no me quieres y te voy a poner el trasero como un tomate. —Él bajó la mirada de sus ojos a sus labios y Lisa sintió como cada poro de su piel respondía. Separó los labios sin darse cuenta y Spencer sonrió agachando la cabeza para acariciar con la lengua su labio inferior. Un ligero gemido salió del fondo de su ser y todo se descontroló. Ella abrazó su cuello reclamando su boca y él abrazó su cintura pegando sus caderas. Levantó su camiseta mostrando sus pechos desnudos y se los mordisqueó volviéndola loca de deseo mientras tiraba de sus pantalones cortos hacia abajo sin desabrocharlos bajando los labios por su vientre. Su lengua la volvía loca y abrió las piernas apoyando los talones sobre el colchón sin poder pensar en nada que no fuera en él. Gritó de placer cuando recorrió su sexo de arriba abajo con las caricias de sus labios y al chupar con fuerza su clítoris estalló en un intenso placer que le robó el aliento. Spencer se incorporó sin dejar de mirarla y colocó sus piernas sobre sus hombros antes de entrar en ella con fuerza estremeciéndola de arriba abajo una y otra vez, hasta que pensó que moriría cuando entró en ella catapultándola al éxtasis.

Medio adormilada y totalmente relajada no se sentía capaz de abrir los ojos. Sintió como la cogía en brazos sentándola sobre él susurrándole que siempre estaría allí por mucho que gritara.

Le miró a los ojos.

—Sí que mentí.

—¿En qué preciosa?

—Me gustas mucho.

Sonrió abrazándola a él.

—No te vas a arrepentir, te lo juro.

Increíblemente fue un fin de semana perfecto. Spencer y Kurt se llevaban muy bien y sus padres estaban encantados. El único problema llegó cuando Kurt dijo que iba a llevar a Jason a montar a caballo y ella dijo que quería ir también. Spencer dijo que ni hablar y discutieron acaloradamente ante toda la familia porque no quería que montara a caballo embarazada. Ganó Spencer porque la amenazó con decirle a Emily que estaba embarazada. Haría lo que fuera para que esa bruja no se llevara más, así que enfurruñada se sentó en el sofá cruzándose de brazos y cerrando el pico porque sabía que era muy capaz de hacerlo. Esa noche ella le torturó en la cama y lo solucionaron antes de dormirse.

Estaban de vuelta en la ciudad y Spencer la llevaba a casa cuando dijo —Creo que deberíamos vivir juntos. —Se quedó muy tiesa en su asiento sin hacer un gesto. —Mi casa es más grande, así que lo lógico es que sea la mía.

—Ya veremos.

—No, no lo veremos porque vas a hacer las maletas ahora mismo. Me da la sensación que voy a tener que tirar de ti para cada cosa que quiera, así que no creo necesario esperar.

—No, hasta que no firmes el divorcio.

—Te veo un poco obsesionada con Emily.

—Es una bruja —dijo por lo bajo.

—¿Qué has dicho?

—¡Qué es una bruja!

—Eso me parecía haber oído —dijo divertido—. Está acostumbrada a conseguir lo que quiere.

—Es una pija mimada que observa a los demás como si fuéramos inferiores.

—Eso me gusta de ti. Tu sinceridad.

Chasqueó la lengua molesta porque no la tomaba en serio.

—Cuando se entere de que estamos juntos intentará sacarme los ojos.

—Ah, ¿pero estamos juntos? Porque no me has dicho nada.

—Muy gracioso. No entiendo cómo le caes tan bien a mi hermano.

—Cielo, le caigo bien a toda la familia. —Gruñó haciéndole reír. — Y es lógico. ¿No crees?

Le miró de reojo.

—¿No tienes miedo de que te esté cazando con un embarazo planeado?

Spencer se echó a reír a carcajadas mientras que ella se quedaba de piedra.

—¿Qué?

—Lisa, te conozco desde hace un año. He visto como varios hombres te hacían insinuaciones muy descaradas y tú ni te dabas cuenta porque sólo me mirabas a mí. He visto como le devolvías a un repartidor cinco pavos que te daba de más. He visto...

—Estás insinuando que estoy loca por ti y que soy honesta.

—Sí, cielo.

—¡Pues dilo sin dar rodeos!

—No soportas a Emily porque estuvo casada conmigo.

—No la soporto porque un día me dijo que era una zorra con la boca demasiado grande, que estaba deseando que me quitaras las bragas. —Spencer atónito aparcó ante su casa. —Mira, igual tenía razón.

—¿Cuándo te dijo eso?

—Ya habías pedido el divorcio. Fue uno de esos días que fue a montarte el numerito al despacho y que tuve que sacarla. —Se quitó el cinturón. —Como se entere de lo nuestro, va a pensar que llevamos liados desde el principio y que la dejaste por mí.

Spencer no dijo nada bajando del coche. Lisa vio como rodeaba el coche y había perdido la sonrisa. Le abrió la puerta y se bajó mirándole a los ojos cogiendo su mano.

—¡No fastidies Spencer! ¿La dejaste por mí?

—Eres irresistible. Qué puedo decir.

—Ahora no nos libraremos de ella. ¿Lo sabe?

—Creo que se lo imagina.

—¡Mierda!

Caminó hacia su portal con él siguiéndola. Se detuvo en seco. —Vete a casa —siseó mirando a su alrededor.

—No me voy a esconder. Abre la puerta.

—¿No puedes esperar hasta que firmes los papeles?

—Quiero dormir contigo todas las noches —dijo robándole el corazón definitivamente.

—Te voy a costar un riñón.

Él se echó a reír cogiéndola por la cintura y dándole un beso en los labios.

—Merece la pena.

—No tengo ni idea de que he hecho para que estés tan loco por mí.

—Será que eres preciosa y divertida. Fiel y buena persona. No das importancia al dinero, excepto cuando se me lo queda Emily. Y me quieres.

—Ya, ya. Eso está por ver —dijo con una amplia sonrisa encantada con todo lo que había dicho.

—Está más que visto. —La besó de nuevo y susurró contra sus labios —Abre la puerta para que pueda hacerte lo que quiero sin formar un tumulto.

Se echó a reír al ver a dos vecinos mirando desde la ventana de enfrente. Al llegar arriba Spencer echó un vistazo a su alrededor. Los

muebles eran clásicos sin parecer anticuados y el sofá de cuero beige de estilo inglés dominaba la estancia ante el televisor de cuarenta y dos pulgadas.

—Nena, está claro que tienes un gusto estupendo.

—Tu casa es horrible.

—Vaya gracias.

—Tanto cristal y acero. —Fingió un estremecimiento.

—Es que después de vivir con Emily necesitaba algo minimalista.

—Sí, tu otra casa también es horrible.

Spencer se echó a reír cogiéndola de la muñeca para llevársela con él hasta el sofá sentándola sobre sus rodillas y besándola en el cuello haciéndola reír. En ese momento le sonó el teléfono a Spencer y Lisa se apartó para meter la mano en su chaqueta y cogerle el móvil. —Será ese tal Michael para ver qué has hecho este fin de semana. —Perdió la sonrisa al ver la foto de Emily en la pantalla. — Es la bruja.

—Nena...

—Vale, dejaré de llamarla así ya que piensa que le pusimos los cuernos. Soy magnánima.

Spencer sonrió descolgando el teléfono.

—¿Diga?

Se escuchaban los gritos al otro lado de la línea y ella vocalizó.

—Pon el manos libres.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó indignado levantándose tirándola sobre el sofá patas arriba—. Perdona, nena —dijo incorporándola soltándola de golpe—. ¡No! ¡No es a ti!

—¿La llamas nena? —preguntaron ambas a la vez.

Él tapó el teléfono.

—Sólo a ti, nena. Pero pensaba que se lo llamaba a ella.

Le miró con desconfianza escuchándole hablar.

—¡Estamos a punto de divorciarnos! ¡Lo que haga con mi vida, no te importa!

—¿Qué dice?

—¡No tengo por qué escucharte! ¡Y menos si hablas así! —Colgó el teléfono y sonrió. —Lo sabe. Hasta sabe que he pasado el fin de semana contigo.

—Estupendo. ¿Preparado para arruinarte?

—Tenemos acuerdo prenupcial.

—Para ser tan listo, a veces eres un ingenuo. Ahora va a retrasar el divorcio todo lo que pueda.

—No lo hará. No te preocupes. —La cogió de la mano tirando de ella. —Venga nena. Vamos a hacer tu equipaje.

Capítulo 5

—Dios mío, estás preciosa —dijo su madre abriendo la puerta del coche—. ¡Feliz cumpleaños!

—Gracias —Intentó salir del coche, pero no pudo ella sola. Su madre la cogió de la mano mientras Spencer se reía y le fulminó con la mirada. —¡No tiene gracia!

—Nena, tienes las hormonas descontroladas. Menos mal que no te queda nada.

Molesta se dejó ayudar por su madre para salir del coche y Mary Rose la miró preocupada antes de abrazarla.

—¿Todo bien?

—Todo perfecto. Joder, qué calor. —Se abanicó con la mano caminando como un pato hacia la casa de sus padres. Al ver la obra que Spencer se había empeñado hacer en el tercer piso de la casa, puso los ojos en blanco girando hacia la casa de Jessica y Charles, que era donde vivían los fines de semana que iban hasta allí, que últimamente eran menos por los compromisos de Spencer. No sabía para que hacían un tercer piso en la casa de sus padres con lo poco que irían.

—Sí, estamos en agosto —dijo su madre intentando relajarla—. En cuanto lleguemos a casa te prepararé un té helado.

Miró hacia la casa de Julie.

—¿Ya han llegado?

—Tenían que salir más tarde porque Jason ha vomitado.

—¿Está enfermo? —preguntó Spencer tensándose—. Si tiene fiebre nosotros nos vamos.

—Oh, por Dios. No será nada. Los niños enferman —dijo entrando en el jardín y quitándose los zapatos que le apretaban.

Spencer se los cogió porque era incapaz de hacerlo.

—¡Nena, tuviste fiebre el mes pasado!

—¿Cómo va todo por la ciudad?

—La bruja no deja de dar el coñazo —dijo acariciándose el vientre mirando hacia la casa de sus padres—. Las obras no avanzan. ¿Qué ocurre?

—Un problema con los permisos que Kurt ya ha arreglado.

Ella miró a Spencer a los ojos.

—No me habías dicho nada.

—Porque ya estás muy nerviosa como para decirte algo más.

—¡No estoy nerviosa! ¡Peso veinte kilos más y tengo dos pililas dentro de mí! ¡Debe ser eso!

Spencer reprimió una sonrisa.

—Sí, debe ser eso.

—¿Entonces no ha firmado los papeles? —insistió su madre.

—¿Cómo va a firmar los papeles si lo que quiere es joder todo lo que pueda? —Se cogió a la barandilla para subir los escalones. —Y lo ha logrado la muy cabrita. Ahora no me valdrá el vestido. Spencer insistió tanto, que me compré el vestido de mis sueños y después de parir ni de coña me va a entrar de nuevo —dijo con la voz congestionada intentando no llorar. No sabía lo que le pasaba, pero lloraba por todo. Respiró profundamente y llegó al porche. —Bueno, da igual. No nos casaremos nunca.

—Claro que sí, preciosa. Antes de que te des cuenta...

—Sí, sí.

—¿Y cómo ha quedado la casa nueva?

Entró en casa de sus vecinos y de repente un montón de gente gritó.

—¡Sorpresa!

Parpadeó viendo a medio barrio y a su hermano con Julie, que también estaba embarazada de ocho meses. Miró a Spencer y susurró.

—¿Es a mí?

Él se echó a reír abrazándola por la espalda. —Sí que es para ti. Feliz cumpleaños, preciosa. —La besó en la sien.

Forzó una sonrisa y caminó hacia el salón donde un montón de gente empezó a rodearla para felicitarla. Cuando terminó estaba algo abrumada y Julie se acercó a ella. Se echaron a reír porque sus barrigas se chocaban y Kurt dijo.

—Esperar, vamos a sacar una foto.

Miraron a la cámara de perfil y después con sus parejas. Spencer la abrazó tocándole la barriga y ella muy acalorada levantó la vista hacia él mirándole con amor.

—¿Sabes una cosa?

—Dime.

—Estos meses contigo han sido maravillosos y aunque nunca lleguemos a casarnos, te quiero.

Los ojos de Spencer brillaron de satisfacción justo antes de que Lisa empezara a escurrirse entre sus brazos. Mary Rose gritó al verla inconsciente agarrada por las axilas por Spencer que había perdido el color.

—¡Kurt, el coche!

Julie asustada se tocó la barriga mientras los demás intentaban ayudar. Spencer la cogió en brazos y la sacó de la casa a toda prisa mientras Mary Rose y Albert corrían hacia su camioneta.

Kurt ayudó a meterla en el coche tumbada en el asiento de atrás con su prometido y se sentó tras el volante arrancando el coche a toda prisa. —¡Joder creo que no respira Kurt! —gritó muerto de miedo—. ¡No respira!

—¡Ya llegamos! —Kurt tocó el claxon varias veces mientras frenaba en seco y una enfermera salió corriendo de la clínica. Kurt salió gritando —¡No respira! ¡Mi hermana no respira!

La enfermera salió corriendo hacia la clínica de nuevo y Kurt le ayudó a sacarla del coche.

—¿Qué ocurre? —preguntó una mujer con una bata blanca quitándose el estetoscopio.

—Se desmayó. Creo que no respira —dijo Spencer angustiado mientras sus suegros frenaban tras el coche.

La doctora asintió pasando el fonendo por su pecho mientras caminaban hacia las puertas de cristal que se abrieron a su paso. — ¡Cris, deprisa! —gritó empujando la camilla echando a correr.

Spencer se llevó las manos a la cabeza viendo como pasaban por unas puertas que prohibían el paso. Kurt puso la mano en su hombro.

—Se pondrá bien ya verás. Mi hermana es muy fuerte.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha despertado? —preguntó Mary Rose angustiada.

—Mamá, tenemos que esperar. La doctora Weber la está atendiendo.

—¿Es buena?

—La mejor del contorno. No te preocupes —dijo Albert.

Se pasaron dos horas esperando y Spencer no lo soportaba más. Cuando se levantó para entrar a preguntar, salió la doctora con un traje de cirugía quitándose el gorro. Estaba sudando y no tenía buena cara.

Mary Rose se echó a llorar levantándose.

—¿Qué tiene?

—Sí que respiraba cuando llegasteis. Pero entró en parada cuando le practicaba una cesárea de urgencia. No tenía tiempo para preguntaros y me decidí por los niños.

—Dios mío —dijo Spencer palideciendo—. ¿Está viva?

—Sí, en cuanto saqué a los niños conseguí recuperarla.

—¿Y los niños? —preguntó Kurt reprimiendo las lágrimas.

La doctora sonrió. —Están bien. Están perfectos. —Respiró hondo. —Quien me preocupa es Lisa, porque tienen un edema pulmonar a causa de la parada.

—¿Por qué ha pasado esto? ¡Estaba sana! ¡Esta semana fue al médico! —dijo Spencer alterado.

—Estoy convencida de que tenía preeclampsia. Los análisis dan un resultado de proteínas alterado y tenía la presión disparada, que es precisamente lo que ha provocado esto.

—¿Qué? —Todos se miraron y Spencer negó con la cabeza. —Estaba sana. ¡Me lo dijo! Todo iba bien.

—¿Sabes el nombre de su tocólogo? Me gustaría ponerme en contacto con él.

—James Irvin. Dicen que es el mejor de la ciudad. —Muerto de miedo preguntó —¿Se pondrá bien?

—Está crítica. La trasladaría a Austin, pero quiero que esté estabilizada.

—Lo que necesites, cualquier cosa...

La doctora sonrió.

—Lo sé. Si necesito algo especial de lo que no disponga aquí, te aviso. Ahora voy a verla.

—¿No puedo verla yo? —preguntó necesitando comprobar que estaba bien.

—Lo siento. Ahora no. Os avisaré cuando podáis verla, ¿de acuerdo?

—Los niños... —dijo Albert con los ojos llenos de lágrimas.

—En un momento vendrán a buscaros para que les veáis.

—Gracias —susurró Spencer aún impresionado por lo que había ocurrido. Se sentó en uno de los asientos de plástico y apoyando los codos sobre sus rodillas se pasó las manos por la cara—. No me lo puedo creer. Estaba bien —susurró—. Estaba bien.

Kurt se sentó a su lado.

—Se pondrá bien. Mi hermana es muy fuerte.

—Lo que no entiendo es que si tenía eso no le hubieran sacado los niños antes —dijo su suegra nerviosa.

—¿No te dijo que pasara nada raro? —preguntó Albert.

—¡No! ¡Estas tres últimas visitas no pude ir por trabajo, pero me dijo que todo iba bien!

Julie llegó en ese momento y Kurt se levantó de inmediato.

—¿Qué ha ocurrido?

—Cielo, no tenías que haber venido.

—¿Qué ha pasado? No me llamáis y...

—Está crítica. —Julie se echó a llorar. —Ha tenido una parada y ahora tiene un edema pulmonar. Le han sacado a los niños.

—¿Pero se pondrá bien?

—Tenemos que esperar. Ven, siéntate. ¿Has dejado a los niños con tus padres?

—Sí. Papá quería venir, pero mamá está histérica y...

—Voy a llamar a Jessica —dijo Mary Rose llorando.

Ver a los bebés fue un balón de oxígeno para las familias. Spencer cogió a uno de sus hijos en brazos y al ver que el otro lo cogía Mary Rose susurró.

—No me puede dejar.

Su suegra le miró a los ojos.

—Mi hija es muy fuerte. ¡Lo va a superar! ¿Me has entendido?

—Mamá, tranquilízate. —Kurt le pasó el brazo por los hombros y sonrió. —Rubios, qué sorpresa.

Julie se echó a llorar saliendo de la sala y en ese momento entró la doctora de nuevo con su bata blanca y un expediente en la mano. Sonrió al ver a los niños.

—Son preciosos.

—Sí que lo son. ¿Cómo está?

—Me he puesto en contacto con el doctor Irvin y como me suponía tenía preeclampsia. Dejó de ir a consulta en cuanto se lo comunicó en la semana treinta.

—¿Qué? —preguntó Julie escandalizada.

—¿Por qué iba a hacer eso? —Spencer negó con la cabeza. —No pudo hacer algo así.

—No sé las razones, pero eso es lo que me dijo el tocólogo. Pensaba que había pedido una segunda opinión.

—¡No, me dijo que iba a verle a él! No entiendo nada.

—¿Por qué no fuiste con ella? —preguntó Julie intrigada.

—¡Siempre coincidían las reuniones con las visitas! Me enfadé porque ella conoce mi agenda y me fastidiaba que no pudiera ir... — Se quedó de piedra. —Lo hizo a propósito.

Todos se quedaron en silencio y la doctora sonrió.

—No te preocupes, evoluciona muy bien al tratamiento. Si sigue así, se pondrá bien antes de que os deis cuenta.

El alivio le invadió, pero no podía evitar preguntar.

—¿Tendrá problemas en el futuro?

—Habrá que esperar las pruebas.

Se quedaron en silencio y Spencer miró a su hijo que tenía el puñito ante su boca como si tuviera hambre.

—No lo entiendo.

—No quería preocuparnos —dijo Julie respirando hondo mientras le caían las lágrimas—. Lo sé. No quería preocuparnos, por eso no dijo nada.

Kurt la abrazó besándola en la frente.

—Ahora vas a volver a casa y vas a descansar.

—Quizás la doctora debería revisarla —dijo Mary Rose.

—Estoy bien.

—Ven, cielo. Vamos a hablar con la doctora.

Spencer les vio salir y negó con la cabeza sin poder creerse que Lisa le hubiera ocultado una cosa así. En una pareja se compartía todo y una cosa así que la ponía en peligro... Tenía que ser mentira.

Se pasó horas en la clínica hasta que le dejaron verla. Por el estado de su madre sólo le dejaron pasar a él. Tenía una mascarilla de oxígeno y estaba pálida, llena de goteros y cables por todas partes. Le cogió la mano y estuvo a su lado el tiempo que le permitieron preguntándole una y otra vez por qué. No dejaba de pasarle por la cabeza que no confiaba en él y por eso no se lo había dicho. Pero es que no se lo podía creer. Últimamente estaba algo tensa por culpa de Emily. La verdad es que desde que se había enterado de su relación, les había hecho la vida imposible,

apareciendo en su casa o en el trabajo con sus abogados para montar numeritos. Sabía que ella había tenido razón respecto a Emily. Si hubiera sido paciente un par de semanas, ya llevarían meses casados. Pero tenía miedo de que Lisa se echara atrás o se lo pensara mejor, así que había aprovechado la oportunidad. Lisa a pesar de su carácter había sido paciente, pero todo aquello no podía haber sido bueno para ella. Entonces lo entendió. No quería que pensara precisamente eso y esa era la razón por la que no había dicho nada.

Cuando horas después abrió los ojos, lo primero que vio fueron los ojos de Spencer y una lagrima corrió por su sien. Intentó quitarse la mascarilla, pero él no la dejó.

—No, cielo. Tienes que llevarla.

—Lo siento.

—Yo sí que lo siento, nena. —La besó en la frente y susurró — Debería haberte hecho caso desde el principio. Ahora descansa. Los niños están bien, así que no te preocupes por nada. —La besó en la frente de nuevo necesitando sentirla. —Necesito que te pongas bien, Lisa. Ya no puedo vivir sin ti.

Esas palabras y escuchar que los niños estaban bien fue lo que Lisa necesitaba para recuperarse rápidamente. Sorprendiendo hasta a la doctora, en una semana estaba sentada en la cama con ganas de irse a casa, pero llegaron las malas noticias.

—Tienes que irte a Austin para un chequeo completo —dijo la doctora mirándola muy seria—. Te he reservado cama en el hospital en la planta de cardiología y he hablado con tu médico. Él chequeará exhaustivamente el estado de tu corazón.

—Pero estoy bien. Usted lo dijo.

—Aparentemente sí, pero no quiero correr riesgos y allí pueden hacerte un cateterismo para asegurarnos.

—Iremos —dijo Spencer muy serio.

—Eres muy joven y si hay algún problema cardíaco quiero saberlo.

—Muy bien. Usted manda —dijo algo decepcionada.

La trasladaron en helicóptero menicanizado por insistencia de Spencer, aunque la doctora dijo que no era necesario. Los bebés se quedaron con sus padres y pasó dos días en el hospital haciendo un chequeo completo.

Cuando el cardiólogo entró en la habitación con los resultados estaba muerta de miedo.

—Bueno, Lisa. Has tenido una suerte enorme. Tu marido fue muy rápido en su respuesta y salvó tu vida y la de los niños al no esperar una ambulancia.

—Su corazón...

—Su corazón está perfecto —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. No tiene secuelas de lo ocurrido. Tu tensión es normal y no hay nada que pueda indicar problemas futuros. —La miró fijamente a los ojos. —Pero nada de embarazos en los próximos dos años y eso lo digo por la cesárea. Además, quiero verte en seis meses para repetir las pruebas por si acaso. Y esta advertencia va para el futuro. Cuando un médico te dice algo, no lo hace por gusto. Si te dice que tienes un embarazo de riesgo, debes seguir sus indicaciones al pie de la letra.

Se sonrojó por la regañina y Spencer asintió.

—No se preocupe, no la perderé de vista. En seis meses aquí de nuevo.

—Muy bien. Confío en que algo así no volverá a pasar. Creo que ha aprendido la lección.

—Sí, doctor —susurró pensando en todo lo que su familia y Spencer habían sufrido. Estaba claro que era un desastre.

Spencer la miró de reojo mientras el doctor decía.

—Podéis iros. Que se lo tome con calma unos días. Su cuerpo ha sufrido y necesita descansar.

—No se preocupe, gracias —dijo Spencer acompañándole a la puerta.

Capítulo 6

Sentada en el coche de camino a Greenville, pensó en todo lo que había ocurrido por su inconsciencia.

—Nos quedaremos unos días con tus padres y así estarás más tranquila. No quiero que estés en casa sola con los niños y la niñera.

—Sí.

—Es una suerte que no tengas secuelas de lo que ha pasado, cielo. Tenemos que estar muy agradecidos por los niños y que estés bien.

—Lo siento.

—Deja de decir eso. No tenías que haberme ocultado algo así, pero sé que lo hiciste para no preocuparme. Somos un equipo. Lo que ha ocurrido no se puede cambiar, pero no lo repitas, nena. No me ocultes cosas por no preocuparme.

Lisa quiso cambiar de tema.

—Estoy deseando ver a los niños.

Él sonrió.

—Tu madre me ha dicho que comen como limas. Está continuamente con el biberón o un pañal en la mano.

—Pobre.

—Están encantadas.

—Hemos decidido bien los nombres, ¿verdad?

—Nena, lo habíamos hablado millones de veces. Kurt no podía ser, porque Lisa va a llamar así a su hijo. Spencer y Albert es lo

correcto. El nombre de mi padre y el del tuyo.

—Es que Albert no me convencía. ¿Albert Cronwell? No sé... suena a anciano de sesenta años.

Él se echó a reír.

—¡Suena muy bien! Y ya están registrados, así que olvídate del tema.

—Como le llamen Bert Cronwell me pego un tiro.

—Pueden llamarle Al Cronwell —dijo entre risas—. ¿No suena bien?

Chasqueó la lengua.

—Spencer Cronwell también suena a viejo.

—Vaya, gracias. ¿Qué tal si tú eliges los siguientes?

—Espero que sean niñas.

—Déjame adivinar. Catherine o Elizabeth.

—Esos valen para todas las edades. Kate o Kathy. Liss o Eli. Y cuando sean adultas, puedes llamarlas por el nombre completo.

—A mí siempre me llamaron Spencer...

—Así has salido de estirado —dijo para picarle con una sonrisa en los labios—. Como los niños me salgan como tú, necesitaré refuerzos.

Spencer riendo aparcó ante su casa y sus padres salieron con los bebés en brazos rápidamente. —Ocurre algo —dijo ella saliendo del coche a toda prisa—. ¿Qué pasa?

—Julie está de parto —dijo su madre dejándole el bebé en brazos—. Nos vamos a Austin.

—Menudo trajín —dijo Spencer divertido cogiendo al otro bebé.

—Estos hijos míos siempre dando sorpresas —dijo Albert corriendo hacia la camioneta.

—Vaya —dijo mirando al bebé—. Me lo voy a perder.

Con el brazo libre la cogió por los hombros.

—Ni de broma volvemos a Austin con los niños. Vamos a comer algo antes de que se despierten.

Cinco días después Lisa y ella estaban sentadas en el porche rodeadas de capazos de bebés. —Dios mío, por fin —dijo su amiga bebiendo de su té helado. Estaba atardeciendo y ya no hacía tanto calor. Era agradable la brisa y en el porche se estaba muy bien. —Llevan toda la tarde que cuando no llora uno llora el otro. Y los mayores no paran.

—Lissi está muy inquieta con tanto bebé.

—¿Y Jason? Madre mía, nunca ha estado tan excitado. Menos mal que está viendo los dibujos.

Se miraron sonriendo y se echaron al reír al ver las pintas que llevaban. Parecía que les había pasado un tornado por encima. —¿Quién nos iba a decir que estaríamos así hace unos años? —preguntó Lisa aun sin creérselo.

—Eres feliz, ¿verdad?

—Nunca he sido más feliz. —Aunque frunció el ceño. —Aunque esa bruja...

—¿Sabes lo que me sorprende? En el instituto la hubieras cogido por los pelos, pero has madurado. Mucho.

Lisa desvió la mirada y Julie se echó a reír.

—¿Qué has hecho?

—Nada, tiene un problemilla con algún vecino que le pincha las ruedas de su mercedes descapotable.

—Como te pillen...

—Soy más lista que ella.

—¿Lo sabe Spencer?

—Un día vino a la oficina a gritarme que la dejara en paz y él se echó a reír.

—¿Y no te ha echado la bronca? Kurt me soltaría un montón de sentencias por acoso.

—¿Sabes que me ha enviado flores al hospital en Austin?

—Todo un detalle.

—Oh sí, me regaló de esas que se ponen en los funerales mezcladas con rosas negras y en su tarjeta decía que era una pena.

—¡Será zorra! —exclamó su amiga levantándose—. ¿Cómo se atreve? ¿Qué dijo Spencer?

—Perdió todo el color de la cara y se llevó las flores de inmediato. La odio. Todo lo hace sólo para joder. Si antes de que estuviéramos juntos era mezquina, ahora es una zorra de primera. A la última cena que fuimos, ella estaba invitada y estuvo hablando de nosotros con burla. Somos la comidilla de la ciudad por su culpa.

—Sólo queda ella en evidencia. Kurt y yo lo hemos hablado muchas veces, pero lo de las flores es para... —Miró a su amiga a los ojos y vio que estaba furiosa. —Oh, vaya. Se ha pasado de la raya.

—La pasó hace mucho, pero por Spencer no hice nada. En la cena insinuó que los niños no eran suyos. Spencer me sacó de allí de inmediato diciéndome que no me preocupara, que la llevaría al juzgado. Y lo hizo. La ha denunciado, pero ella le llamó riéndose. —Entrecerró los ojos. —Va a dejar de reírse, eso te lo juro.

—¿Qué piensas hacer? Ten cuidado porque es mala persona y te puede denunciar.

Lisa miró hacia la casa de sus padres.

—¿Recuerdas eso que utilicé con Kurt?

—¡No! ¿Todavía lo tienes?

Sonrió de oreja a oreja.

—Me queda casi todo el frasco.

—A ver si se te va a ir la mano y la mandas al hospital.

—Tranquila, tiene dosificador.

Julie sonrió divertida.

—Suerte, amiga.

Emily Cronwell estaba al otro lado de la puerta de su casa con una sonrisa de satisfacción.

—Me alegra que hayas venido. No quería decirle nada a Spencer, porque creo que es algo que debemos hablar tú y yo solas.

Emily miró a su alrededor sin que se le moviera un solo cabello rubio platino de su impecable peinado. Se debía haber puesto medio litro de laca. —Qué rustico y nada elegante. —Hizo un gesto desdeñoso al ver un cuadro de colores intensos que a Spencer y a ella les había encantado. —Parece la casa de un estudiante.

—Ya sé que tú tienes mucho mejor gusto —dijo con ganas de arrancarle sus impecables uñas con manicura y todo—. Pasa al salón, por favor. Así hablaremos más cómodas.

—He venido por curiosidad por lo que me vas a decir, aunque no pienso cambiar de opinión.

—No voy a intentar convencerte. —Miró su vestido azul de gasa. —Qué vestido más bonito.

—Yo sé vestirme para cada ocasión. —La insinuación de que ella no sabía hacerlo era obvia, pero aun así hizo que no había entendido mientras Emily miraba con desprecio sus vaqueros y su camiseta de tirantes.

—Sí, tú siempre estás impecable.

—Lo sé. —Al entrar en el salón vio los sofás beige y los muebles de estilo colonial. —¡Dios mío, qué horror! ¡Spencer no puede traer nadie a casa!

—¿Tú crees? —Intentó retenerse y forzó una sonrisa. —A mí me gusta.

—¡Pero tú no tienes gusto! —Se sentó en el sofá y apartó un sonajero de la mesa de centro antes de poner su exclusivo bolso sobre la mesa. —Muy bien, ¿qué quieres?

—¿Quieres tomar un té o un whisky? —Se echó a reír como si fuera tonta. —Aunque igual te apetece comer algo. Seguro que guardas la figura para tener ese aspecto, pero puede ofrecerte tarta de cerezas.

La miró fijamente a los ojos.

—¿Tarta de cerezas?

—Sí, la he comprado en la mejor pastelería de la ciudad. ¿Te apetece?

Sabía que le encantaba la tarta de cerezas. Spencer le había dicho mil veces que siempre la servía en sus cenas porque la volvía loca. Era el único postre que se permitía y era capaz de comérsela entera ella sola.

—¿Spencer te ha hablado de mis gustos?

—Un día pasamos ante esa pastelería y me dijo que te gustaba mucho. Decidí probarla, ya que tienes tan buen gusto, y de vez en cuando la compro. ¿Seguro que no te apetece? La he comprado especialmente para ti.

—Bueno, un trocito. No quiero pasarme. Y una cola light.

Sonrió encantada.

—Ahora mismo.

Fue hasta la cocina donde ya tenía todo preparado. Cogió el vaso en donde ya estaba la dosis dispuesta y tarareando echó algo de la Coca-cola light. Llevó la bandeja hasta el salón y la colocó ante ella.

—¿Tú no tomas nada?

—Estoy con un tratamiento. Ya sabes. Con lo que ha ocurrido, debo tener cuidado. Pero por favor, disfruta de la tarta, tú que puedes —añadió aparentando envidia.

Ella bebió de su Coca-Cola como si estuviera sedienta y dejó el vaso echándose más antes de coger el platito y el tenedor.

—Muy bien, ¿qué quieres?

—Entiendo tu postura con todo esto, de verdad que la entiendo. Estabas casada con él y querías solucionar tu matrimonio. —Emily empezó a comer a dos carrillos haciendo que la escuchaba. —Pero quería decirte que no estuve con él hasta mucho después de tu separación.

—Fuiste la culpable de que mi marido me dejara.

—Emily, deberías reconocer al menos que teníais problemas antes de que yo entrara en escena. —Vio como intentaba pinchar la tarta y no lo conseguía, así que reprimió la sonrisa. —¿Te gusta la tarta?

—Está bien —dijo encogiéndose de hombros—. Y no reconozco nada. Pensábamos tener un hijo.

—Tenía entendido que Spencer no quería tener niños precisamente porque no estabais bien.

—Mentiras. —Se le cayó el tenedor al suelo y Emily parpadeó antes de coger la tarta con las manos y metérsela en la boca.

—¿Tú le seguías queriendo?

—Qué va. Estaba harta de tanto trabajo y sus aburridas reuniones de negocios.

Ahí va.

—¿Entonces por qué no te divorcias? Creo que es un acuerdo muy justo.

—Me ha dejado en ridículo ante toda la ciudad.

—¿No me digas? ¿Qué te parece si ponemos algo de música? ¿Te gusta la música?

—Me encanta. Uff, aquí hace mucho calor.

—Sí, ¿verdad? Se me ha estropeado el aire acondicionado. ¿Por qué no te quitas el vestido? Estamos solas...

Emily se levantó y ni corta ni perezosa se quitó el vestido mostrando la lencería más sexy que había visto nunca. Quizás debería irse de compras si Spencer estaba acostumbrado a eso. Fue hasta el equipo de música y puso una canción movida. —Guau, me encanta esta canción —dijo ella empezando a mover el culo de un lado a otro.

Divertida se cruzó de brazos viendo como la ex de Spencer bailaba de una manera tan provocativa que parecía una stripper.

—Sobre lo del divorcio. Creo que deberíais llegar a un entendimiento.

—Qué bien me siento. —Movié la cabeza de un lado a otro despeinándose y al tener tanta laca algún pelo se le quedó de punta.

—Sí, eso ya lo veo. ¿No piensas firmar el divorcio?

—¿No bailas?

—Bebe un poco más. Pareces acalorada.

Encantada se bebió el resto del refresco y al terminar tiró la copa contra la chimenea. —¡Epa...! Uff, qué calor. —Se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el sujetador.

—No creo que quitándote el sujetador te encuentres más fresca.
Escuchó que algo se caía en el hall y al mirar hacia allí vio a Spencer mirándola con la boca abierta.

—¡Cariño! ¡Has llegado!

—Mira lo que te has perdido —dijo Emily con voz sensual retorciéndose como si fuera una gimnasta.

Spencer la miró furioso.

—Lisa, cielo... ¿Qué ocurre aquí?

—Emily quiere firmar los papeles porque está harta de esta situación. ¿Verdad Emily?

—Sí, ya no os aguanto. Quiero tirarme a todo el que pille —dijo como si fuera una salida pasándose las manos por los pechos—. ¿Qué me importa a mí vuestra estúpida historia? Dame mi dinero.

Lisa sonrió levantando una ceja.

—¿Tienes ahí los papeles, cielo?

Spencer le hizo un gesto para que se acercara y ella lo hizo.

—Esto no es legal. ¡Está drogada!

—Drogada, drogada... ¡Está feliz! Claro que es legal. Ella no va a decir una palabra.

—¿Tú crees?

—¿Y que todo el mundo la vea en pelotas en Internet? —preguntó dulcemente—. Seguro que antes de que se vaya, va a hacer algo muy escandaloso.

—¿Queréis un trío? —gritó ella a los cuatro vientos sentada en el sofá con las piernas bien abiertas.

Spencer sonrió mirándola a los ojos.

—Eres vengativa, preciosa.

—Mucho. Ya te había advertido. Vete por los papeles.

No les costó nada que firmara cada una de las hojas del acuerdo de divorcio. Era más que generoso, pero el problema vino después porque tuvieron que esperar que se le bajara el subidón. Tres horas después, sentados en las butacas aburridos de sus chorradas, se miraron mientras gritaba que era la mejor dando saltos sobre el sofá al ritmo de la música.

—Nena, ¿cuánto le has puesto?

—¡Tenía que haber pensado que era más bajita que Kurt, pero no quería quedarme corta!

—¡Spencer, quiero sexo!

—Bonita, no me provoques.

Spencer se echó a reír a carcajadas cuando se levantó y la empujó por el hombro desestabilizándola y tropezando con el respaldo cayó al otro lado. Se levantó de golpe gritando.

—¡Estoy bien!

—Me encantaría que vieran esto tus amigos del club.

Spencer riendo la cogió por la cintura besándola en el cuello.

—Me haces más feliz cada segundo que pasa.

—Eso lo dices porque te he librado de tu ex.

—Eso también —susurró mirando sus ojos—. El día que entraste en mi despacho y me comiste con los ojos, supe de inmediato que tenía que cambiar mi vida.

Emily se acercó e intentó abrazarlos, pero ella la sujetó por la frente con la palma de la mano alejándola de golpe.

—¿No estás enfadado conmigo?

—¿Por librarnos de ella para que estemos juntos? Ni hablar. Has demostrado que me quieres por encima de todo. ¿Cómo voy a estar enfadado por eso?

Se sonrojó de gusto y volvió a empujar a Emily sentándola sobre el sofá antes de mirarle a los ojos.

—No quería mentirte. Mi psicóloga me dice que no te mienta y no lo hago.

—Lo sé. Sólo me ocultas las cosas. Como este plan brillante. Pero si me lo hubieras dicho, te hubiera ayudado.

—Me he arreglado bastante bien.

—Qué bonito —dijo Emily con voz pastosa antes de dejarse caer en la alfombra y ponerse a dormir.

—¿No te habrás pasado?

—Respira. ¿No ves cómo se le mueven los pechos?

—He intentado no mirar, te lo aseguro.

Lisa se echó a reír abrazándole por la cintura.

—Te quiero.

—Y yo a ti, nena. Ahora serás mía.

—Siempre he sido tuya.

Epílogo

—¿Y cómo va todo?

—Mucho mejor —dijo Emily sonriendo a su terapeuta.

—¿La has perdonado?

—¡Claro! Reconozco que me pasé con todo lo del divorcio y ya no le guardo rencor. —Apartó un mechón de su cabello rubio antes de mirarse las uñas.

La doctora Hernández no se creyó una palabra.

—¿Has dejado de acosarles?

—Qué remedio me queda. Esa bruja ha amenazado con poner esas horribles imágenes en Internet y no tengo manera de defenderme ante eso. Mi abogado dice que no puedo hacer nada.

—¿Qué ocurrió cuando se lo contaste a tu abogado?

—¡Se echó a reír en mi cara! ¡Le conté que cuando me desperté, me sentaron en el sofá para ver las imágenes y que ese divorcio no era legal! Pero se echó a reír cuando le mostré el video para que intentara solucionarlo.

La doctora vio cómo se sonrojaba.

—¿Me ocultas algo?

—Pues que se puso...

—¿Se puso cómo?

—¡Se excitó y terminamos haciéndolo sobre la alfombra del despacho!

—Vaya, vaya. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Supongo que tendré que dejar en paz a Spencer... —dijo con rabia— y a esa bruja si no quiero quedar en ridículo ante toda la ciudad.

—¿Pero?

La miró maliciosa con sus preciosos ojos castaños.

—Pero mi abogado no se me escapa.

FIN.

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora de best sellers, que tiene entre sus éxitos "Vuelve" o "No me amas como quiero". Próximamente publicará "Róbame el corazón" y "Protégeme".

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de ochenta para elegir. También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.